

**Horacio Julio Ornes Coiscou**

# **DESEMBARCO DE LUPERÓN**

**Episodio de la lucha por la democracia  
en la República Dominicana**







# Desembarco en Luperón

Episodio de la lucha por la democracia  
en la República Dominicana



Horacio Julio Ornes Coiscou mientras escribía el libro *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*.

Horacio Julio Ornes Coiscou

# Desembarco en Luperón

Episodio de la lucha por la democracia  
en la República Dominicana

Prólogo del doctor  
Juan José Arévalo  
Ex presidente de Guatemala



Museo Memorial de la Resistencia Dominicana  
Santo Domingo, R. D.  
2024



Museo  
Memorial  
de la  
Resistencia  
Dominicana

Museo Memorial de la Resistencia Dominicana  
Calle arzobispo Nouel 210, Zona Colonial,  
Santo Domingo, Distrito Nacional. Tel. (809) 688-4440  
© Derechos de la presente edición

© Derechos de la obra:  
Los familiares y/o herederos

Colección Publicaciones del  
Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, No. 14

Título de la obra:  
*Desembarco en Luperón, episodio de la lucha  
por la democracia en la República Dominicana*

Nombre del autor:  
Horacio Julio Ornes Coiscou

Primera Edición: 1956

Segunda Edición: 1999

Tercera Edición: 2024

Edición al cuidado de: Avelino Stanley

Diagramación y arte final: Zejel Media Group

ISBN: 978-9945-9378-5-5

Impresión: Editora Amigo del Hogar

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

Este libro lo dedico, con el más entrañable sentimiento de amistad y compañerismo, a la memoria de Federico Horacio Henríquez Vázquez, Ing. Hugo Kunhardt, Salvador Reyes Valdez, Manuel Calderón Salcedo, Alejandro Selva, Alfonso Leyton y Alberto Ramírez, héroes y mártires de la lucha por la democracia en la República Dominicana. Ellos cayeron en Luperón levantando valientemente la bandera de la Liberación Nacional, en gesto que es paradigma de nobleza, coraje y sacrificio. Sus nombres serán siempre recordados por los dominicanos, que ya han levantado en sus corazones el más grande y sencillo monumento a sus hermosas ofrendas a la libertad de un pueblo oprimido por la bestial tiranía trujillista.

Horacio Julio Ornes Coiscou



# Contenido

Presentación	
LUISA DE PEÑA DÍAZ .....	11
Unas palabras de motivación para <i>Desembarco en Luperón</i>	
ILIANA ORNES RODRÍGUEZ.....	13
Prólogo en disidencia	
JUAN JOSÉ ARÉVALO .....	17
Introducción.....	31
Capítulo I	
<b>Sobre el Caribe</b> .....	33
Capítulo II	
<b>Sangre en la Playa</b> .....	55
Capítulo III	
<b>En las garras del chacal</b> .....	83
Capítulo IV	
<b>Candilejas, medallas y preguntas</b> .....	111
Capítulo V	
<b>La hora de los esbirros</b> .....	133
Capítulo VI	
<b>Verdugos con togas</b> .....	155
Capítulo VII	
<b>Vida y muerte en las ergástulas</b> .....	173
Capítulo VIII	
<b>Otra vez al destierro</b> .....	197



# Presentación

Luisa De Peña Díaz  
Directora fundadora del  
Museo Memorial de la Resistencia Dominicana

Esta obra, *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, de Horacio Julio Ornes Coiscou, es el segundo libro que el Museo Memorial de la Resistencia Dominicana publica con motivo del 75 aniversario de la Expedición de Luperón que se llevó a cabo en 1949. El otro volumen publicado este mismo año fue *Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario*, de don Tulio H. Arvelo. Son dos obras fundamentales no solo por su contenido, sino porque sus autores fueron protagonistas de ese acontecimiento y pudieron sobrevivir al mismo.

La lucha por la libertad del pueblo dominicano, esa que hoy disfrutamos, costó muchos sacrificios a mucha gente. Sacrificios en vidas, en bienes y de familiares que entregaron sus vidas por causas nobles y justas. Horacio Julio Ornes Coiscou fue el comandante de la expedición que llegó a tierra dominicana el 19 de junio de 1949 en el hidroavión "Catalina" PBY. En la misma aeronave llegaron quince personas, doce eran expedicionarios y tres eran tripulantes de la nave que vinieron con la única intención de traer la expedición a tierra dominicana y devolverse. Fue un grupo que llegó al país con el propósito de deponer la dictadura que reinaba en el país.

Esa expedición de Luperón no logró los objetivos que se había propuesto. Innúmeros contratiempos imposibilitaron que, el mismo día de su arribo, llegaran dos aviones más con otra cantidad mucho más numerosa de expedicionarios. Sin embargo, la intención de la expedición de 1949

quedó prendida tanto en el pueblo dominicano como en la enorme cantidad de nativos que en esos momentos vivían en el exilio, alejados de su familia, por el solo hecho de ser desafectos al régimen que imperaba en el país.

De las quince personas que llegaron el 19 de junio de 1949 solo sobrevivió un grupo de cinco. Y los cinco eran expedicionarios; entre los diez muertos estuvieron también los tres tripulantes. Uno de los sobrevivientes fue el comandante del grupo, que como ya se ha dicho, lo era Horacio Julio Ornes Coiscou. En la presente obra lo que hace Ornes Coiscou es, precisamente, contar las razones por las cuales se vieron precisados a tomar las armas para llegar a tierra dominicana con el propósito de reconquistar la libertad que la dictadura le había conculcado al pueblo.

Uno de los objetivos de esta institución es “Rescatar la memoria de las víctimas de crímenes de Estado y de lesa humanidad, educando sobre la experiencia vivida”. Esa es la intención principal por la cual entregamos al público esta obra, *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*. Esa es una manera de mantener viva la memoria del pueblo dominicano. Y con esa intención sabemos que podemos “Contribuir en la formación y consolidación de una sociedad basada en la cultura de la paz, la tolerancia, la no discriminación, la verdad, la justicia y el respeto a los derechos humanos”.

Son estos los compromisos asumidos por el Museo Memorial de la Resistencia Dominicana y con los que seguiremos adelante nuestra misión. Lo hacemos a sabiendas de que dicha labor no le cae en gracia a todos los sectores de la sociedad. Pero, de lo que sí tenemos la seguridad es de que se trata de una lucha que favorece a la mayoría. Y la misma se lleva a cabo para que el retroceso y la dictadura no vuelvan a reinar en la República Dominicana nunca más.

Septiembre de 2024

## Unas palabras de motivación para *Desembarco en Luperón...*

Iliana Ornes Rodríguez

Juan José Arévalo, siendo presidente de Guatemala (desde el 15 de marzo de 1945 hasta el 15 de marzo de 1951), le sirvió de intermediario al dominicano antitrujillista Juancito Rodríguez para la compra de las armas que serían usadas en 1947 en la expedición de Cayo Confites. La compra fue hecha a Juan Domingo Perón, en ese entonces presidente de Argentina. Según me contó mi madre (María Mercedes Rodríguez, doña Pucha), cuando Perón descubrió para qué eran las armas, esto le costó al presidente Arévalo su amistad con el presidente argentino.

Al fracasar Cayo Confites, en la isla que lleva ese nombre, el gobierno cubano de Grau San Martín confiscó dichas armas. En un acto más de solidaridad el presidente Arévalo solicitó al presidente cubano la devolución de dichas armas. Cuando ese retorno se produjo les fueron entregadas a Juancito Rodríguez, mi abuelo. No obstante, las mismas, según mi madre, fueron preservadas en custodia en la casa de playa de la presidencia de Guatemala.

Poco después, esas mismas armas, fueron prestadas a José Figueres y llevadas a Costa Rica, donde se utilizaron en la revolución de 1948 durante la cual el exilio dominicano tuvo una participación preponderante. En dicha contienda tica un comando dirigido por Horacio Julio Ornes Coiscou dirigió la toma de la ciudad Puerto Limón.

Al año siguiente, en 1949, por nueva vez el presidente Juan José Arévalo se solidarizó con los dominicanos al prestar el suelo guatemalteco para la organización y punto

de partida de lo que luego se conocería como la Expedición de Luperón. Entre los problemas que se presentaron durante los preparativos estuvo el hecho de que tres pilotos mexicanos abandonaron tres aviones compasados para la expedición y, además, un cuarto avión se dañó. Arévalo prestó una nave de la Fuerza Aérea Guatemalteca que fue pintado para la ocasión.

Así que dos aviones salieron del aeropuerto militar guatemalteco y un hidroavión salió del Lago Izabal; este último fue el único que llegó a tierra dominicana por Luperón. Los otros dos aviones, por diferentes razones, no llegaron. Ambos fueron apresados en México.

Hoy sabemos, gracias a investigaciones recientes realizadas por Aaron Coy Moulton, que la expedición fue traicionada por un republicano español. El intermediario en ese acto de delación lo fue Joaquín Balaguer, entonces embajador dominicano en México del gobierno de Trujillo. Balaguer se encargó de hacer llegar la información al tirano de los preparativos de dicha expedición.

Es importante dejar constancia de que el presidente Arévalo fue amigo fiel y leal cooperador de la causa dominicana. Hoy nos alegra y nos enorgullece que su hijo, Bernardo Arévalo, haya llegado a la presidencia de Guatemala. Esperamos que siga los pasos de su padre, a quien tuve el honor de conocer en Ciudad México, a donde viajamos mi mamá y yo, cuando cumplí mis quince años. Arévalo nos invitó a almorzar y me regaló un libro sobre México, el cual me dedicó con su puño y letra.

Ahora, con motivo del 75 aniversario de la Expedición de Luperón, con los auspicios del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, se publica este libro titulado *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*. Fue escrito por mi padre, quien fungió como comandante del grupo que llegó en el hidroavión

y que acuatizó en Luperón el 19 de junio de 1949. La obra circuló por primera vez en México, en 1956, con un prólogo del doctor Juan José Arévalo, ya para ese momento presidente de Guatemala, pero, por razones obvias no circuló en el país. La obra se publicó por primera vez en República Dominicana en 1999, con motivo del cincuenta aniversario de la expedición. Desde hace tiempo está totalmente agotada.

Ahora este libro se publica de nuevo no solo con motivo del 75 aniversario de la Expedición. Otra razón de mucho peso es que en los actuales momentos existe una tendencia hacia la tergiversación de los hechos históricos, y a confundirlos; y en nombre de la democracia se están resarcando personajes nefastos como la figura de Trujillo. Está en marcha toda una tendencia de la humanidad hacia la autocracia y la xenofobia, y no faltan quienes estén propugnando por la vuelta a la dictadura. Y, en momentos como estos, es importante levantar la voz por los hombres y mujeres que mostraron con ejemplos que vivían por los valores que le dieron fundamento a nuestra patria. Y muchos de ellos ofrendaron sus vidas luchando por instaurar la libertad del país.

En estas palabras de motivación a la tercera edición de *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, quiero expresar mi sentimiento de gratitud. Gracias a Juan José Arévalo Bermejo, el hombre que tanto apoyó y colaboró durante la lucha por la libertad y la democracia de la República Dominicana. ¡Usted es un ejemplo! Las gracias infinitas a Juancito Rodríguez por todo lo que sacrificó por esta causa. Gracias también a los muchachos de Luperón, los expedicionarios, por sus vidas y por su ejemplo. Gracias a los hombres del Frente Interno de Liberación, muchos de los cuales sacrificaron sus vidas. Y las gracias, por supuesto, al Museo Memorial de la Resistencia Dominicana por auspiciar la tercera edición de este libro.

19 de junio de 2024



Juan José Arévalo, expresidente de Guatemala, siempre fue solidario con la lucha por la democracia del pueblo dominicano.

# Prólogo en disidencia

Juan José Arévalo  
Expresidente de Guatemala

Este libro de Horacio Ornes, héroe nacional de Costa Rica en 1948, amigo y compañero de armas del gran cubano Eufemio Fernández, es un relato confiado y sencillo, relativo a una de las más audaces hazañas cumplidas en el Mar Caribe en el siglo XX por hombres amantes de la libertad de sus compatriotas. Relato caracterizado por cierta humildad periodística, a tantos candoroso, logra, sin embargo, por momentos, notable dinamismo que emana de la naturaleza de los hechos. Sin quererlo, Ornes convierte su narración en toda una novela, preñada de legítimas emociones, que el lector valora por el propio profundo interés con que sigue y persigue los sucesos. Si no fuera porque se sabe que aquellas cosas se verificaron realmente, el argumento entraría en el género de lo fabuloso, integrado por elementos diversos, desde lo policial hasta lo épico. Los viejos maestros de la pluma añoran estos temas para sus ambiciosas creaciones: Horacio Ornes gana en el propio amanecer de sus letras toda la escalinata, y se coloca repentinamente allá donde el público lector quiere ver a sus aplaudidos autores: en el plano de los creadores de belleza, de los surtidores de emoción.

Un desembarco temerario, que no fue apoyado por otros pasos previstos durante el plan de ataque, desemboca en la necesidad militar de una retirada, la cual a su vez se torna imposible, y sobreviene el desastre, con la dispersión de los invasores y la fuga legendaria de Ornes y los suyos, traicionados finalmente hasta por los pájaros... Luego las

ergástulas de Santo Domingo, los fallos de la justicia caribe, las comisiones panamericanas, finalmente la nueva emigración. No faltan los episodios heroicos, los momentos de angustia, los contratiempos imprevistos, los gestos de solidaridad como entre soldados de epopeya, ni siquiera el buen humor... de los sobrevivientes. Porque murieron varios y murieron como por furia dantesca, tendidos unos sobre el lecho de enfermos, otros dándose ya por vencidos, las manos en alto, perdidos en los bosques, localizados e identificados por perros policía que vinieron... de los Estados Unidos.

Todo merecería para Ornes el más cordial de los aplausos, si no fuera que desde el mirador en que yo me encuentro, en este año de la trombosis, ya no podemos seguir creyendo que el Generalísimo de Tierra, Mar, Atmósfera y Estratosfera Rafael Leonidas Trujillo y Molina sea lo que Ornes afirma: un Chacal del Caribe. Por desgracia no lo ha dicho solamente Ornes, el Coronel romántico, traicionado por los hombres a quienes sirvió. Aquella frase de penetraciones radiográficas y un poco televisosa (Chacal del Caribe) con que se califica al gobernante perpetuo de Santo Domingo, es ya una frase de resonancia universal. Si fuésemos a buscarle propietario, tendríamos que asignársela al genial pueblo cubano, capaz, desde José Martí, el filólogo, de dar su verdadero nombre a las verdaderas cosas. Y nadie como el pueblo cubano ha ridiculizado (o pretendido ridiculizar) la figura zoológica de Trujillo. Son las revistas cubanas implacables, son aquellos periodistas afortunados en el buen humor, son los estadistas de envergadura, son los maestros de escuela formados en Aguayo, son los soldados cubanos con sombrerito canadiense: todo Cuba conoce a Trujillo por el más sangriento de los símiles: Chacal del Caribe.

Pero también la mexicanísima Rosa Elena Cabiedes, que sabe grabar en películas lo tropical grotesco y lo tropical exquisito: ella también, al publicar su poco difundido libro de

1950, *Un coronel con cuatro patas*, nos ofrece el volumen precedido de la fotografía del gobernante dominicano, debajo de la cual no necesita poner el nombre y nos da por toda leyenda: “El chacal del Caribe, baldón de América”... Quiero decir esto que Ornes no está solo cuando llama como llama a quien llama. Latinoamericanos son, y caribes principalmente, los que con él acuden a la ancestral zoología en busca de elementos que definan el verdadero linaje de este gobernante y sus congéneres —que ya son mayoría latinoamericana—, que definan lo que en él o en ellos pueda haber de moral política. Pero yo quiero entrar en discrepancia. Quiero iniciar disidencia sobre un tema tan grave. Y no por ocurrencia burlona o como ejercicio de herística o en trance de inventiva y repentismo. Por el contrario, son tantas y tantas otras las apreciaciones que se han dado y se dan sobre Trujillo, que considero llegada la hora de iniciar una caballerosa rectificación de juicios valorativos.

Pero antes de entrar en discrepancia, acumulemos todavía elementos favorables a la tesis de Ornes. Los tratados elementales de psiquiatría pretenden orientarse por la indumentaria para saber la clase de dolencias mentales que aquejan a los enfermos, sorprendido entre los hacinaamientos hospitalarios. De uno de esos tratados extraigo los renglones que siguen: “Los que ostentan sobre sus ropas, en forma bien visible variables y numerosas condecoraciones, con el agregado de sombreros, plumas, flores y gorros más o menos raros. Para dichas condecoraciones sirve cualquier objeto, al que el enfermo adjudica el valor de una medalla. Esto ya es suficiente para que podamos hacer una apreciación con respecto al juico, que evidencia graves trastornos”.<sup>1</sup> Vemos ahora cómo viste Trujillo durante las

---

<sup>1</sup> Juan C. Betta, *Manual de Psiquiatría*, Buenos Aires: Paidós, 1952. P. 15.

ceremonias oficiales, según una Ley de la República: “Una casaca con faldones de frac, de tela azul de vicuña, cubierta de entorchados a realce de oro, con peso aproximado de diez a doce kilos; el pantalón también con bandas de entorchados de oro igualmente de vicuña recia y azul; un bicornio adornado de entorchados de oro y cubierto de plumajería diversa, como de guacamayo; un fajín de colgantes de oro y flecos de lo mismo; la banda tricolor terminada en colgantes de otro y con el escudo de la República bordado en otro en el centro; un espadín que cuelga en un tahalí de oro; un bastón de Gran Mariscal y un bastón de mando con borlas; guantes de cabritilla blancos y zapatos de charol con hebillas de oro”.<sup>2</sup> Los tratadistas de psiquiatría tendrían razón, si Trujillo fuese el único General enjaezado. Uniformes con estos jaces o de medio jaez son ya tan frecuentes en los palacios presidenciales de Latinoamérica, que la psiquiatría va quedando en ridículo al llamar anormal o patológico a lo normal y frecuente. En 1951, el General Somoza, propietario de Nicaragua, en una de las tantas oportunidades en que se ha transmitido a sí mismo la Presidencia, hizo pública la jaecería con que se integraba el uniforme de esa nueva “transmisión”, avisó que le había costado diez mil dólares, e invitó a los restantes presidentes del sistema panamericano, para que lo adoptasen en la hora de sus reelecciones o en las del asalto al poder si es que todavía los candidatos estaban en los cuarteles. En los cortos cinematográficos que la propaganda de Washington nos obliga a mirar y escuchar, hemos visto un poco más de una docena de presidentes enjaezados a la manera de Trujillo y de Somoza. La psiquiatría

---

<sup>2</sup> Gregorio R. Bustamante, *Una satrapía en el Caribe*. México. 1949. Pp. 47 y 48. (Nota, bajo ese pseudónimo se publicó la primera edición de esa obra que fuera escrita por José Almoína).

debe ser revisada y acomodada a las nuevas modalidades psicológicas de la política continental.

Si del mundo latinoamericano damos un paso de perico y atravesamos nuestro mar Caribe, que los yanquis consideran un lago interior de los Estados Unidos, nos sorprenderíamos de la diversa opinión que en el Norte se han forjado sobre el Generalísimo. Lo llaman —especialmente los periodistas que allá cobran por todo lo que escriben— “el Benefactor”, adoptando como calificativo bíblico el elegido por una Ley dominicana. Un poco por encima de los periodistas —y no mucho— los jueces de los Estados Unidos, o para mayor exactitud, el presidente de la Suprema Corte, ha comparado al Generalísimo Trujillo con Jorge Washington y con Jefferson, a título de que Trujillo es el “Creador” de la nación dominicana. No sé si este probo juez de los Estados Unidos en Santo Domingo, a quien Trujillo mantuvo adepto gracias a jugosos sobresueldos en oro, ni sé si fue el mismo Warren quien llevó a la esposa de Cordell Hull un collar de perlas legítimas que el Chacal del Caribe (perdón: el Benefactor y Creador) mandaba de sur a norte, como asiático presente allá por los remotos años de la buena vecindad. No sé esto ni sé muchas otras cosas de la misma índole, producidas en veinticinco años de monarquía trujillezca. Pero sí entiendo que los norteamericanos no acompañan a Ornes ni a Cabiedes en los malos calificativos contra aquel modelo de gobernante.

Quizá constituya excepción el veterano General Marshall quien dijo, siendo Secretario de Estado, una frase convertida en noticia fugaz por los periodistas del sistema continental: “Ya no soportamos a este cursi sangriento de Trujillo”. Lo de cursi sería por las guarniciones o correaes del uniforme, o por la obligada mención del nombre de Trullo así en el altar de las catedrales como en la taza de los inodoros. Lo de sangriento, en boca de un guerrero, tiene más importancia.

La simple enumeración de los crímenes de Trujillo llenaría libros y libros. En este prólogo, para ilustrar en rojo la frase de Marshall, solamente vamos a recordar, como botón de uniforme, las matanzas de haitianos, en 1937, durante las cuales, conforme a una empresa patriótica estilo “mundo libre”, perdieron la vida 12,000 haitianos sorprendidos por las ametralladoras de Trujillo en plena faena agrícola (los hombres) o en la más pacífica vida de familia las mujeres y los niños). Nunca supe si las estadísticas yanquis de la época dijeron qué cantidad de toneladas métricas de sangre o cuántos billones de glóbulos rojos emanaron de los doce mil cuerpos inocentes. Pero entiendo que la frase de Marshall se refería a cosas como ésta, de una carnicería en tiempos de paz, pues no van a venirnos los Generales yanquis con que en tiempos de guerra lo sangriento les parezca cursi o les parezca malo.

Con todo, puesto en su sitio el venerable General estadista y volviendo a Latinoamérica, hallaríamos aquí suficientes elementos de juicio para comprobar que el General Trujillo ni es anormal ni es asesino, ni es chacal. Los gobiernos latinoamericanos disponen de un medio educativo para premiar las virtudes de los gobernantes. Invito a mis queridos Ornes y Cabiedes a que se tomen el trabajo de investigar cuántas y cuáles condecoraciones ha recibido el Generalísimo Chacal después de las matanzas de 1937. Y verán los gratuitos injuriadores de Trujillo que los gobiernos latinoamericanos de la más diversa catadura han considerado a Trujillo como uno de los hombres eminentes de nuestro siglo. Las condecoraciones se dan por decreto oficial, los decretos van precedidos de extensos y laudatorios considerandos, y más tarde, a la hora de imponer las joyas en el pecho del agraciado, los embajadores pronuncian discursos en nombre del presidente del país que envía la condecoración. Si mis informes no pecan de equivocados,

en este mismo año de 1955, una honrosa condecoración mexicana se ha colocado en el pecho de este insigne hombre de América que es Rafael Leonidas Trujillo y Molina. El dominicano Ornes y la mexicana Cabiedes deben ayudarnos a establecer si lo que se dice en este prólogo es efectivo o es falso.

Pero avancemos un poco más allá de los uniformes y las condecoraciones. Ha sido Rosa Elena Cabiedes, en la página 32 de su libro, quien nos informa que esta flor de gobernante panamericano —modelo de presidentes anti-comunistas— cortó los dedos de ambas manos al Doctor Lara, adversario político que había escrito un folleto contra el sátrapa. ¿Cuál fue la reacción de los escritores y periodistas latinoamericanos? El silencio: nada más que el silencio. Pero el silencio sobre eso: sobre los dedos cortados con hacha al escritor altivo y patriota. Porque sobre las grandezas de Trujillo y de su régimen no ha habido silencio. Por el contrario, las páginas de los más grandes diarios latinoamericanos, escritos por fraternales colegas del Doctor Lara, se han engalanado con fotografías y elogios para el régimen de Trujillo. La figura “moral” del presidente colaboracionista ha crecido por encima de todos sus colegas de habla española. Y para que no cupieran dudas, escritores enamorados de su profesión, volaron a Santo Domingo, pensando en los dedos del doctor Lara, a rendir pleitesía al gobernante que así castigaba la libertad de pensamiento. Don Carlos Dávila, homónimo de otro que fue cien días presidente de Chile, escribió un tratado didáctico para que el dictador pudiese presumir de intelectual. El español Almoina escribió una obra de teatro para que los dominicanos que todavía tenían dedos fuesen a aplaudir a “la autora”, la esposa de Trujillo. Don José Vasconcelos, homónimo de otro que fue mentor de juventudes allá por 1925, se precipitó a prologar otro libro de la primera dama: “*Meditaciones morales*”. Así,

en esta forma, los intelectuales respondieron a la cortada de dedos del doctor Lara. En cambio, la prensa, la libre prensa de este mundo libre, no dijo una palabra. En esta hora de los varones castrados, tenía que ser una mujer, la que denunciara el más vil de los castigos que la “democracia” pone en práctica.

¿Qué consecuencia brota de todo esto? Que el General Trujillo no es chacal ni alimaña que se le parezca, ni es genocida como sugirió el ligero de lengua General Marshall, ni es un gobernante del montón como lo demuestra el magistrado yanqui que lo comparó con Washington, ni es un analfabeto como lo demostró Carlos Dávila, ni está casado con analfabeta como lo demostró José Vasconcelos. Ah... Ya se nos olvidaba. A propósito de analfabetos, la egregia Universidad de Pittsburgh, con los discursos académicos de rigor, inviste a Trujillo con los lauros de Doctor Honoris Causa. Rosa Elena Cabiedes me explicó un día (porque en su libro no lo dice) que el General Trujillo, por decreto, había designado Coronel del ejército dominicano al más hermoso de sus caballos. En el libro de Rosa Elena está, ciertamente, la fotografía de los caballos: el de grado Coronel, abajo; pero no está el decreto. Se dice que en el decreto se obligaba al ejército dominicano a rendir honores al caballo-Coronel, sin prescindir por eso (ni mucho menos incurrir en fáciles confusiones) de los que corresponden al que fuese encima, el Generalísimo. Lo que sí sabemos es que a su hijo Ramfis (hijo del Generalísimo y no del Coronel) lo erigió por decreto en General, a los quince años de edad, con los debidos honores y los emolumentos reglamentarios. Pues bien: sale todo esto a que Rosa Elena ampliaba sus informes con opiniones ya de tipo personal. “Lo del Doctorado Honoris Causa” —me decía— “corre parejas con lo del Coronelato para su caballo”. Por lo visto, es decir, por lo oído, se trata de venganzas que se toman las

Universidades y ciertos gobiernos para humillar de vez en cuando a los intelectuales y a los militares que suelen envanecerse con sus legítimos títulos y sus legítimos grados. Un caballo-Coronel y un analfabeto Doctor Honoris Causa sirven de purgante para las callejeras vanidades. Y ahora, en estos días, el Doctorísimo Trujillo de la Universidad de Pittsburgh, corre parejas (y no es en un hipódromo) con el Doctorísimo Castillo Armas, de la Universidad de Columbia Fruit Company.

Y basta ya de antecedentes. Vayamos a la tesis directa. Yo opino, contra Ornes, contra Cabiedes, contra todo el pueblo cubano, que Rafael Leonidas Trujillo no es un chacal, ni es un enfermo de hospitales psiquiátricos, se borde con oro o se unte de miel los calzones. Yo creo que Trujillo no solamente no es eso sino que, por el contrario, es el hombre más representativo de nuestra época, candidato natural a presidir algún día la Organización de los Estados Americanos. A poco que examinemos el mapa de Nuestra América (y el de la otra) vamos a encontrarnos con gobernantes de la escuela trujillera, similares por sus antecedentes, por sus métodos, por sus "ideas", por sus genocidios: hasta por esos uniformes-albardas que se echan encima. Más todavía: nos encontraremos con hombres que sin ser aún gobernantes están ya desde temprano acumulando honores para ascender pronto al solio de los Generalísimos y Doctorísimos. Leamos la prensa libre, oigamos los sermones en las iglesias, consultemos los archivos de las academias: en todas partes un himno se eleva en honor de estos hombres providenciales, mandados por Dios a ejercer justicia y a prodigar amor.

Para mí, el General Trujillo merece ya los honores de la paz, después de un cuarto de siglo de injurias irreverentes. El mundo nuevo, el mundo libre, el mundo de McCarthy, de MacArthur, de MacCormick, MacIke y de MacFoster, este

mundo preatómico, reduce a cenizas (Hiroshima en un símbolo) todos los prejuicios políticos dentro de los cuales nos habíamos formado. La nueva Geometría de la relatividad, la nueva óptica de la “televishon”, la nueva física de Hiroshima, la nueva termodinámica de los reactores atómicos, las nuevas inversiones, los nuevos empréstitos y las nuevas ventas de armamentos inútiles: todo ello tiene que conducir a una nueva filosofía del hombre, a una nueva concepción política y a una nueva moral cívica. Para este nuevo orden cósmico, el Generalísimo Trujillo y Molina servirá de estandarte. Ni siquiera habrá necesidad de dar por terminado el truhanesco capítulo de los negocios de la familia Trujillo, rigurosamente acorde con las modalidades cartaginesas de los estadistas de la era atómica. Antes se tuvo por desdorado que un gobernante iniciara su fortuna con la trata de blancas para lavarla in crescendo hasta el sistema bancario del país; antes se tenía por cosa de bribones negociar desde el gobierno con el hombre del pueblo, monopolizando los granos de primera necesidad, y el azúcar y la carne y los frutos, así como el cemento, el algodón, la cerveza, los transportes. Injustamente ultrajado fue Trujillo, antes de la era atómica, por esa clase de ocupaciones presidenciales, sin descender, desde luego, a los planos macabros de su vida sexual. Hoy ya no. Washington dirige el mundo bajo nuevas valoraciones. Y Washington impone el respeto y la admiración para el Benefactor. Sus brillantes condecoraciones, los vistosos plumajes del bicornio, la belleza de su cara maquillada en color de rosa, sus ojos redondos de auténtica bondad cristiana, sus bellos sensuales, Doctorados Honoris Causa, la amistad oficial con que lo distinguen sus colegas caribes y sudamericanos, la admiración y la gratitud que le reconocen las cartaginesas del Potomac, el aplauso unánime de la prensa de habla española, los préstamos intelectuales a lo Carlos Dávila y a lo José Vasconcelos, el caballo-Coronel y

el hijo General, los descuartizados de todos los días y las jóvenes violadas todas las noches, los doce mil cadáveres de haitianos, los asesinatos de Nueva York, en La Habana, en Puerto Rico, los dedos cortados con hacha del doctor Lara: todo ello que antes parecía monstruoso, ahora se da como el más glorioso conjunto de virtudes que gobernante alguno haya lucido para grandeza de América y la democracia. El Generalísimo Trujillo se eleva, por eso, a la categoría de símbolo de esta hora miserable que viven nuestros pueblos, en la que el gobierno corresponde a los coroneles en cuatro patas o a los Generales con dos, a los Doctores con "honoris" o sin honoris, a los presidentes entreguistas o cobardes, a los papagayos de la prensa, a los cipayos de la tropa, a los lacayos de la diplomacia continental.

    Mi noble amigo Coronel y romántico Horacio Ornes no estamos de acuerdo.

Santiago de Chile  
noviembre de 1955



*Guatemala, 15 de junio/49*

*Sra.*

*Lic. Marina Coiscou*

*Santo Domingo, R. D.*

*Mi queridísima mamá:*

*En vísperas de grandes acontecimientos para nuestro sufrido pueblo, te hago estas letras, que servirán de despedida en el caso más malo, para demostrarte y expresarte una vez más y quizás por última mi inmenso cariño y mi más grande agradecimiento por todo cuanto has hecho por mí. Gracias a ti, solo a ti, me siento un hombre digno y valiente ante el peligro y responsable ante la tragedia de mis compatriotas.*

*Dentro de unos días, quizás horas, comenzará la revolución libertadora. Yo, como uno de sus jefes, me siento optimista y con gran fe en la victoria, ya que estoy seguro nuestro pueblo peleará como nunca lo ha hecho. Voy sin mezquinas aspiraciones personales, pensando solo en los intereses de nuestro sufrido pueblo. Por sobre todas las cosas pienso en los humildes, en los humillados y en los martirizados. Te aseguro que en esta cruzada de liberación seré tal como tú me hiciste: digno, responsable y desinteresado. Con una gran fe en nuestra justa causa marcharé a la victoria sin olvidar un solo momento mis principios y los de la noble causa que vamos a defender. La suerte está echada. La victoria está en manos del pueblo dominicano.*

*Por mi parte, en el aspecto personal, solo un acto de mi vida te ruego me perdones. Soy padre de un lindo niño. Desde hace tiempo sentía en mi alma la imperiosa necesidad de dejar en el mundo algo mío que llevara mi sangre. Te ruego me perdones y si te interesa, como espero, ser la custodia de la única herencia que dejo, puedes comunicarte con Coralia y ella te informará. Te ruego no dejarlo desamparado y rogarle a Susana me perdone y hacerle ver que, para mí, espiritualmente, ella es su madre.*

*Exprésale a Susana que ella ha sido la única mujer a quien he querido, ya que, a parte de ti, es a la única mujer que he conocido.*

*A mis queridos hermanos, a Abigaíl y Ana y demás familiares, mis fervientes votos por su felicidad. Para Germán, te ruego hacérselo saber, un recuerdo afectuoso.*

*Para ti, madre querida, va mi corazón y un beso imborrable. Que Dios disponga.*

*Horacio Julio*

## Introducción

Este libro, escrito con la mayor modestia, no tiene pretensiones literarias. No persigue tampoco el propósito de justificar, en forma alguna, el fracaso del desembarco en Luperón. Es, sencillamente, un relato verídico y objetivo de los acontecimientos desarrollados en la República Dominicana como consecuencia de la expedición armada para derrocar el régimen trujillista, en junio de 1949. Aparte del interés narrativo que pueda tener, se publica con la finalidad fundamental de que las experiencias adquiridas en aquellos sucesos sirvan en el futuro de orientación, si ello es posible, a los revolucionarios de cualquier latitud de América, especialmente a los dominicanos. Si logro ese objetivo estaré satisfecho.

Desde el principio hasta el fin, el relato está ajustado estrictamente a la verdad y desarrollo cronológicamente. Si algún detalle se omite es porque pasó inadvertida para mí o intencionalmente lo olvidó por considerar su revelación perjudicial en vista de que Trujillo continúa ejerciendo tiránicamente el Poder. En muchos casos el adversario está en capacidad de tomar represalias contra personas al alcance de su sistemático terror. En otros, se podría comprometer a personas extranjeras que aún desempeñan funciones oficiales en sus países.

Es conveniente consignar que por espacio de más de dos décadas los dominicanos han estado luchando, por todos los medios imaginables, para librarse de la tiranía que los oprime. En todo ese largo período han recibido las simpatías de los pueblos americanos y la valiosa ayuda

moral y material de destacados dirigentes de la democracia Continental. En el caso de la expedición que culminó con el desembarco en Luperón también se contó con esa desinteresada solidaridad, prestada de corazón y de buena voluntad por hombres como el ilustre doctor Juan José Arévalo, expresidente de Guatemala; doctor Enrique Muñoz Meany, exministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, muerto prematuramente cuando todavía podía prestar grandes servicios a la democracia americana; coronel Francisco Cosenza, exjefe de la Fuerza Aérea guatemalteca; y muchos otros más de distintas nacionalidades que dieron su entusiasta cooperación y adhesión a la noble y justa causa del pueblo dominicano. A todos ellos expreso mi eterna gratitud por su digna y consecuente actitud de verdaderos demócratas y americanistas.

H. O.

# CAPÍTULO I

## Sobre el Caribe

*“Es también el Mar de los dictadores, ladrones y asesinos. Es el Mar donde gobernar se confunde con el robar y el matar. Mar de aventureros que se juegan la vida para capturar el Gobierno, y para ya no soltarlo nunca, si quedan con vida. Mar de los presidentes y los expresidentes millonarios. Es el Mar de Juan Vicente Gómez, de Carías Andino, de Jorge Ubico, de Leonidas Trujillo”.*

Doctor Juan José Arévalo,  
Expresidente de Guatemala.

(Guatemala, la democracia y el imperio)

La noche del 17 de junio de 1949, un grupo de jóvenes e idealistas revolucionarios latinoamericanos nos encontrábamos en Puerto Barrios, Guatemala, haciendo los preparativos para un largo y arriesgado viaje por el mar Caribe.

Nos aprestábamos, con decisión impresionante, a enfrentarnos en desigual combate con la más tenebrosa tiranía que recuerdan los anales históricos de América. Trataríamos, una vez de más, de promover una rebelión popular para derrocar la satrapía de Rafael Leonidas Trujillo Molina, en República Dominicana.

Con todo sigilo y cautela, para ocultar las actividades que desarrollábamos, abordamos en la madrugada del día 18 una pequeña embarcación que lentamente nos condujo por las tranquilas aguas del Lago Izabal hasta el caserío

de El Estor, situado en una de sus orillas, en plena jungla guatemalteca. La travesía por aquel aislado paraje de la acogedora tierra centroamericana fue agradable. La quietud del bello amanecer tropical sólo la profanó el ronco rugir de los motores al impulsar el recargado navío hacia su punto de destino. Ya llegando a El Estor, se destacó a lo lejos, como recostada en el fondo brumoso de la montaña, la silueta inconfundible de un hidroavión “Catalina” PBY, que esperaba su carga para cruzar velozmente el mar Caribe llevando los medios necesarios para cumplir la audaz misión insurreccional sin paralelo en el Nuevo Mundo, por sus características especiales.

Mientras nos acercábamos al hidroavión veíamos factible la realización de la empresa libertadora. Éramos hombres enrolados voluntariamente en las filas de los que en América luchan por los ideales democráticos y estábamos convencidos de que cumplíamos con un deber impostergable. Ante la realidad de la acción nadie pensó en retroceder, y mucho menos sintió esa sensación que llaman miedo. Cuando con sinceridad se lucha por una causa justa como es defender los intereses populares, el espíritu de sacrificio y abnegación siempre prevalece. Emocionados nos sabíamos en ruta hacia la República Dominicana, el país más maltratado y oprimido del Continente. Con entusiasmo íbamos a cumplir la honrosa misión y nuestros deberes de hombres libres y demócratas.

A las seis y media de la mañana llegamos a El Estor. Sin pérdida de tiempo iniciamos la tarea de descargar la embarcación, ayudados por algunos vecinos del lugar que ignoraban el destino final del extraño cargamento. No sabían aquellos humildes hombres, dedicados a su cotidiana faena de cultivar la fértil tierra americana, que esas armas tendrían la redentora misión de libertar a un pueblo hermano, explotado vilmente por una satrapía. Con manifiestas

reservas prestaron su valioso concurso, haciendo posible que el trabajo fuera relativamente fácil y realizado en breve tiempo.

Por su parte, la tripulación del hidroavión luchó con pericia para colocar el aparato cerca de la costa de suerte que no sufriera desperfectos, especialmente aquellas partes en contacto con el agua. Tras arduos esfuerzos, el "Catalina" fue situado, con la parte trasera a unos cuantos metros de la orilla, en dirección favorable al viento y amarrado fuertemente desde tierra. Cuando esas maniobras terminaron, procedimos a la fatigosa y lenta tarea de introducir y acomodar adecuadamente en el interior del hidroavión el pesado equipo bélico, teniendo en cuenta la distribución de los bultos por su peso y volumen. En larga fila, semejando una cadena humana algunos con el agua a la altura del pecho, nos pasábamos los bultos hasta llenar poco a poco la cabina del magnífico transporte aéreo. Un sol de fuego nos quemaba las espaldas desnudas. Al llegar el calor tropical a su punto culminante, a eso del mediodía, suspendimos el agotador trabajo para descansar hasta que la atmósfera refrescó.

Ese intervalo lo aprovechamos para comer algunos alimentos enlatados, los últimos hasta cinco días después. También nos dedicamos a limpiar y probar las armas que utilizaríamos en el desembarco. A los compañeros con poco entrenamiento militar les hicimos disparar al blanco y lanzar granadas de mano. En pocos minutos aquellas prácticas parecían una batalla campal. Por ese motivo pronto suspendimos el entrenamiento para evitar alarma entre los asustados habitantes de El Estor. La breve revisión del equipo fue muy provechosa. Comprobamos que una de las ametralladoras pesadas había sido entregada en mal estado y no funcionaba. Muy a nuestro pesar la desecharon, dejando sus principales piezas como repuestos para la única

de esa clase que nos quedaba en buenas condiciones. Aquella entrega inservible pareció obra de la irresponsabilidad o la traición y fue el primer contratiempo que tuvimos.

A las tres de la tarde, cuando estábamos casi listos para partir, llegó un remolcador conduciendo un lanchón con los tambores de combustibles para el hidroavión. Una pequeña bomba a motor trasegó rápidamente la gasolina a los tanques del "Catalina".

Una hora después estábamos preparados para iniciar el viaje de unas mil doscientas millas. Ya sólo aguardábamos las señales convenidas con el otro grupo de la expedición, que por razones técnicas tenía que partir de distante base. Esas señales consistían en el vuelo sobre el Lago, a baja altura, de los cuatro aviones que, transportando material bélico y hombres, formaban el grueso de las fuerzas iniciales de la revolución contra el régimen Trujillista. Empezaba así un nuevo capítulo de la historia dominicana que se iba a escribir con sangre, dolor y sacrificios.

\*\*\*

Cuando Cristóbal Colón descubrió el 5 de diciembre de 1492 la isla que bautizó con el nombre de la Hispaniola y la convirtió en base para las portentosas conquistas españolas en el amplio continente, no podía prever que con el transcurso de los siglos esa bella tierra tropical sería escenario de una de las tragedias más grandes conocidas por la humanidad en los tiempos actuales. Desde entonces la isla ha pasado por una serie ininterrumpida de acontecimientos trágicos, sangrientos y heroicos que en ocasiones han repercutido en toda América.

La historia dominicana está caracterizada por la lucha incesante del pueblo por su libertad e independencia. La isla fue codiciada por las potencias imperialistas, y sus habitantes tuvieron que hacer frente a invasiones y ocupaciones

de toda especie y nacionalidad. Cuando no eran piratas, filibusteros o bucaneros, el peligro lo representaban España, Francia, Inglaterra o Estados Unidos de América. Por espacio de más de dos décadas sus vecinos haitianos, haciendo efectiva la consigna de que la “la isla es una e indivisible”, mantuvieron ocupada la tierra dominicana. Sin embargo, de todas las desgracias padecidas por los isleños, la de consecuencias más funestas ha sido la ocupación militar norteamericana, que desde 1916 a 1924 gobernó sin restricciones a la República Dominicana. Los Estados Unidos no sólo dejaron una enseñanza de corrupción y crímenes, sino que detuvieron la evolución política y social del pueblo, hipotecando las finanzas y la economía del país, y, lo que es peor, engendraron a ese monstruo que llaman Rafael Leonidas Trujillo Molina.

Trujillo es un producto directo e indiscutible de la ocupación militar norteamericana. En sus mocedades sirvió a los infantes de marina yanquis persiguiendo a los patriotas dominicanos que virilmente luchaban contra la injustificable invasión extranjera. Cuando los norteamericanos consideraron conveniente la desocupación del suelo dominicano, Trujillo fue convertido en un flamante oficial de la Guardia Nacional creada por los interventores. Siguiendo las enseñanzas de sus amos del Norte y poniendo en práctica sus ancestrales sentimientos, Trujillo se convirtió pronto en jefe del naciente Ejército Nacional, utilizando para conseguir esa posición los medios más abominables. Protegido predilecto del presidente Vásquez, quien ciego ante las reiteradas protestas de lealtad del jefe de su ejército, no vio la traición que se tramaba en los cuarteles contra su régimen y las libertades populares. Pudo Trujillo, con esa habilidad felina y criminal que lo caracteriza, asaltar el Poder y establecer uno de los más crueles, inhumanos y antidemocráticos sistemas de gobierno padecido por los países americanos.

El 23 de febrero de 1930 sufrió el pueblo dominicano el eclipse total de sus más esenciales y caras libertades. Desde entonces la República Dominicana está gobernada por Trujillo. El crimen, el terror, la corrupción y la inmoralidad son las normas orientadoras de la política y los actos de ese régimen copiado de la Edad Media. El hambre, la miseria y la ignorancia más espantosa son las consecuencias que padece el pueblo. Todas las clases sociales del país son víctimas de la insaciable sed de poder y lucro del tirano de San Cristóbal. Pero los más oprimidos, explotados y pateados son los humildes, los proletarios y campesinos, que nunca han conocido lo que es disfrutar plenamente de sus derechos. Todo está bajo el control absoluto de Trujillo, inclusive las mujeres y el honor de las familias. El tirano es fabulosamente rico y disfruta de un poder político ilimitado. En aquel pequeño país antillano nada se hace sin el consentimiento del déspota, y para todo se usa la violencia en su grado más repugnante. La historia contemporánea de la República Dominicana se está escribiendo con la sangre de un pueblo noble cuyo único delito es aspirar a una vida mejor por medio del ejercicio de las normas democráticas.

Esa es en síntesis la historia de la satrapía de Trujillo. Largo sería enumerar las atrocidades que durante veinticinco años ha cometido el régimen trujillista. Basta recordar la matanza de haitianos, en 1937, para comprender la magnitud de la tragedia. En aquella ocasión, según cálculos conservadores, perdieron la vida más de veinte mil negros del vecino país cuyo único delito consistió en trabajar para su sustento en tierra dominada por Trujillo. Esa masacre, claramente clasificada como genocidio, es prueba suficiente del salvajismo que impera en las esferas oficiales dominicanas.

En la República Dominicana más del noventa y cinco por ciento, por no decir la totalidad de la población,

repudia a Trujillo; pero saben que la más ligera manifestación de ese sentimiento significa la muerte. Sin embargo, el terror no ha impedido que constantemente se conspire contra el régimen. Muchos han sido los intentos libertadores, en los cuales se han perdido miles de vidas. Por lo general las conspiraciones internas no han tenido contacto con los desterrados que peregrinan por distintos países de América. La última intentona conocida de las que ha aplastado el tirano tuvo su origen en las propias filas del ejército, en mayo del 1946, dirigida por el capitán de artillería Eugenio de Marchena, quien perdió la vida, junto con numerosos militares, tras horrendas torturas.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el pueblo dominicano creyó en el triunfo de la democracia. Aprovechando la ocasión propicia se lanzó con nuevos bríos a la lucha por sus ideales. Pero el pueblo dominicano, como la humanidad entera, fue engañado y traicionado en la forma más vil por las grandes potencias. Los Estados Unidos siguieron prestando su apoyo a Trujillo, facilitándole, entre otras cosas, armamento moderno para que continuara su “democrática” tarea de tiranizar a los dominicanos, a cambio de garantías al capitalismo internacional en sus inversiones en el país. No obstante, el pueblo estaba entusiasmado por la falsa propaganda de la época de guerra. En todo el país se sintió un despertar prometedor. Como por arte de magia se formaron agrupaciones políticas clandestinas que crecieron constantemente y desconcertaron con sus trabajos a los dirigentes del régimen, creándose así un ambiente favorable a las aspiraciones populares.

Los primeros en lanzarse a la contienda pública fueron los comunistas, en 1946. Sus líderes en el exilio, aceptando las fementidas garantías dadas por Trujillo a las organizaciones comunistas extranjeras y al movimiento obrero de Cuba y México, regresaron al país en valiente actitud cívica.

Pericles Franco Ornes, Ramón Grullón, Mauricio Báez, Francisco Henríquez Vázquez, Feddy Valdez, los hermanos Ducoudray y otros, dieron impulso a la lucha entablada por el pueblo contra la tiranía. El ejemplo comunista fue seguido por la “Juventud Democrática”, incipiente organización izquierdista formada por jóvenes profesionales y estudiantes. Otros grupos de profesionales y la clase media, menos decididos que la nueva generación, permanecieron en la clandestinidad, debilitando así el movimiento democrático que se había lanzado a la calle. En aquel entonces se dio principio a la tarea de organizar a los obreros, orientados por la recia personalidad del malogrado dirigente Mauricio Báez<sup>3</sup>. Por todo el país se efectuaron reuniones públicas a las que asistieron millares de personas ansiosas de oír palabras y promesas de libertad y circularon profusamente periódicos impresos y mimeografiados. La agitación creció, cobrando fuerzas insospechadas. Trujillo se sintió amenazado y desató una ola de terror y represalias. Las cárceles se llenaron de valientes luchadores democráticos. Pero todavía hubo tiempo para organizar una gran manifestación en la Plaza Colón el 26 de octubre de 1946. La capital dominicana se agitó de entusiasmo. La fuerza pública, por orden del déspota, trató de deshacer la manifestación y se produjo un choque sangriento. El mitin se suspendió, pero los miles de asistentes, en masa compacta, desfilaron por las principales calles de la ciudad, gritando por primera vez en quince años, esas palabras contenidas de “abajo el tirano”, “muera Trujillo”, etc. En actitud de protesta los manifestantes se dirigieron a las embajadas de México, Cuba y

---

<sup>3</sup> Mauricio Báez, exiliado en Cuba desde aquella ocasión, fue secuestrado y asesinado por gánsteres a sueldo de Trujillo, en diciembre de 1950, en La Habana. El crimen lo dirigió Félix W. Bernardino, en aquella fecha Encargado de Negocios dominicanos en Cuba

Estados Unidos. Después de exponer ante los representantes diplomáticos de esos países los atropellos trujillistas, la manifestación se disolvió, terminando así un período de tres meses de lucha pacífica por establecer la democracia. Luego vinieron horrorosos crímenes y las cárceles se llenaron de hombres y mujeres deseosos de ser libres. La tiranía controló la situación y el ambiente volvió a ser de silencio. El terror implacable hizo estragos. Cadáveres de humildes gentes del pueblo fueron colgados de árboles a los bordes de las carreteras como significativa advertencia de lo que es capaz el iracundo déspota.

Mientras esos sucesos ocurrían en el interior de la República Dominicana, en el exterior los cientos de desterrados que no aceptaron las falsas garantías trujillistas trabajaban activamente para derrocar al tirano por medios violentos. El general Juan Rodríguez García, rico terrateniente dominicano que logró salir del país con una considerable cantidad de dinero, aglutinó los diversos grupos exiliados. Se formó una Junta Revolucionaria presidida por el licenciado Ángel Morales, exvicepresidente de la desaparecida Liga de Naciones, y compuesta por el general Rodríguez García, el escritor Juan Bosch y los doctores Juan Isidro Jiménez Grullón y Leovigildo Cuello, la cual se encargó de canalizar y orientar el esfuerzo insurreccional desde el extranjero. Verdaderos demócratas de Cuba, Guatemala y Venezuela respaldaron, material y espiritualmente, los proyectos libertadores dominicanos y, en hermosa solidaridad humana, hicieron posible la adquisición de un cuantioso equipo bélico moderno, con el que se preparó una expedición armada contra Trujillo. Barcos, aviones, hombres y armas fueron concentrados en la costa Norte de Cuba. La expedición tomó como base de entrenamiento el pequeño islote llamado Cayo Confite. Los planes, que debieron mantenerse en el mayor secreto, no tardaron en trascender al público, provocando esto un

escándalo internacional. De distintos países de América llegaron voluntarios y palabras de aliento. Ante la potente amenaza, el tirano tembló y el pueblo dominicano esperó impaciente la hora de su liberación dispuesto al sacrificio. Pero la tensión internacional adquirió magnitud insospechada y el oro corruptor de Trujillo compró conciencias, entre ellas la del entonces jefe del ejército cubano, general Genovevo Pérez Dámera, todo lo cual, unido a la desorganización de los expedicionarios, hizo posible que se frustrara la intenciona que más posibilidades de triunfo ha tenido en todas las planeadas contra el Chacal del Caribe.

Tras el fracaso de la expedición de Cayo Confites vino un periodo de desaliento en las fuerzas antitrujillistas hasta que triunfó en Costa Rica la revolución dirigida por José Figueres. La participación de algunos revolucionarios extranjeros en el movimiento costarricense, quienes buscaban una base desde donde lanzar sus ataques contra las dictaduras caribeñas; la formación de la Legión Caribe, que bajo el mando de quien escribe tomó a Puerto Limón; y los pronunciamientos antidictatoriales del presidente Figueres, hicieron temblar de nuevo a Trujillo y sus colegas de otros países, especialmente a Somoza de Nicaragua. Pero los meses transcurridos desde Cayo Confites habían variado un poco la situación, favoreciendo a los tiranos. Trujillo, ayudado por los norteamericanos, creó una poderosa organización militar, sintiéndose más seguro e insolente. Entonces se desarrolló una guerra de nervios entre Trujillo y Somoza, por una parte, contra los gobiernos democráticos de Guatemala, Cuba y Costa Rica. Los presidentes Arévalo, Prío y Figueres y los expresidentes Betancourt y Gallegos, de Venezuela, fueron objeto de los ataques más calumniosos e infundados lanzados por los tiranos del Caribe. La tirantez internacional en la zona central del continente llegó a su punto culminante en el mes de junio de 1949.

Fue en aquella época cuando el nerviosismo de los tiranos latinoamericanos creó el ridículo fantasma de la “Legión del Caribe”. A ese respecto es conveniente aclarar que nunca existió una organización internacional de tal nombre para atacar a los regímenes antidemocráticos. La verdad es que ese absurdo tuvo su origen en la revolución de Costa Rica en 1948, cuando se creó, fundado por mí, un cuerpo especial de tropas enmarcado dentro de la organización de las fuerzas figueristas que recibió el nombre de Legión del Caribe sin el “del”. Ese grupo de combate, compuesto por costarricenses, salvo yo, que era su Comandante, y mi ayudante, el hondureño Marcos Ortega, se hizo famoso al realizar con extraordinario éxito el espectacular asalto por aire a Puerto Limón. Su nombre se debió al costarricense Rolando Aguirre, muerto en la indicada acción. Una vez concluida la guerra civil, la Legión Caribe fue disuelta. Parece que posteriormente un grupo de irresponsables se hizo llamar “Legión del Caribe”, tomando el nombre de la fama de la anterior y de la propaganda de los tiranos.

La “Legión del Caribe” es un producto de las mentes calenturientas de los déspotas, quienes la han creado como truco publicitario para impresionar y confundir a la opinión pública internacional. La Organización de Estados Americanos, después de una amplia investigación, declaró inexistente la tan discutida “Legión del Caribe”.

Pero en cambio los desterrados dominicanos, nicaragüenses, hondureños y de otros países, en verdadera comunión de ideales y solidaridad, se unificaron, formándose un frente común para combatir a las tiranías que oprimen a los pueblos indefensos de América. Esta alianza democrática está dirigida por un “Comité Supremo Revolucionario” presidido por el general Juan Rodríguez García, en el cual había representantes de la República Dominicana, Nicaragua y Costa Rica, contando con el apoyo de los hondureños

y cubanos. Este Comité propició la revolución encabezada por Figueres en Costa Rica y fracasó en su intento de hacer lo mismo en Nicaragua debido a las divisiones partidistas existentes entre los desterrados de aquel país.

Cuando se hizo imposible continuar la lucha en Centro América, se decidió atacar al régimen trujillista. Nuevamente se preparó una expedición armada para invadir la República Dominicana. El general Rodríguez García, como en la ocasión de Cayo Confites, asumió la jefatura militar del nuevo intento y sufragó la casi totalidad de los gastos. El general Miguel A. Ramírez fungía como jefe de Estado Mayor y el coronel Horacio J. Ornes Coiscou como jefe de Operaciones. También compartía las responsabilidades directivas el coronel doctor Eufemio Fernández, exjefe de la Policía Secreta cubana y gran simpatizante de la causa del pueblo dominicano. El licenciado José A. Bonilla Atiles, ex vicerrector de la Universidad de Santo Domingo, fue designado Delegado en México y el escritor Juan Bosch, Delegado en Cuba.

En esta ocasión los planes tácticos y estratégicos eran distintos a los de Cayo Confites. Ya no se trataba de introducir a la República Dominicana cientos de hombres, sino más bien armas para ser usadas por los miembros de las organizaciones clandestinas de acuerdo con los dirigentes desterrados. Por ese motivo nos limitamos a llevar pocos hombres con alguna experiencia en esta clase de operaciones militares que estuvieran capacitados para formar los primeros cuadros de jefes y oficiales del ejército revolucionario. Las armas serían suficientes para equipar a unos mil doscientos hombres. A última hora, por carecer de transportes adecuados, la cantidad fue reducida en una tercera parte. El objetivo principal de la expedición era provocar levantamientos en distintas regiones del país con el propósito de generalizar la lucha en todo el territorio nacional.

Para cumplir con ese plan se dispuso que el general Rodríguez desembarcara, con dos aviones, en el Cibao, o sea, el centro de la isla, posiblemente en el aeródromo de La Vega. El general Ramírez, también con dos aviones, tenía asignada la zona de San Juan de la Maguana, esto es la parte Sur. Y el tercer grupo, más reducido que los anteriores y bajo el mando de quien escribe, sería transportado por un hidroavión con destino a la costa Norte, preferiblemente en la provincia de Puerto Plata. El lugar exacto de desembarco y los planes locales de operaciones quedaron sujetos a la decisión de los comandantes de cada grupo. Esos eran, a grandes rasgos, los planes militares de invasión.

Los objetivos políticos perseguidos fueron consignados en un manifiesto al pueblo firmado por los tres dirigentes militares. En aquel documento se hacía el recuento de las atrocidades cometidas por el régimen trujillista, expresándose que se llegaba a la vía de la violencia después de haberse agotado todos los medios para una solución pacífica de los problemas políticos del país. Al llamar al pueblo a las armas se hacían, solemnemente, las promesas de establecer un gobierno democrático que garantizara las libertades populares. Prometíamos la Reforma Agraria, el Código de Trabajo, el Seguro Social, el Crédito Agrícola, la industrialización, la Autonomía, Universitaria, la eliminación del analfabetismo, la aplicación justa de las leyes, y una amplia libertad de pensamiento y de reunión, alentándose la sindicalización de los obreros. Ese programa mínimo bien podía servir como base para la evolución de los dominicanos hacia el ejercicio de una verdadera democracia. Una Junta Revolucionaria, que se formaría cuando el movimiento controlara una porción importante del territorio nacional, sería la encargada del Poder mientras se restableciera el sistema constitucional. La voluntad popular, siempre estafada en la República Dominicana, sería respetada y acatada sin

subterfugios de ninguna especie, garantizándose en esta forma el éxito ideológico de la revolución.

\*\*\*

Volvamos nuevamente al Lago Izabal donde preparábamos la salida rumbo a la República Dominicana.

Al pasar lista contestaron presente: José Rolando Martínez Bonilla, quien con el grado de Capitán tenía las funciones de Jefe de Estado Mayor de nuestra zona de operaciones. Había recibido instrucción militar en Cayo Confites y Costa Rica. Nacionalidad dominicana. Federico Horacio Henríquez Vásquez (a) Gugú con el grado de Capitán ejercía la comisión de Oficial Ejecutivo. Era veterano de la Segunda Guerra Mundial peleando como miembro de la Marina de Estados Unidos en el Pacífico contra los japoneses. Nacionalidad dominicana. Alejandro Selva, Capitán, exoficial de la Guardia Nacional de Nicaragua. Tuvo que salir de su país por permanecer fiel al presidente Argüello cuando el dictador Somoza lo derrocó. Nacionalidad nicaragüense. Alberto Ramírez, Capitán, también exoficial de la Guardia Nacional de Nicaragua y desterrado de su país por iguales motivos que el Capitán Selva. Nacionalidad nicaragüense. Alfonso Leiton, Teniente, veterano de la toma de Puerto Limón durante la revolución de Costa Rica en 1948. Nacionalidad costarricense. Ingeniero Hugo Kunhardt, Teniente, graduado en las universidades de Santo Domingo y Harvard, en EE.UU. Prestó sus servicios en la isla de Guam, posesión norteamericana en el Pacífico y en el Servicio Interamericano de Salud Pública. Nacionalidad dominicana. Manuel Calderón Salcedo, Teniente, estudiante de medicina en la facultad de la Universidad de La Habana, Cuba. Nacionalidad dominicana. Salvador Reyes Valdez, Teniente, estudiante de medicina en las universidades de Santo Domingo y México. Tuvo que salir de la República

Dominicana donde se distinguió en la lucha popular contra la tiranía en 1946. Nacionalidad norteamericana, de origen dominico-puertorriqueño. Jose Félix Córdoba Boniche, Teniente, perseguido implacablemente por el dictador So-moza. Nacionalidad nicaragüense.

Doctor Tulio Hostilio Arvelo Delgado, Teniente, abogado. Renunció el cargo de Vicecónsul dominicano en San Juan, Puerto Rico, para unirse a los expedicionarios de Cayo Confites. Nacionalidad dominicana. Miguel Feliú Arzeno, Teniente, veterano de Cayo Confites. Nacionalidad dominicana.

El mando del grupo, con el grado de Coronel, lo ostentaba el autor de estas páginas. Participó en la expedición de Cayo Confites y en la revolución de Costa Rica en 1948, donde dirigió la toma de Puerto Limón y fundó la Legión Caribe. Nacionalidad dominicana.

La tripulación del hidroavión la formaban el Capitán piloto John M. Chewing; el copiloto Habet Joseph Maroot; y el ingeniero mecánico George Raymond Scruggs, todos de Miami, Florida, Estados Unidos de América.

A las seis de la tarde recibimos la señal de partida. Dos aviones volando muy alto, lo cual impedía su identificación, pasaron raudos con rumbo al noroeste. La señal era confusa porque en vez de pasar cuatro aviones sólo iban dos y no volaron bajo como estaba convenido. Después de dudar un poco de la autenticidad de esos aparatos, y previa consulta con los compañeros, decidí dar la orden de salida. Todos, con un entusiasmo indescriptible, como si fuéramos a una excursión campestre, abordamos la nave aérea, ocupamos nuestros puestos y nos dispusimos a seguir el rumbo hacia la meta señalada por el destino a nuestras vidas.

Los motores del hidroavión rugieron con potencia. El enorme aparato se movilizó e internó en el lago buscando una posición adecuada para despegar. Martínez Bonilla,

ocupando el lugar del copiloto, que estaba en otra labor, sirvió de intérprete, transmitiendo las instrucciones del capitán Chewing. Todo listo para levantar vuelo. Los motores fueron acelerados y el hidroavión se deslizó cortando el agua a una velocidad vertiginosa. El piloto hizo en los controles maniobras incomprensibles para nosotros, en las cuales empleaba todas sus fuerzas. Pero el aparato no despegó del agua. Les motores se vieron incandescentes. De repente la nave se detuvo casi en la orilla opuesta del lago. El hidroavión no pudo despegar a pesar de los extraordinarios esfuerzos del veterano piloto. Primero se nos informó que el agua estaba muy tranquila; luego que no había suficiente brisa y, por último, la verdad: el aparato estaba sobrecargado. El piloto había cometido un lamentable error al indicar el peso que el "Catalina" podía levantar. Para aligerar de peso al aparato echamos al agua un bote salvavidas de caucho y probamos de nuevo el despegue. Pero por segunda vez fracasamos. En todos los rostros se dibujó la ansiedad, incluso en la tripulación. La noche iba sustituyendo al día y la obscuridad hacía peligroso el despegue. Todavía decidimos hacer un último esfuerzo. Esta vez echamos al agua varias piezas de repuestos y doscientos galones de gasolina, reduciéndose así en casi igual cantidad de millas la autonomía de vuelo del "Catalina". Pero a pesar de esas medidas el nuevo intento fue inútil. Por tercera vez el "Catalina" se negó a volar. Fue entonces cuando el Capitán nos informó que la visibilidad era nula y peligroso levantar vuelo en esas condiciones por las altas montañas que rodean al lago. Ante tal eventualidad decidimos suspender la salida hasta la madrugada.

La demora imprevista vino a perjudicar los planes de desembarco, los cuales tuvieron que ser modificados para que se ajustaran a la nueva situación. Ahora la llegada a suelo dominicano debía ser de noche, difícilísima operación,

para la que no tenían entrenamiento especial los expedicionarios. También tuvimos que tomar en cuenta, siendo ésta la mayor preocupación, que el factor sorpresa, de primerísima importancia, desaparecería en parte cuando llegaran los compañeros ya en ruta en los otros aviones. A nosotros nos tocaría encontrar al país bajo estado de alarma, que obstaculizaría el desembarco. Pero, una vez más, el alto espíritu de sacrificio dominante en nuestro grupo se impuso, decidiéndose por unanimidad partir a las primeras horas del día siguiente.

Obligados por la adversidad dispusimos pasar la noche en El Estor. Un grupo formado por Martínez, Arvelo, Kunhardt, los tripulantes y yo permanecimos en el "Catalina", mientras el resto, utilizando canoas, pasaron al poblado a esperar el día. En medio de una obscuridad absoluta y de un silencio sepulcral transcurrieron nuestras últimas horas en tierras libres de América. No tuvimos presagios ni desvelos. El cansancio nos sumió en un sueño placentero. La jungla, abrazada por la noche, fue silenciosa guardiana de sueños e ideales.

El domingo 19 de junio amaneció claro y prometedor. Cuando todos estuvimos nuevamente reunidos empezamos la tarea de sacar del aparato parte del equipo bélico para aligerar el peso. Varios millares de cartuchos fueron echados al agua y cincuenta fusiles transportados a tierra. En más de media tonelada se redujo el peso total. En esas condiciones intentamos por cuarta vez el despegue, que en esta ocasión fue definitivo. Todavía un poco recargado el "Catalina", majestuosamente, levantó el vuelo hacia el azul infinito del cielo. Por espacio de media hora estuvo volando a no más de cien pies sobre el agua, pero lento y seguro fue cada vez tomando mayores alturas. A la derecha y abajo dejamos a Puerto Barrios, adentrándonos como modernos conquistadores, con grandes ideales y con la bandera de

la democracia, en la amplitud del bravo y americano mar Caribe, escenario de tantos episodios históricos que han cambiado el curso de la vida de muchos pueblos. Utilizando la libertad del espacio nos dirigimos, a enfrentarnos, con un fusil en las manos, una idea en la mente y el corazón palpitante de entusiasmo americanista, a la tenebrosa satrapía trujillista, vergüenza de América y baldón de la civilización. Un día espléndido nos acompañó con el cielo claro y el mar azul. La limpieza de nuestras conciencias e ideales tenían por fondo un panorama que presagiaba el triunfo. Pioneros de una ruta aérea señalada en el mapa de Oeste a Este nos llevaba del Lago Izabal, en la entonces democrática Guatemala, a Luperón, en la esclavizada tierra dominicana. Una ruta geográfica que se tornaba espiritual y está llamada a ser símbolo del alma que anima al hombre libre americano. Era, además, la trayectoria de un viaje no realizado antes, el camino por el cual transitaba una ideología política salvadora, nueva, popular, humana y democrática por la que han muerto millones de seres en todas partes del mundo.

A una velocidad promedio de 114 millas por hora avanzó por los aires el "Catalina". Un viento contrario mayor al normal obstaculizó el avance a más velocidad como se había planeado. Aproximadamente unas once horas de vuelo fueron necesarias para cumplir el recorrido hasta Luperón. Con precisión cronométrica pasamos, sucesivamente, por los puntos de referencia previamente señalados por el piloto. Primero la isla Swan, perteneciente a Honduras y cedida a Estados Unidos; luego un faro jamaiquino y, por último, las penínsulas haitianas.

Mientras el vuelo seguía su curso normal, preparamos las armas y los planes inmediatos de operaciones. Reunidos en la parte trasera del hidroavión discutimos los detalles del desembarco. Martínez, Selva, Ramírez y Henríquez recibieron las instrucciones, mientras en la parte delantera

los otros compañeros esperaron el momento en que se les comunicara la participación de cada uno de ellos en la invasión del feudo trujillista.

A eso de las cuatro de la tarde, reunidos todos en la parte más ancha y central de la cabina del “Catalina”, fueron leídas las órdenes para el ataque. De acuerdo con esas instrucciones el primero en desembarcar sería yo, seguido por Henríquez, Selva y Ramírez, quienes protegeríamos la operación de atracar al muelle el aparato.

El grupo encargado de tomar el pueblo estaría comandado por Henríquez y formado por Selva, Córdoba, Feliú, Leitón y Kunhardt. Este último, por su conocimiento del lugar, tenía la misión específica de apoderarse de la oficina de Correos y Telégrafos o destruir su equipo de comunicaciones. Encargados de desembarcar el material de guerra estarían Martínez, Arvelo, Calderón, Reyes y los tripulantes, con órdenes de utilizar a gentes de la localidad para abreviar la labor. El capitán Chewing recibió órdenes precisas y claras de hacer el descenso en la pequeña bahía de Gracias a Dios, frente a Luperón, planeando sobre el mar para evitar ser vistos y la consiguiente alarma en el pueblo. La operación fue planeada en sus más mínimos detalles y, una hora antes de llegar, cada quien sabía su misión. Todo fue previsto, menos la tragedia.

Durante el viaje sintonizamos en un aparato portátil la estación radiodifusora “La Voz Dominicana”, propiedad de un hermano del tirano, portavoz oficial del gobierno. Los programas se desarrollaban normalmente. Esto nos extrañó porque pensábamos que si los otros aviones habían llegado en la madrugada ya se estaría peleando en suelo dominicano y la radio debía de reflejar en alguna forma la intranquilidad en que suponíamos al país. Ya próximos a las costas de la isla la sintonización fue permanente, pero en ningún momento notamos nada anormal en sus

transmisiones. Una duda, cual afilada daga, nos abría el pecho de angustias y la incertidumbre nos torturaba. ¿Se estaría combatiendo contra las fuerzas trujillistas? Si no era así, ¿dónde estaban los otros aviones de la expedición?

Cada minuto nos acercaba más a nuestro punto de destino. A las seis de la tarde habíamos pasado Haití, entrando en aguas jurisdiccionales dominicanas. Volando a menos de tres mil pies de altura y a tres millas de la costa, buscamos en el horizonte huérfano de sol la presencia de aviones o barcos trujillistas. Pero nada llamó nuestra atención. Hacía unos minutos habíamos dejado atrás la ciudad de Montecristi cuando de repente nos encontramos volando sobre una fragata dominicana que insistentemente nos pedía identificación. Pronta y hábilmente el piloto reaccionó y contestó la solicitud de los marinos del sátrapa iluminando completamente el "Catalina", cosa que al parecer los complació. Ambas naves siguieron sus rutas opuestas. Mientras tanto, Kunhardt y yo, conocedores del litoral, buscamos en la semioscuridad del atardecer el punto de desembarco. Al pasar los minutos, el contorno de las costas se hizo sólo un presentimiento. De repente distinguimos el histórico Cabo Isabela, cerca del cual edificó Colón la primera ciudad del Nuevo Mundo. Frente a esas antiguas ruinas y en una pequeña ensenada, estaba anclado un guardacostas que indiferente nos dejó pasar o no se dio cuenta de nuestra presencia. Aquel evocador lugar nos indicó las cercanías del punto escogido para desembarcar. Dejamos el mar de un lado y cruzamos una pequeña zona de tierra para salir instantes después nuevamente al mar. Al fin divisamos el objetivo. Eran las siete de la noche y nos encontrábamos frente a Luperón, pequeño poblado del Norte de la isla. Sus pocas luces parecían luciérnagas, tristes e inconstantes.

Una vez que Luperón y su bahía fueron identificados y explorados desde el aire, el piloto recibió la orden final

de amarizar de acuerdo con los planes. El momento fue dramático y emotivo. Los corazones palpitaron acelerados. Cantando las vibrantes estrofas del Himno Nacional y empuñando el arma libertadora nos preparamos a dar cumplimiento a la arriesgada aventura. El choque violento entre la libertad y el despotismo estaba a punto de producirse, quizás sólo como un relámpago o como una devastadora erupción volcánica. Eso lo sabríamos momentos después, al primer chispazo de cuya magnitud dependía la libertad de un pueblo.



Hugo Kunhardt,  
comprometido  
con la lucha  
por la libertad  
dominicana.



Miguel Ángel Feliú Arzeno ofrendó su vida luchando por la libertad del pueblo dominicano.

## CAPÍTULO II

### Sangre en la Playa

*“Dominicanos: yo no vengo cual perturbador armado del puñal del asesino alevoso, ni con la tea del incendiario salvaje; la misión que tengo y la que me he impuesto yo mismo es la de un soldado civilizado y cristiano. No es mi propósito excitaros a una inútil rebelión, pero sí es de mi deber como ciudadano libre, haceros comprender que la insurrección no es un crimen cuando ella ha llegado a ser el único medio para sacudir la opresión; pero sí es crimen no pequeño, el indiferentismo que la sostiene y alimenta”.*

General Matías Ramón Mella,  
Cofundador de la República Dominicana.  
(Proclama, 16 de enero de 1864)

El Municipio de Luperón, antiguamente denominado Blanco, pertenece a la Provincia de Puerto Plata. Su nombre pretende ser un homenaje al destacado y valiente general Gregorio Luperón, héroe de la Guerra de Restauración de la República. Luperón fue un hombre de extraordinarias cualidades personales. A él se debe, en gran parte, la existencia de la República Dominicana. Para recordar sus patrióticos sacrificios y sus hazañas guerreras se le ha dado su ilustre nombre a ese pueblo insignificante en la geografía dominicana, mientras Trujillo, que no ha hecho otra cosa que destruir los fundamentos de la nacionalidad, ha puesto

su nombre y el de sus familiares a ciudades, pueblos, provincias, plazas y calles.

La región en que está ubicado el poblado de Luperón es eminentemente agrícola. Sus habitantes, campesinos en su mayor parte, desarrollan su precaria existencia en condiciones educativas y sanitarias desastrosas. Con procedimientos antiquísimos labran la tierra estéril, carente de suficiente agua. Su producción, muy limitada, consiste principalmente de tabaco y yuca, a más de escasos frutos menores para consumo directo e inmediato de sus productores. La campiña está cubierta por una vegetación típicamente tropical. El clima es caluroso y la tierra árida. El campesino, paria en su propio suelo, vive miserablemente, olvidado por los gobiernos que lo mantienen apartado del desenvolvimiento político, social y económico del país. Su vivienda es muy común en los países antillanos. Construida de tablas de palmas y techada con pencas de cana, generalmente consta de una sola habitación, con piso de tierra apisonado, donde pernoctan familias numerosas en la más antihigiénica e in-moral promiscuidad. Pero si las condiciones de vida son malas, las de trabajo son peores. Sin medios modernos de labranza, el campesino luperonense lucha desesperadamente contra una naturaleza inclemente, la cual sólo puede ser vencida por la técnica y la ciencia. Con hambre, desnutrición y enfermedades, secuela de siglos de explotación y abandono, el hombre de Luperón combate a la naturaleza y a su destino, arrancándole al insensible suelo el sustento y, quizás, un poco de esperanza. Y para colmo de su adversidad, tiene también que soportar el terror y la humillación de la oligarquía trujillista, ensañada con sadismo contra aquellos desheredados de la sociedad y de la tierra.

El poblado de Luperón se encuentra ubicado a orillas de la pequeña y poco profunda bahía de Gracias de a Dios, nombrada así por Colón en su primer viaje al Nuevo Mundo.

La rada natural, en la cual ha sido construido un angosto desembarcadero de madera, es utilizada como puerto para la navegación de cabotaje y sirve de base a los guardacostas que vigilan parte de la costa Norte de la isla. Hasta junio de 1949 no había, propiamente dicho, instalaciones de tipo militar o naval, estando la conservación de orden encomendada a un reducido destacamento de la Policía Nacional. La parte urbana cuenta con unos mil habitantes y el Municipio apenas sobrepasa las cinco mil almas. En los últimos años se instaló una pequeña planta de energía eléctrica que funciona algunas horas de la noche; pero el pueblo carece de agua potable corriente. La escuela, tipo rural, está alojada en un bohío, al igual que las dependencias oficiales, tales como la Oficina de Correos y Telégrafos. La sede de los organismos municipales es un viejo caserón de dos plantas muy mal conservado. Como en todos los pueblos de su tipo las calles no están pavimentadas y parten de una plaza central. Huelga decir que la plaza y la calle principales llevan el nombre del tirano.

Las condiciones de vida y de trabajo del campesinado de la región de Luperón no son una excepción sino la regla que norma la existencia de todos los seres que hacen producir la tierra dominicana. Hay lugares del país donde la explotación de los campesinos rebasa los límites de lo concebible. En las plantaciones de caña de azúcar y bananos, por no mencionar las haciendas de los latifundistas criollos, los hombres pierden sus condiciones humanas para equipararse con las bestias. El capitalismo internacional, más concretamente el norteamericano, en confabulación vergonzosa con los reaccionarios dominicanos, mantiene a la clase campesina en la más brutal esclavitud e ignorancia, mientras el régimen trujillista alardea de la aparente prosperidad económica de la República Dominicana. Pero todo es una farsa sangrienta. La agricultura continúa siendo

la mayor fuente de riquezas y, aunque parezca paradójico, los campesinos no se benefician en nada del aparente florecimiento. Todo es obra de la propaganda oficial. Los verdaderos beneficiarios son Trujillo, sus secuaces y el imperialismo extranjero. La explotación inicua del campesino dominicano ha llegado a su más trágica expresión durante los veinticinco años del régimen trujillista. El campesino es, indudablemente, la clase social más sufrida e inculta del país. Decepcionada por las constantes estafas políticas y económicas de que ha sido víctima a través de los siglos, la masa campesina dominicana permanece al margen de la evolución de los tiempos, mostrando un carácter tosco, desilusionado y desconfiado, natural en seres que por generaciones vienen siendo expoliados. No obstante, es de esperarse que sus ansias de libertad, mejoramiento y progreso se traduzcan muy pronto en medio de lucha contra las fuerzas opresoras. Bien orientada por un movimiento político de base popular y democrático la masa campesina dominicana abandonará su primitivismo. Es seguro que romperá las cadenas esclavistas y se incorporará con decisión y potencia a la marcha de la civilización, ocupando el lugar que le corresponde en la colectividad dominicana.

\*\*\*

“Todos listos para el desembarco”, fue la orden y el Capitán Chewing, después de dar dos vueltas sobre el poblado para perder altura, lanzó el “Catalina”, con los motores a baja compresión, sobre las tranquilas aguas de la bahía Gracias a Dios. Al dar el hidroavión contra el agua se produjo un violento impacto que nos hizo sentir como si fuéramos a salir disparados del aparato. Los golpes fueron tan fuertes e inesperados que por un instante pensamos en una catástrofe. Pero salvo el susto y algunas contusiones sin importancia, la operación se realizó normalmente. Una vez

estabilizados en el agua, los motores del “Catalina” recobraron potencia y nos deslizamos hacia el desembarcadero.

Por razones técnicas, el capitán Chewing no pudo cumplir la orden de perder altura sobre el mar, viéndose obligado a planear sobre el mismo poblado. El incumplimiento de esta parte del plan de desembarco dio por resultado, precisamente, lo que se quería evitar. Los habitantes de Luperón se aglomeraron en el muelle, curiosidad justificada al ser la primera vez que se veía en aquella región un espectáculo de esa naturaleza. Nunca antes había acuatizado en la bahía un hidroavión. La gente, además, pensó que se trataba de un accidente y corrieron a prestar auxilios.

La sorpresa local fue total. En esa parte la operación tuvo el éxito esperado. La gran cantidad de hombres, mujeres y niños que se reunieron en el desembarcadero, ignorantes del propósito de nuestra misión, nos ofrecieron espontánea ayuda para atracar el aparato. Dos hombres, en una yola, se acercaron al “Catalina” y llevaron a tierra un cable, tirando del cual nos pusimos a corta distancia del muelle a donde saltamos con las armas preparadas para disparar. A pesar de esa cooperación la maniobra tardó más tiempo del calculado originalmente.

El primero en pisar suelo dominicano fui yo, seguido inmediatamente por Henríquez, Selva, Ramírez, Feliú, Leitón y Kunhardt. El capitán Ramírez corrió a ocupar la entrada al desembarcadero para evitar el paso de más personas. Los demás nos dedicamos a capturar las autoridades allí presentes y a desarmarlas. El jefe del destacamento de la Policía Nacional, cabo Rafael Jáquez Rivera, al vernos con armas y en uniformes kaki, muy parecidos a los del ejército dominicano, nos ofreció en el primer momento su ayuda. Dirigiéndose a mí preguntó si llamaba al Juez de Paz para legalizar nuestros actos. Esta actitud del cabo Jáquez se debió a una equivocación comprensible en el régimen trujillista.

Acostumbrados a los actos terroristas del Gobierno, él creyó que se trataba de atropellar o asesinar. Con premura le hice un ligero interrogatorio que contestó adecuadamente y ajustado a la verdad. Me informó que tenía ocho hombres bajo su mando y que uno de ellos estaba comunicando por teléfono a las autoridades superiores de Puerto Plata la presencia del hidroavión en la bahía. Me dijo, además, que un guardacostas tenía su base en la bahía y que de acuerdo con el itinerario debía regresar a las nueve. El cabo Jáquez, hasta ese momento, conservó su revólver al cinto, el cual yo no había querido quitarle para que continuara considerándonos amigos y suministrara más informaciones, pero Feliú consideró eso un peligro y bruscamente lo despojó de su arma. Desde entonces, el cabo Jáquez no tuvo ninguna duda sobre nuestra identidad y propósitos. Aterrorizado, temblando de miedo y llorando como un niño, se arrodilló ante mí, como ante un dios, y besando mis botas suplicaba a gritos que no le hiciera daño, que él era uno de los nuestros y estaba dispuesto a servirnos como se lo indicáramos. Su cobardía, innata en los mercenarios esbirros trujillistas, me causó asco, indignación y repugnancia. Aquel hombre perverso era un cobarde que no merecía compasión. No obstante, le prometí protección y lo dejé a mi lado para que continuara informándome.

Los habitantes de Luperón no tardaron en darse cuenta de que éramos exiliados enemigos de la tiranía que veníamos a iniciar un movimiento insurreccional contra Trujillo. En los rostros de los hombres estaba reflejado el temor, la ansiedad. Las mujeres, con lágrimas, pedían que las dejáramos marchar a sus casas. Di la orden de que las autoridades prisioneras y los hombres más fuertes permanecieran en el desembarcadero ayudando a sacar del "Catalina" el pesado material bélico. Las mujeres y los niños fueron autorizados a ir a lugares más seguros.

Previamente había instruido a mis compañeros en el sentido de evitar, siempre que fuera posible, el derramamiento de sangre entre la población civil. Esta orden fue cumplida en todo momento con un alto espíritu humanitario.

Kunhardt se dirigía apresuradamente a las Oficinas de Correos y Telégrafos a cumplir su misión, y al llegar al límite de la explanada que hay entre el muelle y la población, oyó una voz, que no pudo identificar como la del capitán Ramírez, que le dio el alto. Confundido por la obscuridad y creyendo que la voz imperativa era de un enemigo, el teniente Kunhardt puso a funcionar su subametralladora "Reising", hiriendo mortalmente a Ramírez, quien antes de caer, al parecer sin quererlo, disparó también su arma hiriendo a su vez a Kunhardt. El lamentable incidente causó pánico entre los luperonenses que se encontraban en el muelle y puso sobre alerta a los del pueblo. Muchos de los prisioneros intentaron escapar y fue necesario disparar al aire para contenerlos. En un momento aquello pareció una refriega, pero pasados los primeros instantes de expectación, sabiéndose ya el origen de los disparos, la calma fue restablecida. Algunos de los que pretendieron escapar se lanzaron al agua, refugiándose bajo las tablas del muelle. El capitán Selva, creyendo que Ramírez y Kunhardt habían sido heridos por trujillistas, quiso hacer fuego sobre la multitud. Por suerte, se pudo evitar un desmán recordándole que nuestra misión era libertar al pueblo, no someterlo por medio del terror.

Una vez que se hubo restablecido la calma, los que ya habíamos desembarcado nos dirigimos al lugar donde se produjo el desgraciado accidente entre Kunhardt y Ramírez encontrando a ambos tendidos en el suelo. Ramírez presentaba cuatro perforaciones de bala en el estómago que le hicieron brotar los intestinos y estaba en los estertores de la agonía. Abrazando a sus compatriotas Córdoba y Selva,

quienes a la vez que le quitaban la ropa y el equipo, trataban de animarlo y aliviarlo en su dolor, expiró con el nombre de su madre entre los labios. Todos tratamos de ayudarlo, pero su muerte era, desgraciadamente, inevitable.

A unos cinco metros de distancia de Ramírez cayó Hugo Kunhardt. Dos balas le habían alcanzado. Una le rozó el codo izquierdo y la otra entró en el estómago por un costado, con orificio de salida en el mismo lado por la espalda. Sus heridas, aunque graves, no eran mortales por necesidad. En vista de eso personalmente fui en busca de Reyes Valdez y Calderón, quienes tenían a su cargo el botiquín, para que le prestaran los primeros auxilios. Después de examinarlo detenidamente ambos practicantes me informaron que necesitaba una operación urgente, pero que si lograban detener la hemorragia podía esperar unas cuantas horas hasta que fuera posible llevarlo a un hospital.



Manuel Calderón Salcedo.

Mientras nos encontrábamos atendiendo a los heridos, unos francotiradores parapetados detrás de un depósito próximo al muelle nos hicieron varios disparos. Las balas las sentí pasar muy cerca. Ordené, al policía Jáquez, que dijera a quienes disparaban que suspendieran el fuego o, de lo contrario, nos veríamos obligados a hacer uso de nuestras armas, lo cual queríamos evitar para no provocar mayor alarma. Nadie respondió. Con precaución me acerqué al lugar de donde provenían los disparos y no encontré a nadie. Habían huido amparados por la obscuridad.

La muerte de Ramírez y las heridas de Kunhardt, aunque se produjeron en la forma accidental indicada, llevó a los nuestros el coraje y la indignación. Ante aquella tragedia que nos afectaba militarmente al reducir el número activo de combatientes, y sentimentalmente por la pérdida de un compañero y, posiblemente, dos, la reacción fue violenta. Uno de los nuestros vino en busca del cabo Jáquez, quien al verlo que lo separaban de mi lado, inició una serie de plegarias y súplicas humillantes. Con fuerza tuve que separarlo de uno de mis brazos al que se había aferrado con desesperación.

A partir de aquel momento los acontecimientos comenzaron a desarrollarse con una rapidez vertiginosa. El plan para ocupar Luperón se efectuaba exitosamente. El puesto de mando lo establecí en el mismo lugar donde cayeron Ramírez y Kunhardt, a una distancia equidistante entre el hidroavión y el centro del poblado. Un grupo formado por Feliú, Leitón, Córdoba y Selva, capitaneado por Henríquez, avanzó por las calles sobre los puntos estratégicos del pueblo. Pocos minutos después se oyó el estampido de una granada y algunas ráfagas de ametralladoras indicaron la actividad de nuestros muchachos. De repente el alumbrado público de Luperón se apagó, quedando todo en la más absoluta obscuridad. Por intervalos reinó el silencio, interrumpido de vez en cuando por disparos aislados.

Al tiempo que el grupo de vanguardia tomaba posesión de Luperón, otro grupo dirigía la operación del desembarco del material de guerra. Esta labor fue realizada a ritmo acelerado por las autoridades detenidas y por “voluntarios”.

Por las indagaciones que realizamos supimos que los grupos capitaneados por los generales Rodríguez y Ramírez y el doctor Fernández Ortega no habían llegado a territorio dominicano, ignorando dónde se encontraban. El Frente Interno tampoco tenía destacado en Luperón a su representante y, por esos mismos informes, comprobamos que los grupos clandestinos no estaban esperándonos en los lugares previamente señalados. La situación era crítica, sobre todo si tomamos en cuenta que la Policía había logrado avisar a sus superiores. Era de esperarse que pronto Trujillo lanzara un ataque concentrado por aire, mar y tierra y nuestra posición era estratégicamente desfavorable. También pensamos que el guardacostas regresaría a su base de la Bahía. Esta nave era la misma sobre la cual volamos al pasar por el Cabo Isabela. La única solución al problema era hacer contacto con los núcleos humanos que se habían comprometido en proporcionar el Frente Interno, pero ignorábamos dónde se encontraban estacionados. La situación indicaba que los dirigentes del movimiento clandestino, al menos en la provincia de Puerto Plata, se habían visto obligados a variar sus planes, por fuerza mayor, sin tiempo para prevenirnos. Esas circunstancias imprevistas nos forzaron a cambiar parcialmente, primero, totalmente, después, los planes de operaciones.

Ante esa tremenda realidad era natural que mi estado psicológico no fuera optimista. Las dudas me atormentaban. Sin embargo, no pensaba todavía en un desastre inmediato. Abrigaba las esperanzas de que los otros grupos expedicionarios pudieran llegar a sus objetivos en las próximas horas. Pero teníamos que actuar ajustándonos a la realidad

presente. No podíamos basar nuestras operaciones en hipótesis. Sabíamos que en las horas siguientes tendríamos que hacer uso de todos los recursos físicos y mentales para salvar el movimiento o por lo menos nuestras vidas.

Sentimentalmente me encontraba agobiado. El estado de Kunhardt, originario de Puerto Plata al igual que yo y compañeros desde la infancia, me afectaba muy directamente. Me confortaba en algo, si era posible, el gran valor y serenidad que demostraba ante la adversidad. Recuerdo con dolorosa emoción cuando me dijo:

—Horacio, perdóname; la culpa de este accidente no es sólo mía. En cuanto a mi persona no te preocupes. Siento que he cumplido con mi deber y mi mayor deseo fue siempre caer luchando por la libertad de los dominicanos.

Aquellas palabras, dichas en circunstancias tan trágicas y por un moribundo, estaban expresadas con el más sincero sentimiento revolucionario de amor al pueblo y con el misticismo de una extraordinaria devoción patriótica. Hugo Kunhardt, en su agonía de mártir, nos alentó con sus cálidas palabras de héroe. No se amilanó ante el espectro de la muerte, sino, por el contrario, reafirmó, en conmovedor gesto, sus firmes convicciones de luchar hasta el último aliento por la libertad de sus compatriotas. ¡Hermosa actitud para entrar en las páginas de la Historia!

En Luperón todo era silencio y oscuridad. Por largo rato no se oyeron detonaciones. Los compañeros dirigidos por Gugú Henríquez habían dominado la situación. La revolución libertadora había conquistado su objetivo inicial. Por primera vez en más de dos décadas, por un fugaz instante, Trujillo perdió el control de un minúsculo pedazo de suelo dominicano, arrancado por la violencia y con sangre a las fuerzas del mal.

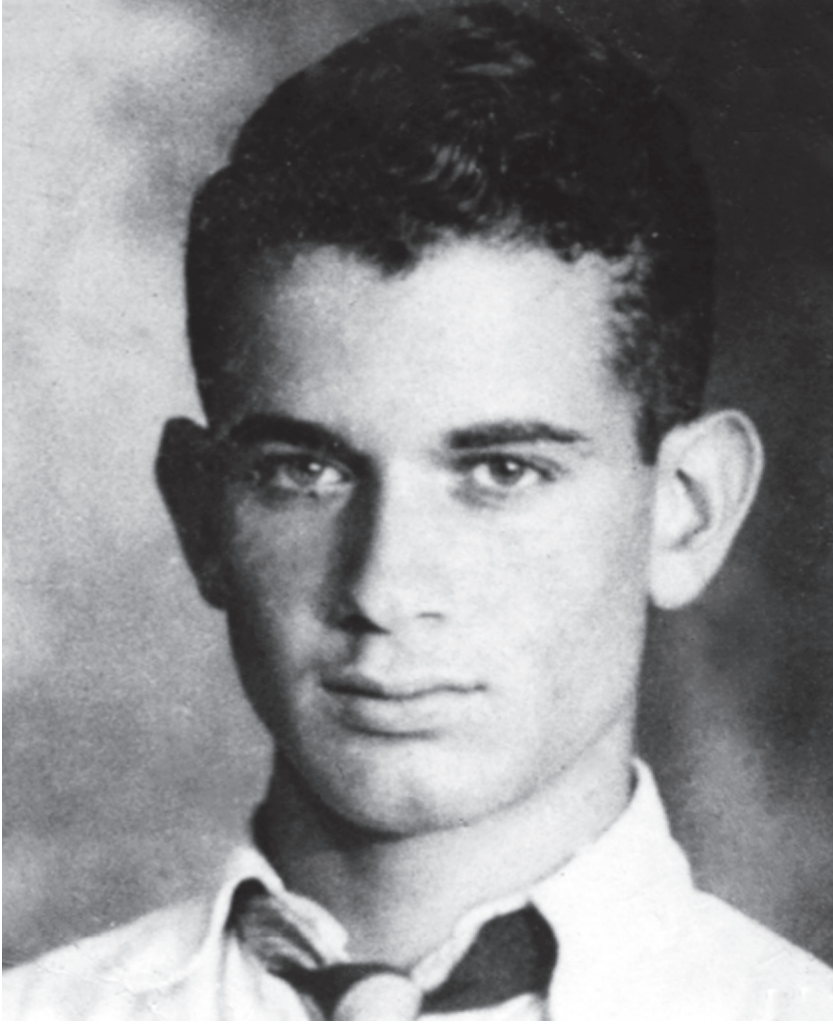


Federico Horacio Henríquez Vázquez (Gugú Henríquez).

En el puesto de mando esperé el regreso de Henríquez y su grupo. Las noticias no fueron muy halagadoras. Me informó el Oficial Ejecutivo que Luperón estaba en nuestro poder, que no quedaba ningún foco de resistencia enemiga, pero que con tan pocos hombres era imposible consolidar y sostener la posición. También me informó que el compañero Leitón había sido muerto por el disparo certero de un francotirador. Terminó su breve informe recomendando la retirada. Basada su opinión en la crítica realidad que confrontábamos, agravada, como ya he dicho, por la inexplicable ausencia de los otros grupos expedicionarios y por las bajas sufridas, las que redujeron nuestra fuerza combativa a nueve hombres. Sentimos el primer síntoma

evidente del fracaso. Los planes contemplaban todas las posibilidades, pero deliberadamente habíamos dejado fuera de cálculo el de una retirada. Todos estábamos dominados por la idea suicida de vencer o morir. Sin embargo, la abrumadora crueldad de aquella realidad nos obligaba a rectificar los proyectos militares. Para estudiar la recomendación del capitán Henríquez convoqué a los componentes de la expedición para que fueran ellos quienes decidieran el asunto, toda vez que no estaba dispuesto a asumir unilateralmente esa responsabilidad.

Cuando retrocedíamos hacia el embarcadero oímos pasos precipitados que venían en nuestra dirección. Preparamos las armas y dimos el alto. La respuesta fue una voz ronca e ininteligible. Segundos después nos dimos cuenta de que se trataba de Leitón, quien tambaleándose venía a encontrarnos. Fue una agradable sorpresa, pues lo habíamos dado por muerto. Lo que en realidad sucedió fue que un francotirador aprovechó un descuido del veterano soldado revolucionario que se había acostado en la calle con su fusil ametralladora bajo la luz de un farol. Ese momento lo aprovechó el enemigo para hacerle un certero disparo al cuello. Leitón perdió el conocimiento y cuando recobró sus facultades se encontró sólo en medio del silencio y la oscuridad. Su férrea voluntad y valor lo impulsaron a ir en busca de sus compañeros. Cuando llegó a nosotros lo tendimos en el suelo y le hicimos las primeras curaciones. La herida era de carácter grave. La bala había atravesado el cuello y la hemorragia era difícil de contener con los pocos recursos que teníamos. Junto con Kunhardt y el cadáver de Ramírez, Leitón fue trasladado en brazos al interior del hidroavión. Salvador Reyes se encargó de atender a los heridos y mitigarles, en lo posible los sufrimientos hasta que fuera posible someterlos a intervenciones quirúrgicas.



Salvador Reyes Valdez.

Con la participación de todos los expedicionarios aptos para la lucha celebramos una conferencia y, después de breve consulta, decidimos por unanimidad retirarnos a Santiago de Cuba. Pensamos que quizás allí fuéramos recibidos con benevolencia y que los dos compañeros heridos

podrían recibir adecuada atención médica. También entraba en el plan de retirada, al escoger el indicado punto oriental de Cuba, la posibilidad de que si más adelante llegaban los otros dos grupos a territorio dominicano pudiéramos retornar a la contienda, teniendo como pensábamos, el hidroavión y parte de las armas. Así, pues, nos preparamos rápidamente para abandonar la República Dominicana.

El primer obstáculo encontrado fue al comunicar al piloto la decisión de reembarcarnos llevando el material bélico. El capitán Chewing indicó la imposibilidad de levantar vuelo con el peso del armamento por impedirlo el lugar. También expresó su opinión contraria a que pudiéramos llegar al punto escogido por la escasez de gasolina. En esos trances hay que buscarles solución a los problemas, aunque en muchos casos las adoptadas no sean las más seguras. Los minutos tenían extraordinaria importancia en vista de que estaba próximo a llegar el guardacostas y en ese caso perderíamos el "Catalina" por falta de defensa contra la embarcación trujillista. Dos alternativas teníamos. Quedarnos en suelo dominicano, nueve hombres, a luchar solos contra todo el poder de Trujillo o retirarnos, sin armas, a un punto cualquiera del extranjero. La situación no era ni remotamente favorable para salvar nada. El único punto intermedio entre nosotros y Cuba, era Haití. Si nos veíamos obligados a entregarnos a las autoridades haitianas no teníamos ninguna seguridad de que el Gobierno del presidente Estimé, presionado por Trujillo, no nos pusiera en manos del enemigo. Pero de todas maneras había que correr ese riesgo. Así que decidimos dejar las armas y municiones en el embarcadero de Luperón, salvo el equipo de defensa personal, y reembarcamos rumbo al Oeste hasta donde pudiera llegar el hidroavión con el escaso combustible que aún quedaba.

Con precipitación preparamos la partida. Para aligerar el peso y hacer menos peligroso el despegue, dejamos en tierra todo lo innecesario para el viaje. Por las circunstancias apuntadas la travesía no sería muy larga.

Abatido el espíritu por la derrota penetré en el interior del "Catalina". Por mi pensamiento pasaban como una cinta cinematográfica los acontecimientos de las últimas horas; los detalles de la preparación de la empresa expedicionaria, y comprendí que las posibilidades de liberación del pueblo dominicano, por la cual veníamos laborando desde hacía años, desaparecían con este fracaso. Mientras me encontraba sentado frente a la mesa y los aparatos de radio, los cuales no funcionaron en ningún momento por estar descompuestos, meditando y repasando los planes con la esperanza de hallar una nueva idea que nos sacara honrosamente de aquella situación, se me acercó Calderón y dándome una palmada en la espalda me dijo: "Coronel, ánimo, que la derrota no es culpa nuestra. Hemos cumplido nuestra parte tal como lo habíamos prometido". Aquellas palabras del compañero Calderón, dichas ante la adversidad, me animaron.

Al volver a la realidad vi a mi alrededor una actividad inusitada. Los preparativos para el regreso a tierras libres se hacían aceleradamente. Salí del "Catalina" y revisé el embarcadero para asegurarme de que no quedara ningún indicio que facilitara al gobierno la identidad inmediata de los componentes de la expedición. Temía que las iras del tirano se desbordaran, iniciando una campaña de terror, como lo hizo, contra los habitantes de la región, nuestros familiares y amigos. Un paquete de manifiestos impresos depositado en el muelle lo introduje en el aparato. Así Trujillo no tendría, por el momento, pruebas contra nadie e ignoraría quiénes habíamos venido y de dónde habíamos salido. Las armas no podían ser pruebas suficientes

para acusar a ningún gobierno o institución de haberlas proporcionado.

El despegue del "Catalina" del muelle y el funcionamiento de sus dos motores no estuvo exento de dificultades. Un desperfecto en la instalación eléctrica había dejado al aparato sin luz y sin fuerza para la marcha inicial de los motores. Fue necesario, una vez alejados varios metros del embarcadero, que Henríquez y Martínez ayudaran a los tripulantes en esas operaciones. Ambos compañeros subieron a las alas y no sé cuáles fueron allí sus funciones, pero recuerdo que pasaron un gran susto cuando repentinamente las hélices comenzaron a girar con potencia amenazándoles con tirarlos al agua. Inmediatamente el piloto inició los movimientos para levantar vuelo, los cuales tuvieron que hacerse en la bahía buscando la salida al mar.

Antes de despegar del muelle, el capitán Chewing preguntó a un luperonense a qué lado de la angosta entrada de la bahía se hallaba el canal profundo. Intencionalmente, como luego supimos, el informante indicó que a la izquierda, cuando en realidad está al extremo derecho. El piloto cometió un error funesto. No debió solicitar esa información a personas de quienes desconfiábamos. En su poder obraba un mapa que claramente especificaba ese detalle, e indicaba, además, las distintas profundidades. La información le bastó, cuando lo que debió hacer fue consultar el mapa. El nerviosismo y la precipitación no lo dejaron actuar serenamente. Y ese detalle fue el motivo de que al encontrarnos situados a unos doscientos metros frente a la salida y sin obstáculos visibles entre la nave y el mar, el piloto acelerara los motores, el hidroavión cogiera impulso y se lanzara al despegue por el lado izquierdo de la rada. Inesperadamente el "Catalina" encalló en un banco de arena donde sólo había pie y medio de profundidad. Los motores fueron impotentes para mover el enorme aparato. Al percatarnos

de la seriedad del percance, decidimos echar fuera del hidroavión todo peso superfluo, incluso parte del equipo personal, cosas tales como abrigos pesados, mochilas, etc. Todos, menos los compañeros heridos, nos lanzamos al agua en un supremo esfuerzo para empujar el aparato a aguas más profundas. El forcejeo fue inútil. No conseguimos mover el pesado hidroavión. El "Catalina" encalló a escasas tres yardas de distancia del canal por donde entran las embarcaciones a la bahía. Quizás hubiera sido posible sacarlo para atrás, pero todavía los aviones no están provistos de reversa y los brazos de diez hombres no tienen la fuerza de una grúa. La única esperanza era que al subir la marea lo pusiera a flote, pero eso significaba esperar dos o tres horas, acaso hasta la madrugada, tiempo para el cual el guardacostas regresaría a su base en Luperón.

A pesar de conocer la inutilidad de los esfuerzos para desencallar el aparato continuamos la labor por un largo rato. Todos estábamos con el agua hasta la rodilla y completamente mojados por haber ido a zonas más profundas en misión exploratoria. El frío nos hacía temblar. Desilusionados suspendimos el agotador trabajo. Lo práctico era esperar la marea alta, que ya estaba en proceso. Salvador Reyes subió al interior del "Catalina" respondiendo a un llamado de Kunhardt. Martínez Bonilla hizo lo mismo en busca de un lugar donde secarse y calentarse. Los tripulantes también subieron a bordo, bajando casi seguido con sus ropas y documentos. Aquella actitud de los norteamericanos nos alarmó porque significaba que siendo ellos expertos en aviación tenían pocas esperanzas de poner a flote el "Catalina".

Para agravar la situación se presentó, viniendo del Este, un avión ligero de bombardeo que trazó varios círculos a nuestro alrededor y descendió en picada sobre el "Catalina" con los reflectores delanteros encendidos. Ante ese acto

preparamos las armas para hacerle fuego, pero se desvió al parecer explorando antes de bombardearnos o ametrallarnos. La posición que ocupábamos era muy desventajosa para resistir su ataque, por lo cual fuimos a la orilla distante unos cincuenta metros. Aunque pocas posibilidades defensivas teníamos por ser nuestras armas de poco alcance transmitimos a todos la orden de movilización hacia la orilla. Cuando llegamos a tierra faltaban Martínez Bonilla y Reyes Valdez, a quienes llamamos insistentemente para que se unieran al grupo, pero sólo el primero respondió. Los heridos permanecieron en el "Catalina" porque sus heridas impedían su traslado y cualquier intento en ese sentido hubiera ayudado a acabar con sus vidas.

Repentina e inexplicablemente el avión desapareció rumbo al Oeste, apareciendo entonces en escena el guardacostas. La nave, al entrar a la bahía, alumbró con sus potentes reflectores al "Catalina". Minutos después los apagó, ocasión que aprovechó Martínez para lanzarse al agua y venir a donde estábamos. Frente al guardacostas no teníamos defensas. No había salvación para nuestra magnífica nave aérea, siendo su destrucción inevitable.

Momentos angustiosos, terribles, fueron aquellos. Quisimos hacer un esfuerzo heroico, supremo, para rescatar a los compañeros heridos, pero la presencia del guardacostas frustró las intenciones. Si el avión de bombardeo no hubiera aparecido tan inoportunamente, quizá hubiéramos podido sacarlos del "Catalina" aunque su movilización, como he dicho, los matara. Así es la guerra: inexorable y cruel.

El guardacostas se encontraba cerca del hidroavión cuando llegó Martínez Bonilla a la orilla. Nos informó que estaba en la cabina de control cuando vio la embarcación trujillista. Entonces fue cuando se percató del grave peligro. Trató de lanzarse al agua, pero mientras el "Catalina" estuvo iluminado le fue imposible. Por suerte se le presentó

la ocasión al apagar el guardacostas, por unos instantes, sus luces y pudo abandonar el aparato. Cuando se lanzó al agua dio la voz de alarma, pero dice que nadie le respondió y sólo oyó unos ronquidos. Pensamos que quizás Reyes Valdez había logrado saltar y estaba oculto en algún lugar de la bahía.

Mientras el guardacostas No. 9 de la marina dominicana se acercaba cada vez más al "Catalina", pensábamos que al no encontrar resistencia se incautaría del aparato sin destruirlo, pudiendo Leitón y Kunhardt, al caer prisioneros y heridos, sobrevivir al desastre. Pero no fue así. Con las fuerzas de represión trujillistas no se pueden hacer cálculos lógicos y humanitarios. Su cobardía siempre los impulsa al matar y destruir como el método más adecuado para hacer prevalecer sus designios.

El guardacostas avanzó y se colocó a unas cien yardas del "Catalina". La tripulación trujillista lanzó gritos insultantes y loas al tirano. Cuando se dieron cuenta de que no encontrarían resistencia abrieron fuego. El "Catalina", inmóvil e indefenso, fue un magnífico blanco. Los marinos iniciaron el fuego. Bastaron unas cuantas ráfagas de ametralladora pesada del guardacostas para que los tanques de combustible del hidroavión estallaran. En cuestión de segundos el "Catalina" era una inmensa hoguera. El humo se elevaba a cientos de pies sobre el nivel del agua. Las explosiones de la gasolina y de las municiones se sucedían rápidamente. Las llamas devoraron al "Catalina" e iluminaron los contornos, presentando un espectáculo infernal y dramático. El combustible derramado ardía sobre el agua y el reflejo permitía ver al guardacostas y su tripulación que desde cubierta presenciaba la dantesca escena.

Impotentes contemplamos desde la orilla el luminoso desastre, con el corazón desgarrado de pena y dolor, no por la destrucción del "Catalina", sino por ser espectadores

impotentes de la terrible muerte de los compañeros Kunhardt, Leitón y, posiblemente, Reyes Valdez. En la enorme pira dejaron sus vidas como una ofrenda a las libertades del pueblo dominicano.

Alfonso Leitón, héroe de la toma de Puerto Limón en Costa Rica, cayó en playas dominicanas luchando por la libertad. Este joven costarricense comprendió que la libertad no reconoce fronteras y que la democracia, como sistema político, debe prevalecer en América. Por eso y por querer pagar su deuda de gratitud contraída con los dominicanos que lucharon por iguales principios en su país, se enfrentó al decano de los tiranos latinoamericanos, en noble actitud fraternal que la historia se encargará de recoger como un ejemplo imperecedero de solidaridad política y humana.

Si la muerte de Leitón, de quien había sido jefe y compañero en la guerra civil costarricense de 1948, me estrujó el corazón, la de Kunhardt me estremeció. Para el amigo de la infancia tenía un afecto fraternal porque lo sabía poseedor de las más bellas virtudes humanas. Kunhardt era valiente e inteligente. Creía con firmeza en las libertades populares. Amaba a su pueblo con fervor religioso y luchó, hasta dar su vida, por verlo libre de las cadenas impuestas por la tiranía.

Pronto nos dimos cuenta de que Salvador Reyes Valdez también cayó para siempre entre las llamas devoradoras en un ejemplo de abnegación notable. Su humanitaria misión de médico lo impulsó al máximo sacrificio, ya que no queriendo abandonar a sus compañeros heridos pereció junto a ellos. Así era Reyes Valdez. Hizo de su vida un apostolado. Siempre estuvo en la trinchera del deber. Su lucha dentro de la universidad y contra la tiranía le valió ser expulsado del país. Pero desde el exilio en México siguió combatiendo, convencido de que la vía del sacrificio era imprescindible. Y se enfrentó a la muerte con el temple de un

héroe, quedando su imborrable recuerdo en el corazón de los buenos dominicanos.

Para los supervivientes de aquella temeraria expedición no quedaba otra alternativa que huir del escenario de tanta desgracia. Nos internamos en el monte. Mientras ascendíamos por la colina situada frente a la bahía, volvimos las caras hacia los escombros humeantes del "Catalina" y más de una lágrima brotó de nuestros ojos como el último adiós a los compañeros inmolados.

Apoyando el ataque del guardacostas que se encontraba fuera de la bahía, donde no podía entrar por impedírsele su calado, había una fragata. Ambos barcos abrieron un nutrido fuego de artillería y ametralladoras sobre la playa y la falda del cerro. Cohetes luminosos lanzados intermitentemente por la fragata daban la impresión de que era de día. Por fortuna el insistente fuego de los trujillistas no tuvo efectividad por estar dirigido a una zona abandonada.

Sin pérdida de tiempo nos encaminamos a la cima del cerro desde donde nos internamos a los lugares más apartados y espesos del bosque, que por desgracia no eran ni muy grandes ni muy apartados. Cuando iniciamos la marcha íbamos en un grupo compacto formado por Henríquez, Calderón, Feliú, Martínez, Arvelo, Córdoba, Selva, Chewing, Marrot, Scruggs y yo. Pero no habíamos avanzado mucho cuando notamos que Selva y los norteamericanos se habían quedado rezagados. En voz baja y con silbidos convencionales, para no delatar nuestra posición al enemigo, los llamamos insistentemente sin obtener respuesta. Todo indica que ellos actuaron así intencionalmente, pensando los norteamericanos que quizás su nacionalidad impediría que Trujillo los asesinara. Craso error que sólo pueden cometerlo quienes no conocen al Chacal de San Cristóbal. Según supimos más tarde, una de las primeras órdenes impartidas personalmente por Trujillo fue en el sentido de

que si había norteamericanos en la expedición que no los dejaran con vida. Trujillo quería hacerles una sangrienta advertencia a los compatriotas de Washington y Lincoln que adversan sus asuntos. Selva acompañó a los tripulantes del "Catalina" a invitación de ellos, posiblemente para que les sirviera de intérprete. Ese fue el último contacto que tuvimos con Selva y los norteamericanos.

La fuga continuó. Cada ocho o diez pasos tuvimos que echarnos al suelo y ocultarnos para evitar que la claridad producida por los cohetes luminosos denunciara nuestra posición.

Poco a poco y con muchas precauciones fuimos alejándonos de la zona de peligro. Al llegar a lo más alto del pequeño promontorio pudimos ver la disposición de combate de las dos embarcaciones enemigas. Entonces fue cuando decidimos proseguir la marcha hacia el Oeste, sin alejarnos del mar, único punto de orientación. Los mapas y las brújulas se perdieron con el hidroavión.

La marcha la hicimos en fila india, a pasos forzados para aprovechar lo más posible la oscuridad de la noche. Al amanecer, queríamos estar alejados de los puntos de posibles desembarcos de infantería de marina.

La desesperada fuga la realizamos en el primer momento sin plan fijo. Luego tomamos la dirección a la frontera con Haití con el propósito de cruzarla, a pesar de saber lo difícil y arriesgado del intento por la vigilancia del ejército dominicano que la hace prácticamente intransitable en las condiciones en que nos encontrábamos. Estábamos a unos cien kilómetros, en línea recta, del punto fronterizo más cercano. No obstante carecer de poder ofensivo pusimos en ejecución el proyecto.

La bella noche tropical cálida y estrellada, propicia para muchas aventuras humanas, no impidió que la marcha fuera cada vez más fatigosa. Los bejucos, las ramas espinosas

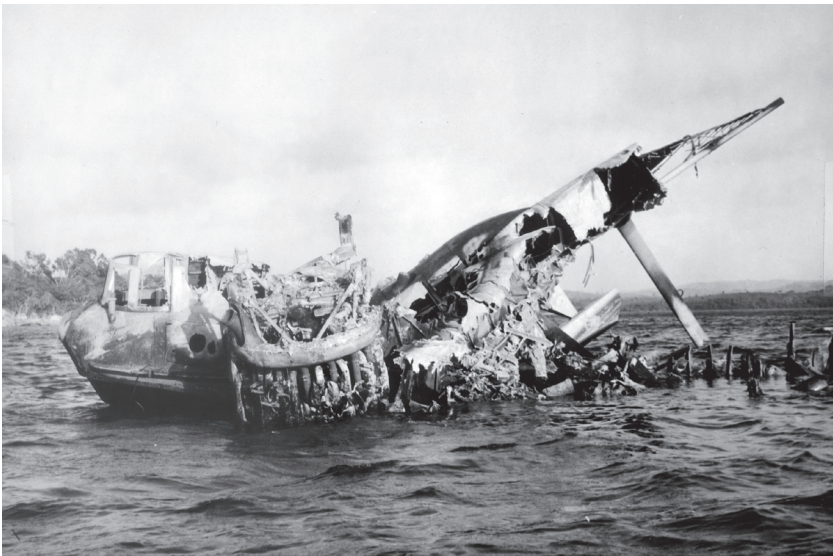
y la tupida maleza, obstaculizaron el avance. Tuvimos que hacer grandes esfuerzos físicos para vencer los inconvenientes presentados por la naturaleza. Muchas veces rodábamos por el suelo enredados en arbustos, recibiendo fuertes golpes. Por el cuerpo, en los brazos y caras, los dolorosos rasguños hacían aumentar la extenuación. Desorientados y fatigados en exceso, nos encontrábamos en un laberinto selvático sin salida.

De improviso hallamos un camino. Poniendo mantas sobre la espinosa cerca de maya, empalizada muy corriente en las Antillas, la cruzamos tomando las mayores precauciones para no ser sorprendidos. Por un buen trecho anduvimos por tierras labradas y sembradas de tabaco. En el trayecto encontramos varios bohíos. Con frecuencia veíamos gentes o casas que al explorar resultaban inexistentes. Eran espejismos producidos por el cansancio.

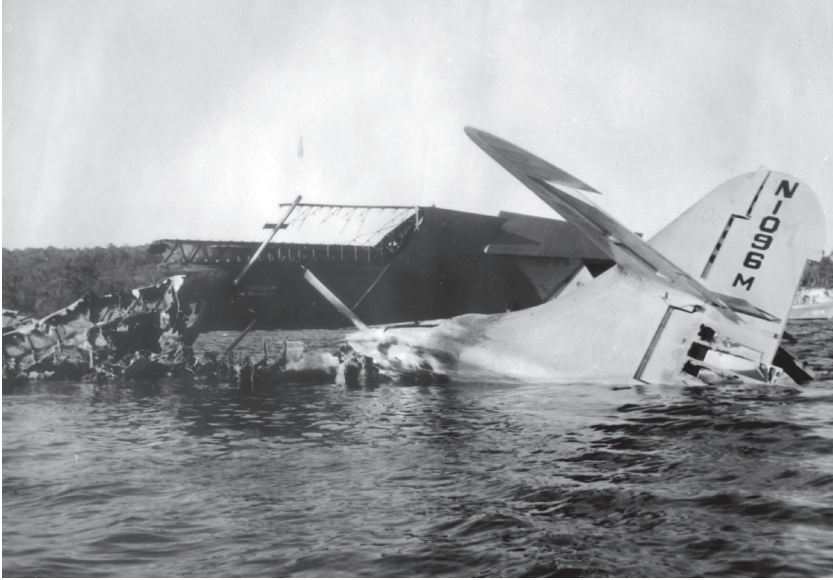
Venciendo las más grandes penalidades logramos llegar a un apartado lugar rodeado de enormes peñas, donde decidimos descansar y esperar la claridad del sol para continuar la marcha. Suponíamos estar bastante retirados de Luperón. Habíamos caminado continuamente más de cuatro horas. Dos compañeros montaron guardia y el resto nos tendimos en el suelo a dormir, pensando en las posibles sorpresas que nos traería el día.



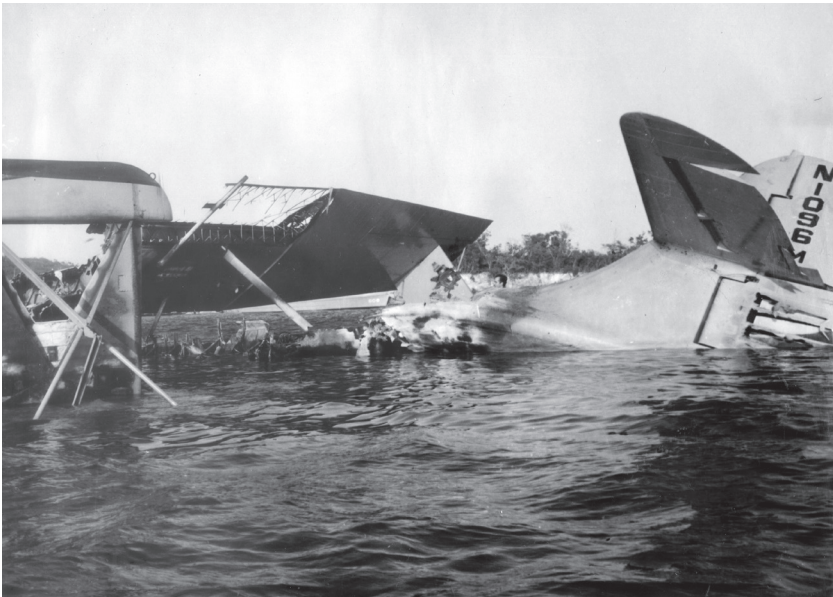
Ametralladora de 20 mm con la cual, desde el Guardacostas GC-9, fue bombardeado el avión Catalina.



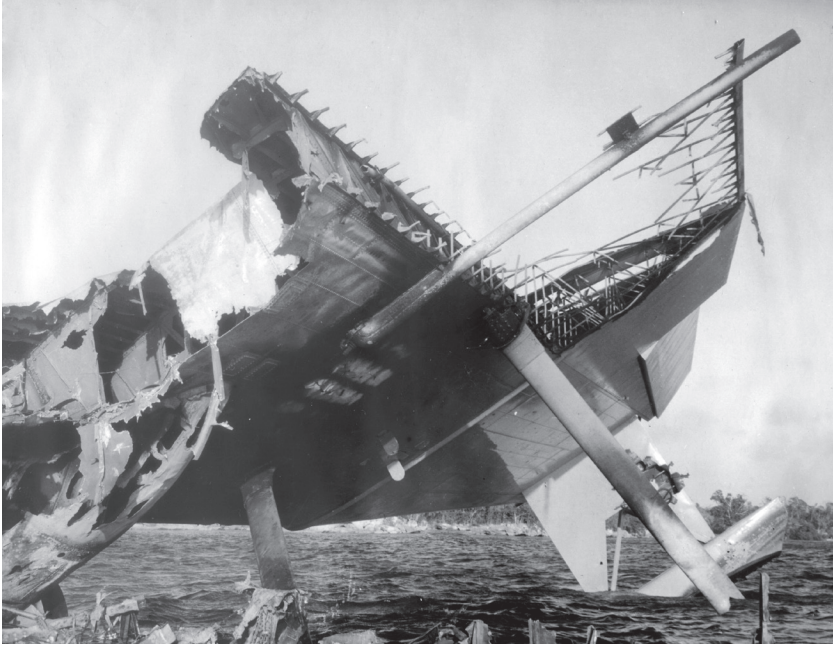
Restos del Avión Catalina PBY después de ser ametrallado.



El Avión Catalina PBY tras ser ametrallado.



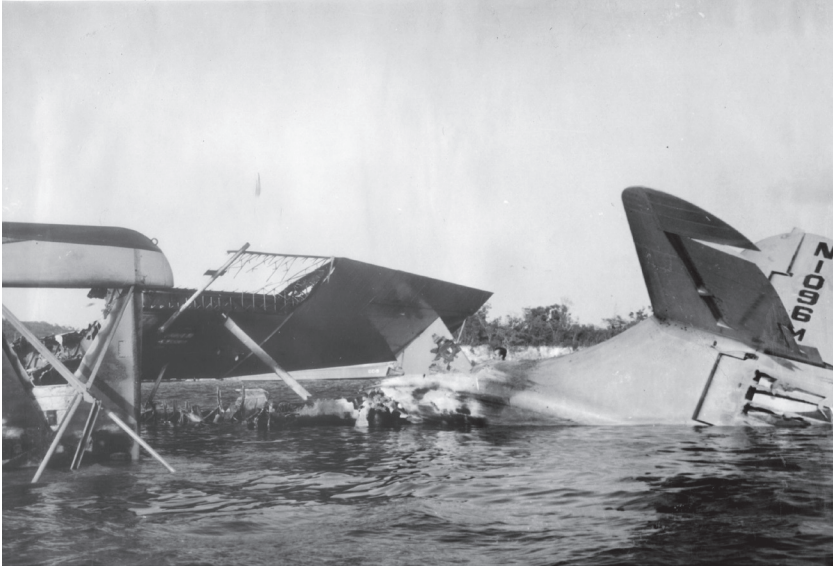
Otra panorámica del Avión Catalina PBY tras ser ametrallado.



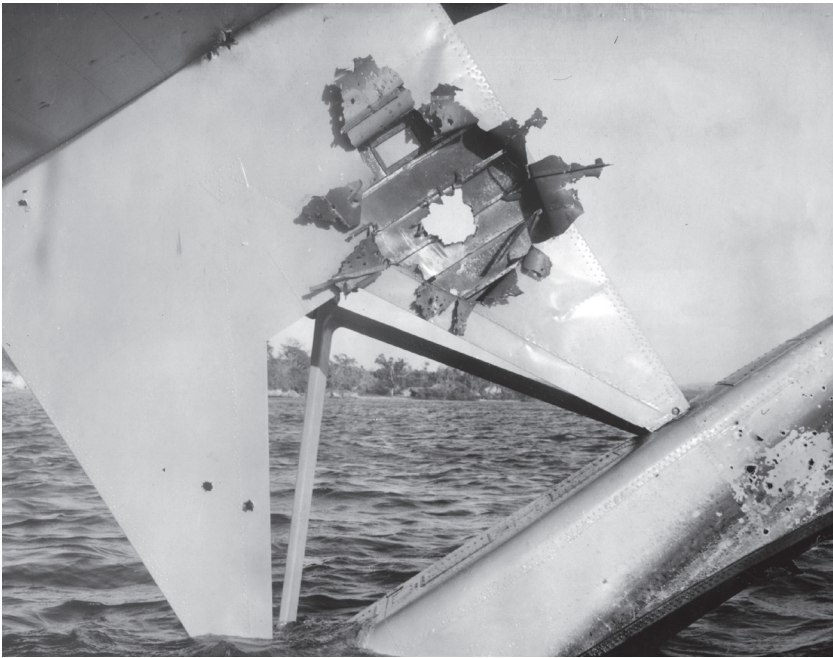
El Avión Catalina PBY bombardeado a escasa distancia del puerto.



Otra vista del Avión Catalina PBY después del bombardeo.



El Avión Catalina PB4Y quedó totalmente inservible.



Parte del Avión Catalina PB4Y tras el bombardeo.

## CAPÍTULO III

### En las garras del chacal

*Por desesperada que sea la causa de la Patria, siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”.*

Juan Pablo Duarte  
Fundador de la República Dominicana

Al amanecer el día 20 de junio hicimos un recuento de los trágicos acontecimientos de la triste noche anterior. La realidad era que dos horas después de desembarcar en Luperón la insurrección contra el régimen trujillista había fracasado. La derrota era completa. Abandonando todo plan ofensivo nos vimos obligados, al impulso del instinto de conservación latente en todo ser, a continuar la desesperada brega por salvar nuestras vidas. Las fuerzas armadas de la tiranía nos perseguían insistentemente y con saña. En lo sucesivo tendríamos que hacer uso de toda la energía física y la serenidad mental para escapar de aquella sombría situación. Entregarnos era imposible. Caer prisioneros significaba una muerte segura. Trujillo jamás ha perdonado actos como el que realizamos en Luperón. Su furia sanguinaria sería implacable y cruel. Estábamos frente a la adversidad y entre las garras del Chacal del Caribe.

Al rayar el día me encontré tendido en el suelo sin fuerzas para moverme y con fiebre muy alta. Las coyunturas de las extremidades me dolían y la respiración era dificultosa. Pronto me di cuenta de que eran los síntomas de una pulmonía. Experiencias anteriores con esta enfermedad me

capacitaron para determinar el carácter de mi dolencia. No era una sorpresa para mí. Antes de salir de Centro América, un compañero nicaragüense, quien a última hora no embarcó, me inyectó penicilina para evitar complicaciones de un fuerte resfriado que padecía cuando emprendimos el viaje. La ropa mojada y la fatiga incubaron el mal que un día después me impediría continuar al mando efectivo del grupo y me pondría al borde de la tumba.

Después de una breve exploración del terreno, decidimos caminar unos trescientos metros, hasta la ladera opuesta del cerro que da frente a Luperón, para ver lo que allí sucedía. Sin necesidad de catalejos, los cuales también habían quedado en el "Catalina", pudimos ver los movimientos militares que se hacían en el pueblo, convertido en un improvisado campamento. Durante la noche y las primeras horas de la mañana habían llegado contingentes de soldados procedentes de Valverde, por tierra, y de Puerto Plata por mar. Después de contemplar por más de una hora el inusitado espectáculo que presentaba Luperón, continuamos la marcha, alejándonos a prisa de aquella peligrosa zona.

Al mediodía sentimos una sed torturante. Hacía más de doce horas que no pasaba por nuestras gargantas un trago de agua. Tampoco habíamos comido alimentos desde hacía más de veinticuatro horas. Nuestro mayor interés era descubrir una fuente o arroyo que nos proporcionara agua, evitando una mayor deshidratación de los organismos.

La jornada de aquel día fue penosa. La fatiga aumentaba a cada instante. El terreno, no sé si debido al calor o a la debilidad física, nos parecía más irregular y áspero que la noche anterior. Antes de las dos de la tarde habíamos bordeado el cerro, bajando una de sus laderas y subiendo otra de un promontorio más bajo. Cuando no veíamos el mar nos orientábamos por la trayectoria del sol, buscando siempre

rumbo franco al Oeste, a la frontera haitiana. Caminábamos en fila india y siempre con precauciones. Ocultábamos cuidadosamente las colillas de los cigarrillos. En algunos casos tuvimos que borrar del terreno las huellas de los pies y acomodar ramas después de pasar. Todavía durante el primer día de fuga tuvimos la mente alerta para tomar esas medidas de seguridad, que de no haberlas observado hubieran facilitado antes el contacto con las fuerzas trujillistas. De encontrarnos con soldados hubiéramos tenido que hacerles frente en condiciones muy desventajosas. Nuestro armamento consistía en tres subametralladoras calibre 45, una pistola también 45, un revólver 98 y tres granadas de mano. Para las cinco armas no había más de cien cartuchos. En esas condiciones hubiera sido un suicidio buscar combate, prefiriéndose la táctica de eludirlos siempre que fuera posible.

Desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde mantuvimos ininterrumpidamente la marcha forzada. A pesar de esa larga jornada no logramos alejarnos mucho de Luperón. El terreno sinuoso convertía la marcha en una constante serie de bajadas y subidas que evitaban un progreso rápido. Desde el sitio escogido para un breve descanso observamos que estábamos en una zona poblada. Al frente se veían bohíos y conucos diseminados por todo el terreno que abarcaba la vista. Resolvimos acampar en otro lugar próximo más seguro y esperar la noche para continuar caminando.

Mientras la sed y el hambre nos devoraban no podíamos permanecer inactivos. La exploración en busca de agua y alimentos continuó realizándose con desesperación. No hay nada más torturante que la falta de agua cuando el organismo la necesita con urgencia. Al fin la suerte nos favoreció. Primero Feliú y Calderón encontraron en un conuco abandonado un racimo de rulos, especie de plátanos

pequeñitos. Como estaban verdes tuvimos que asarlos para comerlos. Con esas sabrosas frutas tropicales organizamos un banquete campestre que, aunque no fue muy abundante nos contuvo el hambre. También encontramos una guanábana ácida. Los compañeros, dándose cuenta de la gravedad de mi estado, prefirieron dejar ellos de comerla con tal de fortalecer en algo mi debilitado organismo en el que la enfermedad progresaba. Este bello gesto de mis compañeros no lo olvidaré jamás.

También Feliú, muy activo y alerta durante la fuga, anunció haber encontrado agua. Alborozados por la buena noticia nos precipitamos al lugar indicado por él y, efectivamente, había un arroyo casi seco que tenía un charco con bastante agua. Con las manos limpiamos la sucia superficie y en el fondo encontramos agua un poco más clara. El arroyo era el bebedero de las reses de un corral vecino, pero eso poco importaba. Con deleite saciamos la sed. Algunos introdujimos la cabeza en el charco en un afán desesperado de beber más en menos tiempo. Aprovechamos la ocasión para lavar las heridas en las manos y caras producidas por las ramas y espinas del monte. El contacto con el agua nos renovó las fuerzas y el espíritu renació con nuevas esperanzas.

Muy cerca de la fuente abastecedora de agua y en la ladera de un cerro instalamos un campamento provisional para esperar la hora de reanudar la marcha. En charla con los compañeros, uno de ellos cuyo nombre reservo para evitar represalias de Trujillo, nos informó que conocía un lugar donde ocultarnos. Aunque el rumbo indicado por él era opuesto al que llevábamos decidimos discutir ampliamente las posibilidades de cambiar el plan de fuga. Fue así como surgió la idea de tratar de llegar a la Capital de la República con el propósito de asilarnos en alguna embajada latinoamericana. El nuevo plan era mucho más arriesgado,

quizá, que el anterior de cruzar la frontera, pero presentaba perspectivas más realizables. En muchas ocasiones, planes semejantes han dado buen resultado. Por unanimidad, tras largo estudio y discusión del plan, se resolvió tratar de introducirnos, primero al centro de la isla y, luego, al Sur, a la Capital.

De acuerdo con el nuevo plan teníamos que continuar la marcha rumbo al Oeste, en busca de la desembocadura del río Bajabonico. Con dos jornadas más pensábamos llegar a ese primer objetivo. Una vez localizado el río, seguiríamos su curso en sentido contrario a su corriente para situarnos al Sur de Luperón y en las estribaciones de la Cordillera Septentrional, desde donde creíamos relativamente fácil llegar al Cibao, la más fértil y rica región del país. Estos proyectos, si lográbamos por lo menos llegar a la ciudad de Santiago, nos hubieran puesto en situación mucho mejor. Un plan tan atrevido, como ése no sería comprensible para los trujillistas y era de posible realización.

Aquella tarde también tomamos la resolución de que en caso de llegar al país los generales Rodríguez y Ramírez trataríamos de iniciar operaciones de guerrillas. Aunque carecíamos de armamento, especialmente municiones, nos creíamos capaces de dar algunos golpes sorpresivos contra pequeñas guarniciones en busca del material para continuar la lucha en menor escala. Pero este proyecto no era más que utopía. Su realización estaba sujeta a la llegada de los otros grupos, porque de lo contrario las fuerzas trujillistas no descansarían un instante en nuestra persecución.

Recuerdo que aquella tarde conversamos sobre temas variados y que Henríquez y Calderón hablaron sobre lo que nos sucedería si caíamos en manos de Trujillo. Todos estábamos seguros de nuestra suerte en ese caso, pero fueron ellos los más preocupados. Varias veces repitieron sus opiniones, dejando la impresión de que harían todo lo

posible para no dejarse coger con vida. ¿No sería eso un fatal augurio?

La segunda noche que pasamos en tierra dominicana estábamos tan extenuados que fue imposible continuar la marcha al mismo ritmo. La fuga en esas condiciones nos exponía a un agotamiento y postración totales, anulando posibilidades de avances razonables. Sólo una jornada breve para cambiar de lugar fue lo que anduvimos ya bien entrada la noche.

El martes 21 amaneció sin novedad digna de mención. La noche había pasado tranquila, sin alarmas, permitiéndonos recuperar fuerzas. La marcha la reanudamos temprano, avanzando lenta y cuidadosamente. El bosque era menos encubridor. La claridad del día impedía un progreso mayor en la marcha, pero nos permitía un margen superior de seguridad. Por los caminos carreteros que circundaban los cerros veíamos transitar vehículos y tropas, indicación de que la persecución se llevaba a efecto con todo rigor y celeridad. Observamos que las fuerzas no abandonaban las vías de comunicaciones para buscarnos. Manifiestamente temían introducirse en el monte, quizás por temor a un encuentro en posición desventajosa. Los soldados del tirano ignoraban la clase y cantidad de armas que portábamos, aunque era posible que tuvieran una idea por las muestras dejadas en el muelle de Luperón. La táctica usada, en la persecución, aconsejada más por el miedo que por la prudencia, nos favorecía en parte. Sin embargo, era evidente que el cerco a nuestro alrededor se estrechaba cada vez más. Se imponía urgentemente salir de aquella zona; para lograrlo era imprescindible cruzar los caminos vigilados por el enemigo. Y lo intentamos resueltamente.

Ya para entonces mi enfermedad había hecho crisis. Antes de mediodía mi estado era tan lamentable que me

impedía caminar. La fiebre y la dificultad de respirar aumentaron. Las piernas no las podía mover y en todo el cuerpo sentía agudos dolores. En aquellas condiciones era imposible seguir andando y comprendí que eso sería un impedimento fatal para mis compañeros. Esta situación no podía continuar así, y era yo, como jefe del grupo, quien tenía que buscar la solución. Era claro que sin medicinas no tardaría en morir y si caía en poder de las fuerzas gubernamentales el final sería igual. Empeñarme en seguir la fuga significaba reducir las posibilidades de evasión. No había otra alternativa honorable que quedarse allí, pegado a la tierra que queríamos libertar del oprobio trujillista. Así lo decidí. Con resignación dije a mis compañeros: “Déjenme bajo este árbol, con mi pistola y agua, y continúen ustedes la marcha. Buena suerte.”

Pero aquellas palabras mías, acentuadas con firmeza y resolución, causaron confusión y desagrado. La reacción fue unánime, espontánea e inmediata. “No. Tú vendrás con nosotros hasta donde lleguemos”, fue la respuesta de todos. Con tristeza, emocionado y orgulloso de la gallarda actitud de mis compañeros, observé cómo se negaban resueltamente a abandonar el lastre que ellos sabían perjudicial a los planes para escapar de aquella persecución constante. De nada valieron mis alegatos. La resolución de Henríquez, Feliú, Calderón, Arvelo, Martínez y Córdoba era inalterable, y estaba basada en la más alta expresión de camaradería y humanitarismo.

Los jefes tienen en todos los casos y circunstancias la obligación de velar por la seguridad de los hombres a su mando, pero cuando se ha dado la consigna de “sálvese quien pueda” los subalternos no tienen compromisos morales de ninguna especie para con sus superiores, y si arriesgan sus vidas para salvar las de sus jefes, como lo hicieron mis compañeros, es fuera de todo concepto del

deber, sublimando su gesto con los rasgos más característicos de nobleza y el más alto espíritu de sacrificio de que sea capaz el ser humano. ¡Conmigo andaban verdaderos hombres, dispuestos a todos los heroísmos!

Cuando el problema causado por mi enfermedad fue resuelto, se hizo necesario considerar otro de menor importancia. En vista de mi imposibilidad física para ejercer el mando deposité esas funciones en los capitanes Martínez y Henríquez, a quienes todos aceptamos obedecer. Desde entonces, hasta después de la captura, no me responsabilizaría con las medidas que se adoptaran, teniendo, naturalmente, el derecho, como cualquier otro miembro del grupo, de opinar y hacer recomendaciones. Sin embargo, no por haber dejado el mando efectivo, mis compañeros dejaron de prodigarme sus atenciones, las cuales no me faltaron nunca.

Para continuar la marcha fue necesario improvisar una camilla. Usando dos palos y una frazada preparamos algo parecido que sirvió bastante bien a sus fines mientras resistió el peso de mi cuerpo. Los compañeros, en turnos de dos, cargaban por los extremos el artefacto. No habíamos andado mucho cuando un accidente, cuyo recuerdo todavía me produce escalofríos, puso en grave peligro mi existencia. Cargaba Tulio Arvelo la camilla por la cabecera cuando repentinamente resbaló y cayó al suelo. El compañero que marchaba al frente permaneció con el otro extremo agarrado y yo en la ridícula posición de la cabeza para abajo y los pies para arriba. Al caer sentí un golpe en la oreja. Cuando volví la cara encontré frente a mis ojos una afilada estaca que había perforado la manta. Todos se quedaron lívidos, siendo, desde luego, los más asustados Arvelo y yo. Por unos centímetros la estaca no penetró en mi cráneo. La suerte me favoreció. Haciendo bromas olvidamos el mal rato y peor susto.

Con lentitud, pero con seguridad caminamos ese día hasta las cuatro de la tarde. Estábamos agotados e hicimos un alto para continuar la caminata por la noche. Amparados por la oscuridad intentaríamos atravesar en esa jornada el punto más peligroso de la ruta que eran los caminos muy vigilados. Si lográbamos ese objetivo las posibilidades de escapar serían más amplias.

Nuevamente la escasez de agua constituía un serio problema. La provisión del día anterior estaba casi agotada. Para siete hombres sólo teníamos una cantimplora casi vacía. Una vez más el empeño por encontrar el precioso líquido fue fundamental. A la sed se agregaba el hambre. Hacía tres días que estábamos prácticamente sin comer. Con hambre se puede subsistir un tiempo prudencial, pero con sed, por más fuerte y resistente que sea el hombre, no puede aguantar mucho. Las últimas horas de la tarde las empleamos explorando el terreno en busca de agua, pero con resultados negativos. Las esperanzas estaban puestas en encontrarla durante la jornada de la noche o al día siguiente si lográbamos situarnos fuera de los peligrosos cerros.

Cuarenta y dos horas llevábamos en la República Dominicana. Cada minuto habíamos tenido que hacer frente a las asechanzas de un régimen que empleaba todo su poder para perseguirnos con saña y determinación. El peligro representado por el enemigo era aumentado constantemente por las inclemencias de la naturaleza que a cada paso se mostraba más hostil y adversa. Pero no obstante las penalidades continuamos en la brega por conservar la vida.

Eran las ocho y media de la noche cuando reanudamos la marcha. Posiblemente por efectos de la enfermedad aquella noche me pareció más negra y larga que las anteriores. Sin desmayos caminamos las tres primeras horas, no tardando en convencernos de que a pesar del esfuerzo el avance era

muy lento. En la oscuridad resultó imposible usar la camilla, viéndome obligado a caminar apoyado en los hombros de mis compañeros, quienes se turnaban con frecuencia. La desorientación nos hacía perder minutos valiosísimos. En una ocasión llegamos a caminar en círculo sin poder avanzar. Otras veces los obstáculos eran bohíos o el ladrido de los perros denunciando nuestra presencia. Muchas veces también nos detuvimos para descansar breves instantes. Esa noche volvieron a aparecer los espejismos. En esas condiciones anduvimos con desesperación hasta las cuatro de la madrugada, sin lograr cruzar los caminos ni salir de la zona de mayor peligro. Cuando detuvimos la marcha para esperar la claridad del día nos encontrábamos a escasos cuatrocientos metros del principal camino. No podíamos retroceder en busca de mejor escondite y decidimos quedarnos allí hasta localizar un sitio más encubridor.

El canto de pájaros, muy parecidos a las cotorras, nos despertó. El alba llegó y con ella las más lacerantes incertidumbres. Estábamos acampados cerca de un bohío que la oscuridad de la noche nos impidió ver antes. La vida diurna adquirió su ritmo normal. El campesino dominicano, como el de todas partes, es madrugador y no pasó mucho tiempo sin que los ocupantes del bohío estuvieran por sus alrededores haciendo sus cotidianas labores. La situación era comprometida. Por todas partes había bohíos y campos labrados. Estábamos en una zona muy poblada. Los pájaros posados en el frondoso árbol bajo el cual estábamos aumentaron su trinar. Eran aves de plumaje multicolor y alegre canto. Pero ingenuamente denunciaron nuestra presencia. Los labradores saben que el canto de esas aves generalmente anuncia la presencia de seres humanos en las cercanías.

Perplejos e indecisos estábamos, por la inesperada y comprometida situación, cuando vimos venir hacia el lugar en que nos hallábamos a tres campesinos armados de sus

inseparables machetes y de una escopeta vieja. Comprendimos que entablar lucha con ellos representaba avisarles a los soldados acampados no lejos de allí. Preferimos tratar de engañarles haciéndoles creer que éramos ingenieros extraviados en aquella zona. Si lográbamos convencerlos era posible obtener su ayuda y, quizás, hasta alimentos. Con rapidez envolvimos en una manta las armas largas, y ocultamos las pequeñas bajo la ropa, saliéndoles al encuentro a los tres campesinos. Sorprendidos trataron de retroceder, pero era tarde, lo impedimos explicándoles el cuento de los ingenieros lo mejor posible. Indudablemente, como lo demostraron minutos después, ellos estaban informados de nuestra presencia en la región y, bajo amenaza de muerte, comprometidos a denunciar cualquier pista a los soldados trujillistas. Sin embargo, prometieron ayudarnos a orientarnos. Con ellos fuimos hasta un bohío cercano donde nos recibió una ancianita de no menos de ochenta años de edad, quien solícita se dedicó a prepararnos café y alimentos.



Los cuerpos carbonizados de los expedicionarios heridos que estaban dentro del del Avión Catalina al momento del bombardeo.



De izquierda a derecha: Córdova Boniche, Tulio H. Arvelo, José Rolando Martínez Bonilla, Horacio Ornes y Miguel Ángel Feliú. Foto tomada en el patio de la Fortaleza San Luis, de Santiago.



Ornes Coiscou, Feliú Arzeno, Martínez Bonilla, Córdova Boniche y Arvelo junto a una parte de los pertrechos militares que trajeron.



Una parte de los pertrechos militares traídos por los expedicionarios de Luperón de 1949.



Otra panorámica de los pertrechos militares de los expedicionarios.



Una parte de los pertrechos militares de los expedicionarios en el patio de la Fortaleza San Luis.

A medida que transcurrían los minutos llegaban continuamente más hombres al bohío, quienes saludaban amablemente a sus conocidos y se sentaban en el suelo, como esperando algún acontecimiento. Uno de ellos vino en aparente actitud agresiva, machete en mano, pero al ver la pistola que Henríquez premeditadamente exhibió, moderó sus ímpetus. Todos estábamos intranquilos. Henríquez y Martínez decidieron abandonar el lugar inmediatamente sin esperar los alimentos. Observamos, también, que algunos de los visitantes se habían ido y desde lejos hacían señales a los que se habían quedado. Entre el grupo de aquéllos humildes campesinos, doblemente atemorizados, se destacó uno a quien llamaban Juaniquito. A este



Gugú Henríquez.

sujeto, aparente dirigente de aquellas gentes, le indicamos nuestro propósito de llegar a orillas del río Bajabonico y le solicitamos un guía. El hombre se ofreció espontáneamente para ese servicio. Lo aceptamos sin depositar en él ninguna confianza. La ancianita, en cuyos ojos cansados y arrugado rostro se veían reflejados el terror y la angustia, suplicó que esperásemos el desayuno. Pero no podíamos perder un instante y reanudamos la fuga precipitadamente. En fila india iban delante Juaniquito y un joven que parecía su hijo, seguido de Henríquez, quien en actitud resuelta ya había divulgado nuestra identidad y amenazado a los guías con disparar sobre ellos si nos traicionaban.

Al principio Henríquez decidió hacer todo lo contrario de lo que indicaba el guía, pero esa actitud impedía que avanzáramos con la rapidez necesaria, Le recomendé a Gugú que no fuera sistemático en su plan, porque lo importante en esas circunstancias era alejarnos cuanto, antes de aquel lugar. Henríquez cambió de táctica cuando se dio cuenta de mi observación y del espantoso miedo de los dos campesinos, lo que les impedía hacernos una traición premeditada y serena.

En la precipitada marcha a pasos forzados pasamos frente a varios bohíos, desde donde los campesinos observaban con caras de espanto nuestra fuga. Aquellos rostros nos hicieron comprender que el peligro era muy grande, que no muy lejos de allí se encontraban las fuerzas gubernamentales. Y aceleramos la marcha. Por trillos abiertos por el continuo transitar de hombres y animales corrimos en fila india. A Henríquez le seguíamos Calderón, Córdoba, yo, Feliú, Arvelo y cerraba Martínez, quien, traía sobre sus hombros el bulto conteniendo las armas largas.

Después de pasar frente a una enramada en donde se secaban hojas de tabaco, iniciamos el descenso del cerro por una prolongada pendiente. Fue en este momento cuando

oímos voces detrás y vimos aparecer un numeroso grupo de hombres al frente de los cuales venían dos soldados con armas automáticas. Al darnos cuenta de su presencia era tarde para precipitar la fuga y menos para preparar las armas con qué hacerles frente. Habíamos sido sorprendidos, quizás por falta de precauciones. Martínez Bonilla fue derribado de un fuerte culatazo y con él se perdieron las armas. Seguido, el grupo se nos vino encima y un soldado disparó varias ráfagas con su fusil ametralladora. Las balas pasaron rozándonos, no haciendo blanco por el nerviosismo del soldado trujillista. Córdoba quiso huir, pero se enredó en unos bejucos y cayó al suelo. Gugú Henríquez y Calderón emprendieron una desesperada fuga y aunque los persiguieron un corto trecho lograron escapar. El tal Juaniquito, sacando un largo y afilado puñal que llevaba oculto debajo de la camisa, amenazó a Córdoba y otro hacía lo mismo con Arvelo, al tiempo que casi lo degollaba le decía en voz baja: “No se preocupe, yo no le haré daño”. Feliú y yo, al sonar los disparos nos lanzamos al suelo. Después fuimos fuertemente agarrados por varios hombres.

La captura, temida por tantas horas angustiosas, era una realidad. Éramos prisioneros de Trujillo. Ninguno tenía ni la más remota esperanza de vivir mucho tiempo, y pensar que seis años después podría escribir este libro era una idea inconcebible.

Los supuestos campesinos que, bajo las órdenes de un sargento y un soldado uniformados nos capturaron, no eran tales labriegos. Vestían como los hombres del campo y portaban las armas reglamentarias del Ejército. Eran soldados. En la región de Luperón había más de mil hombres en esas condiciones, quienes como perros hambrientos nos perseguían buscando sin duda las prebendas del déspota.

El sargento al comando del pelotón permaneció en silencio, mientras un raso de apellido Castillo, el mismo que disparó su fusil ametralladora se mostraba nervioso,



De izquierda a derecha, arriba, Tulio Hostilio Arvelo Delgado, José Rolando Martínez Bonilla, Miguel Feliú Arzeno (Miguelucho), Federico Horacio Henríquez Vázquez (Gugú). En igual dirección, abajo, Salvador Reyes Valdez (Niño), Manuel Calderón Salcedo, Horacio Julio Ornes Coiscou y Hugo Kunhardt, los dominicanos que formaron parte de la expedición de Luperón, 1949.

tratando de calmarse, injuriándonos y hablando sin control. Este insensato concibió la tortura moral que sólo la mente de un monstruo es capaz de idear. Haciéndonos acostar en el suelo, amarrados, simuló fusilarnos. Por espacio de varios minutos estuvo el perverso soldado en sus maniobras, sin lograr doblegarnos ni humillarnos. Nuestros nervios estaban destrozados, mejor dicho, parecían no existir, por lo que no hubo doblegamiento ante el soldadote. Aquel imbécil fue incapaz de comprender que hombres que arriesgan sus vidas

por defender los grandes ideales de libertad no están dispuestos a humillarse frente a un mercenario sin conciencia ni escrúpulos.

Martínez Bonilla, quien había caído sin conocimiento a causas del golpe en la cabeza, fue traído y tirado en el suelo a nuestro lado. Temíamos que el fuerte golpe revistiera gravedad, pero por suerte no murió, ni creo que morirá de eso. Por largo tiempo estuvo sufriendo agudos dolores y quizás todavía recuerde ese salvaje culatazo.

Feliú y yo aprovechamos que el soldado abandonó su idea de fusilarnos para entablar conversación con los supuestos campesinos. Algo creo que logramos, aunque sólo fuera impresionarlos momentáneamente. Un verdadero campesino, humilde, generoso y pobre que curioseaba, se atrevió a decir: "No les hagan daño, porque después de todo son dominicanos como nosotros". Esa fue la primera frase de las muchas que oímos en nuestro favor, demostración de que las virtudes del pueblo dominicano no se han perdido todavía. Ese pueblo, al hablar por boca de sus más depauperados miembros, tiene el suficiente mérito para ser libre y no le faltan voluntad y coraje para reconquistar sus libertades.

Con una rapidez asombrosa aquellos bandidos uniformados nos despojaron de todo cuanto significa algún valor material. Botas, relojes, anillos, espejuelos, pañuelos, dinero, etc., desaparecieron como por encantamiento. Feliú logró conservar milagrosamente algunos dólares en el bolsillo y yo retuve la gorra, las gafas, dos dólares y una bala. Todos quedamos descalzos, sin cinturón y apenas vestidos. Trujillo hace gala de la disciplina de sus tropas, pero en aquella ocasión demostraron lo que son y a lo que están acostumbrados. En vez de parecer soldados daban la impresión de vulgares salteadores de caminos, facinerosos, criminales. Ellos mismos produjeron una reyerta al disputarse el insignificante botín. Aquel espectáculo ridículo y grotesco era

una reproducción de lo que hacía su jefe supremo cuando capturaba a los patriotas dominicanos adversarios de las tropas de ocupación norteamericanas.

Al tiempo que el grupo de soldados y curiosos aumentaba pensábamos en Henríquez y Calderón. Teníamos el convencimiento íntimo de que ellos tendrían oportunidad de salvarse, mientras esperábamos para nosotros la muerte o cuando menos las torturas a que son tan adictos los tiranos. Seguros estábamos, si no mediaba eso que llaman milagro, de que aquel día sería el último de nuestras vidas.

El jefe del pelotón decidió trasladarnos a Luperón para entregarnos a sus superiores. Antes de iniciar el regreso al lugar del desembarco, las manos nos fueron amarradas hacia atrás. Como no había sogas se utilizaron tiras de pencas de palmas, sistema primitivo pero efectivo. Igual cosa hicieron con los pantalones en vista de que no teníamos cinturones para aguantarlos.

Rodeados y vigilados celosamente por un contingente cada vez mayor de soldados, nos pusimos en marcha hacia Luperón. El andar era lento por la fatiga y, principalmente, por estar descalzos; menos yo que logré conservar no sé en qué forma unos gruesos calcetines de lana. Nuestros pies no estaban acostumbrados al contacto con las piedras y espinas, y caminar sobre el terreno era una tortura. Cuando llegamos al final del trayecto teníamos destrozados los pies, sangrando por las heridas causadas por el áspero suelo.

Apenas caminamos unos cuantos metros cuando cayó desmayado el soldado, bravucón y altanero, que simuló el fusilamiento. La tensión nerviosa y el miedo hicieron estragos en su persona. Fue necesario que sus colegas lo cargaran en brazos y lo llevaran lejos de allí.

Al llegar a una enramada, frente a la cual pasamos antes de la captura, se nos presentó, rodeado de algunos hombres armados, el Síndico Municipal de Luperón, señor Mariotti.

Entre las sandeces que habló dijo que Trujillo había estado en Luperón dando órdenes, entre ellas la de que deseaba coger a algunos prisioneros. Este fue el primer indicio de que con buena suerte y mucha habilidad había esperanzas de vivir al menos por unos días. Era fácil comprender esa disposición de Trujillo, la que se debía a cuestión de política internacional.

Pronto se presentó la coyuntura propicia para penetrar el ánimo de los trujillistas y saber cuáles eran las órdenes del dictador. Poco antes de llegar a Luperón encontramos en el camino al Capitán Dominico Pérez, comandante de las tropas perseguidoras, quien venía a nuestro encuentro al frente de un pelotón de forajidos armados, entre ellos el Gobernador de la Provincia de Puerto Plata, señor Antonio Imbert. El primer impulso del capitán Pérez, cosa natural en un oficial al servicio de la tiranía e indigno en un hombre que tenga el más elemental concepto de las funciones militares, fue insultarnos y permitir a sus hombres que nos amenazaran con las armas. El propio Pérez trató de echarme encima el caballo que montaba, siendo la oportunidad que aproveché para averiguar cuáles eran las órdenes que cumplían. Sabiendo las consecuencias que afrontaba, pero comprendiendo que ésa era la única forma digna de actuar, me volví colérico hacia el militarote, diciéndole: "Esta no es forma de tratar a prisioneros. Si tiene órdenes de matarnos, hágalo, o nosotros lo provocaremos, pero no estamos dispuestos a soportar humillaciones". Por un instante esperé una violenta reacción, pero la actitud del capitán fue distinta. A un gesto suyo los soldados dejaron de golpearnos, continuando la marcha sin más incidentes violentos. Esto confirmó la existencia de la orden de no liquidarnos inmediatamente. Teníamos esperanzas.

El incidente me hizo pensar en la actitud que debíamos observar en el futuro. El peligro no había pasado, pero con

habilidad era posible enfrentarnos a los acontecimientos futuros con posibilidades de éxito.

Aprovechando un alto para esperar vehículos que nos trasladaran a Luperón, conversé con el Gobernador Imbert. Por él supe que el padre de Kunhardt estaba en su finca cerca de Luperón la noche del desembarco y que al día siguiente lo enviaron preso a Puerto Plata. También me informé que mi padre estaba preso en la misma ciudad. Poco tiempo después los pusieron en libertad, convencido el tirano de que no tenían contacto con actividades revolucionarias.

A bordo de varios jeeps recorrimos el último tramo para llegar a Luperón, en cuyas calles había gran expectación. Las gentes manifestaban interés en conocer nuestros nombres. Los comentarios escuchados fueron variados, pero no hostiles. Por el contrario, eran evidentes las simpatías populares, especialmente cuando se dieron cuenta de nuestras condiciones físicas. Los habitantes de Luperón mantuvieron un respetuoso silencio, muestras sinceras, aunque mudas, de lamentar el fracaso de la expedición. Trujillo, sin duda, hubiera deseado otras demostraciones.

Trabajando con extraordinaria actividad los militares levantaron en pocas horas una casa de madera que les servía de cuartel. A ese flamante edificio de dos plantas, todavía sin terminar, fuimos conducidos e instalados en los dormitorios del segundo piso. Quitándonos las amarras permitieron que usáramos las camas. También, a petición nuestra, fuimos obsequiados con agua helada. El capitán Pérez ordenó que nos prepararan alimentos y mandó en busca de un médico. Nervioso se presentó el doctor Hanks, viejo médico de aldea. Primero examinó a Martínez Bonilla, quien continuaba manando sangre por boca, nariz y oídos como consecuencia del culatazo. Con poca delicadeza el médico le manoseó el cráneo y diagnosticó que no había fractura, recomendando le dieran analgésicos para calmar

el dolor. En cuanto a mí, después de un ligero examen, no dijo nada, al menos ante nosotros.

El primer almuerzo que hicimos en tierra dominicana después de varios años de exilio fue en Luperón. La comida popular, compuesta de carne, plátanos, arroz blanco y frijoles, fue servida antes del mediodía en la amplia habitación donde nos tenían provisionalmente. Ni Martínez ni yo pudimos probarla por impedírnoslo nuestras respectivas dolencias. Pero nos alegramos de que los compañeros pudieran deshacerse de los mortificantes síntomas del hambre.

El capitán Pérez estuvo ausente largo rato. A su regreso vino acompañado de un soldado taquígrafo. El propósito era interrogarnos, pero le informé que “nosotros sólo rendiríamos declaración ante el propio Presidente”. Mi demanda fue cortés, pero firme. Al proceder así buscábamos que nuestra captura fuera hecha pública y evitábamos que, una vez obtenidas nuestras declaraciones, si no le interesaban al dictador, se nos hiciera desaparecer de este mundo, cosa muy fácil en Luperón. Era un paso peligroso, ya que no sabíamos cuál sería la reacción de Trujillo al enfrentarse con nosotros, pero de todas maneras nos arriesgamos con esa maniobra.

Al conocer nuestra actitud, el capitán Pérez abandonó de nuevo el cuartel con el propósito de comunicarse con sus superiores por teléfono o radio, posiblemente con el propio Trujillo. No tardó en regresar con la orden de amarrarnos de nuevo, esta vez con cuerdas. La medida nos sorprendió por ignorar a dónde nos trasladaban. Nuestras dudas duraron hasta que oímos a un soldado decir que nos llevaban a Puerto Pasta. La calma volvió y las esperanzas también.

En jeeps fuimos conducidos al guardacostas No. 9 atracado al muelle. Al llegar a aquel lugar, escenario de nuestro desembarco, vinieron los tristes recuerdos de la aventura. Por más que quisimos no pudimos ver los restos del

“Catalina”. Fuimos introducidos a un camarote en la proa del pequeño barco y amarrados nos acostaron en camastros.

El guardacostas inició la travesía. La mar estaba un poco picada. El barquito se movía mucho. Al poco rato sentimos los síntomas del mareo. Feliú fue quien peor se puso. Por suerte para él en lo alto del camarote había una claraboya por donde penetraba aire y, de vez en cuando, un chorro de agua salada. La posición en que estábamos era incómoda. Acostados y con las manos amarradas atrás, teníamos que ingeniárnoslas para acomodar los cuerpos en los estrechos y duros camastros. En lo general el viaje, que duró casi tres horas, fue molesto y nada agradable.

Poco antes de llegar a Puerto Plata bajó al camarote el capitán del guardacostas, alférez Armando Díaz y Díaz, típico oficial trujillista que pone muy por lo bajo la moral y capacidad de la marina de guerra de un país. Este tipo es un perfecto ignorante, casi analfabeto. Si estaba al mando de una nave supongo que sería por sus conocimientos prácticos de las costas de la isla. Dirigiéndose a mí, dijo: “¿Dónde están los doscientos mil dólares?” Aquella pregunta me extrañó y le contesté: “¿A qué doscientos mil dólares se refiere usted?” “Oh, a los que ustedes traían para comprarnos. Esa es la única forma de conseguir que nos pongamos en contra de Trujillo”. Con un cinismo inaudito, demostrativo de la clase de hombres que sirven a Trujillo, nos relató cómo estuvo buscando en los escombros del hidroavión el dinero que según él debíamos llevar para comprarlos.

Al llegar a Puerto Plata fuimos pasados como fardos a un camión estacionado en el muelle. Sólo tuvimos tiempo para echar una rápida mirada alrededor y darnos cuenta de que los muelles estaban desiertos y de que no había una sola persona que no fuera militar por aquellos contornos tan frecuentados en días normales. El camión tenía la parte trasera completamente cubierta por una lona y bajo de ella,

como en una casa de campaña, nos metieron custodiados por cinco soldados. Junto al chofer tomó asiento un oficial y a gran velocidad abandonamos la zona portuaria. Al pasar por las calles centrales de Puerto Plata observamos, por rendijas en la lona, que la ciudad estaba vacía, como si estuviera atacada por la peste. Las casas tenían las puertas y ventanas herméticamente cerradas. En las calles y plazas no se veía a nadie, salvo algunos soldados patrullando. Era una ciudad muerta, bajo la ley marcial. Días después supimos que Puerto Plata fue escenario de desvergonzados atropellos y matanzas en las que perdieron la vida numerosos simpatizantes de la causa, entre ellos los valientes dirigentes del Frente Interno Fernando Spignolio y Nando Suárez, traicionados por un falso amigo.

Al salir a la carretera apreciamos que éramos conducidos a la ciudad de Santiago de los Caballeros. Dudamos si nos dejarían allí o seguirían para la capital. Para nosotros era igual. Si la travesía en barco había sido incomoda, ésta en camión resultó un tormento. Los tumbos del vehículo nos golpeaban todo el cuerpo, especialmente las sentaderas en contacto con la dura madera del piso.

Más de hora y media estuvimos dando vueltas por la sinuosa carretera en Puerto Plata y Santiago. El tiempo lo aprovechamos en ponernos de acuerdo sobre las declaraciones que tendríamos que hacer, evitando así discrepancias perjudiciales. Los soldados que nos custodiaban tenían caras de imbéciles y no fue difícil burlar su vigilancia para conversar.

Mi criterio sobre la situación fue captado por todos y con la plena confianza de mis compañeros reasumí la dirección del grupo, esperando no haberlos defraudado en ningún momento. Mientras permanecimos en suelo dominicano el grupo actuó en completa armonía que fue factor principal en el venturoso desenlace final. Ni aun en los casos de



Fortaleza San Luis, Santiago de los Caballeros, a donde fueron llevados en 1949 los sobrevivientes de la Expedición de Luperón. (Foto: periódico *El Caribe*, 2023).



Fernando Spignolio, líder del Frente Interno, asesinado la misma noche del desembarco junto a Fernando Suárez.

interrogatorios individuales nos salimos de la línea trazada de antemano. Actuando siempre de común acuerdo soportamos las vicisitudes con valor y resignación. En la derrota muchos suelen abandonar a los amigos, pero me siento satisfecho de que entre nosotros nunca sucedió.

Serían pasadas las seis de la tarde cuando llegamos a Santiago. Evitando el paso de las calles principales, el camión fue conducido a la Fortaleza San Luis. Ya en el interior del recinto militar lo estacionaron frente al edificio ocupado por la cárcel. Con brusquedad fuimos llevados a celdas individuales. Por primera vez perdimos el contacto directo entre nosotros. Los calabozos, aunque amplios y limpios, eran húmedos y fríos. No había ningún mueble, tuvimos que tirarnos en el suelo. Estábamos cerca unos de otros, en celdas vecinas, pero lo ignorábamos, motivo por el cual las angustias aumentaron.

Al encontrarme en uno de los sombríos calabozos de la Fortaleza San Luis sentí desagradablemente que estaba preso por primera vez en mi vida. Si algún pensamiento tuve no lo recuerdo. El agotamiento y la fiebre me aletargaron profundamente. Dormí por primera vez entre las paredes que aprisionan tantas ansias de democracia, libertad y dignidad humanas. Entre las sombras de un presente tenebroso.



## CAPÍTULO IV

### Candilejas, medallas y preguntas

*“En esta tarea degradante, los tiranos pierden el tiempo, el trabajo y el honor; más tarde o más temprano los hechos se restablecen. Las estafas de este género no tienen porvenir, no se borra una Nación por pequeña que sea, como una huella estampada sobre arenas”.*

General Gregorio Luperón,  
Prócer Restaurador  
de la Rep. Dominicana.  
(Historia de la Restauración)

En la República Dominicana las cárceles están bajo la custodia del Ejército Nacional. Por lo general se encuentran situadas dentro de las fortalezas y recintos militares. La de Santiago, en la Fortaleza San Luis, no se diferencia mucho de otras en las distintas ciudades del país. Construida durante la época colonial española, la fortaleza está ubicada a orillas del río Yaque del Norte y no del centro de la ciudad, no habiendo sufrido grandes modificaciones en los últimos años. La cárcel ocupa un antiguo edificio a un lado del amplio patio y carece de las indispensables condiciones higiénicas exigidas por los modernos establecimientos penales. No hay régimen penitenciario. Todo hombre que penetra en ellas es tratado inhumanamente y no tiene derechos de ninguna clase. Si es reo de delitos políticos la moral se le quebranta y recibe las vejaciones más humillantes.

Los acusados de delitos comunes, especialmente si son infelices gentes del pueblo, no tienen posibilidades de

regeneración y, al cabo de su condena salen, si tienen esa suerte, más pervertidos y criminales que antes. En el mismo edificio cumplen sus condenas las mujeres, en iguales condiciones que los hombres. En aquellas cárceles, verdaderos centros de vicio y perversión, solo prevalece el interés castrense al servicio de los bastardos instintos de la oligarquía criolla personificada por Trujillo.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde nuestra llegada a la cárcel, cuando la puerta de mi celda se abrió para dar paso a un soldado que sin decirme nada me levantó violentamente del suelo y a empujones me llevó a las oficinas del penal.

—Este es Ornes, dijo un oficial sentado detrás de un escritorio.

Dirigiéndose a un hombre blanco y de pelo canoso que estaba sentado a su lado, agregó:

—Puede preguntarle lo que usted quiera.

Pero aquel hombre desconocido para mí y de aspecto distinguido no abrió la boca. Con un movimiento de cabeza hizo un gesto negativo. Y nuevamente fui conducido a la celda.

Más tarde supe que mis compañeros también fueron llevados a presencia de aquel personaje. Hicimos muchas conjeturas sobre la identidad de aquella persona, pero fue mucho tiempo después cuando averiguamos, sin confirmación posterior, que se trataba del Embajador de Nicaragua ante el Gobierno dominicano.

Media hora después sentí pasos en el pasillo que conducía a mi calabozo y oí puertas metálicas que se abrían. Pronto la de mi celda también se abrió. Fui conducido nuevamente a las oficinas. Allí encontré a mis compañeros de pie frente al escritorio ocupado por el mismo oficial de la ocasión anterior. Por las miradas de ellos comprendí que todo iba bien y no había novedades de importancia.

Individualmente fuimos sacados al patio y conducidos con precipitación frente a un edificio situado al otro extremo. El trayecto de unos cien metros lo hicimos corriendo. Un cubano pariente del tirano, el mayor Pluyer Trujillo, me puso sus manos en la espalda y, conmigo a manera de escudo, avanzó de prisa a través del ancho patio hasta colocarme en fila con mis compañeros de frente a una pared, como cuando van a fusilar a un grupo de hombres. Observamos estacionados frente al local varios lujosos automóviles y en las puertas y ventanas numerosos oficiales del Ejército armados de subametralladoras. Comprendimos que pronto estaríamos en presencia del generalísimo Trujillo, presidente de la república; “Benefactor de la Patria”, “Restaurador de la Independencia Financiera de la República”, “Primer Soldado”, “Primer Maestro”, “Primer Obrero”, etc., etc., etc., y primer asesino del país.

El momento era decisivo y trascendental. Íbamos a ser juzgados personalmente por el déspota a quien habíamos ido a combatir con las armas. De la decisión inapelable de aquel hombre sin escrúpulos ni conciencia dependían nuestras vidas, como dependen las libertades del pueblo dominicano. No sabíamos cual sería el resultado del sumario interrogatorio que nos harían el tirano y sus secuaces, pero estábamos seguros de que nuestra suerte estaba en juego en aquellos momentos de incertidumbre. Nos preparamos para presentarnos con dignidad ante el soberbio sátrapa, cuyo violento carácter es poco inclinado a la magnanimidad con sus enemigos vencidos, para quienes no tiene piedad ni consideraciones.

Una noche tropical fresca y estrellada nos infundía confianza. Me encontraba abstraído en mis pensamientos tratando de hallar una salida feliz a la situación, cuando el rumor de mis compañeros me hizo volver a la dura realidad. Córdoba, al ver un sacerdote rondando por los

alrededores, se inquietó al pensar que la figura extraña y tan fuera de lugar del cura era un mal augurio. Él creyó que el capellán estaba allí para suministrarnos la extremaunción al ser fusilados. Córdoba ignoraba que Trujillo, a pesar de su catolicismo y del apoyo mutuo que se ofrecen el dictador y el clero, no permite ese alivio espiritual a sus condenados a muerte, a quienes ejecuta en el silencio de los calabozos y los entierra sin cruces. Para los dominicanos, conocedores del sistema, la presencia del sacerdote no significaba un peligro. En cambio, para Córdoba era alarmante.

La espera en la antesala al aire libre, que bien pudo ser la última, la de la muerte, no fue muy larga. Al poco rato de estar parados, amarrados y bien custodiados, comenzó el desfile frente a Trujillo. El primero en pasar la dura prueba fue Martínez Bonilla, quien estuvo declarando por espacio de unos quince minutos. Luego le siguieron el doctor Arvelo, Feliú y Córdoba, sucesivamente. Por último, me tocó el turno a mí, sin haberme podido informar de los interrogatorios anteriores. A medida que terminaban con mis compañeros los regresaban al edificio de la cárcel. Lo único que observé fue que salían con las manos libres de ataduras.

Con serenidad, como lo habían hecho antes mis compañeros, penetré en la estancia donde esperaban Trujillo y su corte de aduladores y asesinos. Mi sorpresa fue grande. En el primer instante fue difícil orientarme frente a aquel grupo de hombres extrañamente ataviados. Cuando pasaron algunos segundos y mis ojos se acostumbraron a la claridad del local, encontré a Trujillo sentado frente a una mesa y bajo una potente lámpara. Contrario a la costumbre de enfocar al interrogado, era a él, omnipotente dueño de la República Dominicana, a quien alumbraban las candilejas. Pero lo más sorprendente fue el esplendor de sus vestiduras.

Trujillo siente una pasión desenfrenada por los uniformes y las condecoraciones. Aquella noche sólo le faltaba la túnica imperial para hacer de su ridícula figura una grotesca caricatura de los monarcas antiguos. Tocado de una gorra blanca de almirante y enfundado en un bien cortado y fino uniforme color aceituna, Trujillo lucía sus atavíos de generalísimo de las Fuerzas Armadas Dominicanas, representando a toda gala sus funciones de déspota, presidente y juez. Esta vez no usaba el ridículo bicornio de plumas de avestruz que acostumbra a llevar sobre su cabeza en las ocasiones solemnes, pero en cambio el pecho lo tenía repleto de rutilantes medallas, en miniaturas, ocupándole todo el espacio entre el abdomen y la garganta, de la cual pendía un collar con valiosas joyas. Todas esas condecoraciones, obtenidas quién sabe por qué procedimientos, pesaban varios kilos y hacían de su persona una figura carnavalesca, cómica si no fuera por lo trágico de su existencia.

Trujillo se encontraba rodeado de algunos de sus más cercanos colaboradores. A su izquierda se sentaba el coronel Manuel E. Castillo, viejo oficial muy adepto al régimen, y el taquígrafo Peguero, quien tomaba notas del interrogatorio. A la derecha Manuel de Moya Alonso, el licenciado José E. García Aybar, Procurador General de la República y el licenciado Mario Abreu Penzo, repugnante criminal elevado a altos puestos por obra y gracia de Trujillo y su perversidad. En el fondo del grupo se destacaba el general Ciprián, celoso jefe de los ayudantes militares. A los lados, en las puertas y ventanas, se hallaban oficiales fuertemente armados, cual perros de presa esperando las órdenes del amo.

—¿Por qué renunció usted al Servicio Diplomático dominicano? —Fue la primera pregunta que me hizo Trujillo, re iriéndose a mi separación voluntaria del cargo de Secretario de la Embajada en San José, Costa Rica, en 1946.

—Por no estar de acuerdo con su política y los procedimientos antidemocráticos que se llevan a efecto aquí.

Durante la media hora que permanecí frente a Trujillo, me hizo muchas preguntas, las principales de las cuales trataré de consignar.

Casi inmediatamente me preguntó por qué tenía los brazos a la espalda. Él sabía bien el motivo. Habiéndole contestado dio la orden de desamarrarme, cosa que hizo un oficial situado detrás de mí. Luego supe que esa misma pregunta se la había formulado a mis compañeros, con las mismas gratas consecuencias. Para ese entonces mi estado físico era deplorable. Estaba, además, nervioso, con la boca reseca, lo que dificultaba expresarme con facilidad, para lograr lo cual hice un esfuerzo extraordinario. Me parecía que todo a mi alrededor daba vueltas. Estaba mareado y casi no podía sostenerme en pie.

Al fin, Trujillo hizo la pregunta fundamental y más difícil de contestar. Era ella, naturalmente, la referente al punto de partida de la expedición. Previendo que eso sería objeto de su interés y pensando que los mapas usados por el piloto (en los cuales estaba señalada la ruta del viaje) posiblemente no habían sido destruidos por el incendio en el avión y podían constituir pruebas acusatorias irrefutables, todos convenimos en no ocultar la procedencia. Esta medida prudente nos permitió negar otras afirmaciones más importantes.

—¿De dónde salieron ustedes? —preguntó Trujillo.

—Del Lago Izabal, en Guatemala.

—¿Cuántos aviones venían en la expedición?

—Cuatro aviones.

—¿Dónde están los otros aviones? —indagó con sonrisa maliciosa.

—Usted está en mejor condición para saberlo.

—Ustedes han sido víctimas de una traición de sus compañeros —dijo, fijando en mí su siniestra mirada.

En muchas ocasiones, tanto Trujillo como sus secuaces, quisieron hacernos creer lo de una traición, pero nosotros, ignorantes de los motivos que impidieron la llegada de los otros aviones, no aceptamos la versión trujillista porque conocíamos la calidad moral de muchos de esos compañeros incapaces de una infamia de esa naturaleza. No obstante, aceptábamos maliciosamente el infundio, especialmente cuando podía beneficiarnos evitándonos peligrosos interrogatorios.

—¿Qué gobierno les proporcionó las armas?

—Las armas fueron las mismas de la fracasada intentona de Cayo Confites. Yo ignoro su procedencia porque en aquel entonces no participé de la dirección del movimiento insurreccional contra su Gobierno.

—¿El Gobierno de Guatemala les proporcionó armas o ayuda material de otra naturaleza?

—En ningún momento recibimos ayuda del Gobierno guatemalteco, sino de altos funcionarios de aquel país que lo hicieron por solidaridad humana con el pueblo dominicano y con nuestras ideas democráticas.

—¿Qué funcionarios los ayudaron?

—Principalmente el coronel Arana, jefe del Ejército.

En esa forma traté, con aparente buen éxito, de eludir cualquiera declaración comprometedora internacionalmente para el Gobierno guatemalteco y los buenos amigos que allí teníamos.

Revelar el nombre de Arana, a quien sabíamos con-fabulado con Trujillo para acabar con la democracia en Guatemala y con nuestro movimiento, no era en modo alguno perjudicial para el presidente Arévalo y sus revolucionarios colaboradores. Cuando se organiza una expedición revolucionaria y ésta fracasa, es infantil tratar de ocultar su procedencia, que como en este caso, ya conocía Trujillo. Es indiscutible que de algún lado partimos, ya que de las nubes es imposible. Negar eso hubiera significado

un sacrificio inútil que, a nadie, quizás ni al mismo Trujillo, hubiera beneficiado.

Con las respuestas anteriores, Trujillo comprendió que yo no estaba dispuesto a revelar más, y se conformó, dándole otro giro al interrogatorio.

Indagó entonces sobre la participación de Costa Rica. Le dije que Figueres, en ese momento presidente de la Junta de Gobierno de aquel país, había llegado al poder con nuestra ayuda y eran naturales sus simpatías hacia nuestro movimiento, pero en aquella ocasión no prestó su cooperación como era debido y, si algo hizo, fue insignificante, en nada comparado a nuestro esfuerzo en su favor.

Después de preguntarme sobre los puntos escogidos para los desembarcos, se interesó Trujillo en saber el grado de participación en la expedición del presidente de Cuba, doctor Carlos Prío Socarrás, del doctor Eufemio Fernández y de Juan Bosch.

—El presidente Prío, quien es amigo de algunos exiliados dominicanos, no tuvo participación en los planes, aunque teníamos esperanzas de que una vez iniciada la revolución, él nos ayudara en la medida de sus posibilidades. Respecto a Eufemio, usted sabe que es uno de los extranjeros interesados en el triunfo de la democracia en nuestro país. Su ayuda siempre ha sido valiosa...

—¿Venía Fernández en la expedición? —preguntó antes de que yo terminara de contestarle la anterior pregunta.

—¿Es Fernández actualmente jefe de la Policía Secreta? —le volvió a preguntar Trujillo con interés.

—Ignoro cuál es su posición oficial actual, pero hace poco leí en los periódicos su renuncia a ese cargo.

Apartándose de los hechos que investigaba, Trujillo se mostró interesado en noticias de sus enemigos en destierro y por ese lado continuó el interrogatorio, senda fácil de

seguir por las preguntas aparentemente inofensivas que hizo. Uno de sus acompañantes preguntó:

—¿Venían ustedes a luchar para establecer un gobierno presidido por Juan Rodríguez o Bosch?

—No, —contesté—, veníamos con la intención de establecer un régimen democrático, pero de ninguna manera para favorecer aspiraciones de determinadas personas.

—¿Considera usted a mi régimen antidemocrático? —preguntó Trujillo con un cinismo inaudito.

—Sí, señor.

—¿Por qué considera usted eso así?

—Sencillamente porque aquí el pueblo no tiene ninguna libertad ni derechos y, además, porque le está vedado elegir a sus gobernantes. Eso no es democracia. Aquí falta el libre juego de las ideas políticas y de los partidos.

—¿Qué entiende usted por libre juego de las ideas políticas y de los partidos? —preguntó el Procurador General.

Pero la pregunta quedó sin respuesta porque Trujillo, siempre absorbente, interrumpió para indagar si el licenciado Bonilla Atilés venía en la expedición.

—No, el licenciado Bonilla Atilés no es hombre de armas —fue mi respuesta.

—Naturalmente, Bonilla es un ca... que sólo sabe hablar por la radio y lanzar a los tontos a morirse —dijo Trujillo.

—Él será como usted quiera, pero le aseguro que es uno de los más valiosos elementos que hay en el exilio combatiéndolo a usted.

Por un instante pensé que esa imprudencia podía lastimar la susceptibilidad de Trujillo. Lo hice, quizás sin pensarlo, y por suerte, el dictador pasó por alto mi contestación y nada desagradable sucedió.

Casi seguido se produjo otra situación similar, cuyo desenlace, algo chistoso, debió desagradar al dictador.

—¿Es el presidente Arévalo comunista? —preguntó Trujillo fijando insistentemente su mirada en mi rostro.

—No, que yo sepa.

—Pero, dígame, ¿no ha oído o leído usted en alguna parte que Arévalo es comunista o que simpatiza con ese partido.

—Sí, desde luego, muchas veces.

—¿Dónde ha oído usted eso? —volvió Trujillo a preguntarme con marcado interés.

—Por la “Voz Dominicana” —fue mi lacónica respuesta.

Todos se miraron y Trujillo comprendió el chasco que se llevó, encauzando la conversación por otros rumbos.

En esa forma, más o menos, se desarrolló el interrogatorio en lo que respecta al aspecto internacional. En cuanto a los asuntos internos, Trujillo mostró una curiosidad poco insistente. Tanto conmigo como con los demás compañeros, quiso conocer si había en suelo dominicano núcleos de persona contrarias a su régimen que estuvieran comprometidas con nosotros. Naturalmente, negamos todo contacto de esa índole, evitando así que Trujillo obtuviera informaciones perjudiciales a los amigos del Frente Interno. Nuestra negativa fue rotunda. Él no insistió porque posiblemente estaba bien informado del asunto. Trujillo ocultó decirnos la masacre en Puerto Plata, donde decenas de personas denunciadas, por confidentes, como partidarias del movimiento, fueron vilmente asesinadas. Trujillo estaba convencido de que con la liquidación de los grupos dirigidos por Spignolio y Suárez el movimiento clandestino estaba aplastado.

Por mi parte, contesté todas las preguntas en ese sentido ignorando compromisos de esa naturaleza que, de existir, el único que los conocía era el general Juan Rodríguez. Al mencionar el nombre de nuestro jefe con su título de General, Manuel de Moya Alonso preguntó:

— ¿Desde cuándo es general Juancito Rodríguez?

— Juan Rodríguez, usted no lo debe ignorar, participó en su juventud en muchas de las frecuentes revueltas internas que se produjeron en el país y una de ellas, allá por el año 1912, fue uno de sus dirigentes conociéndosele desde entonces como general. Así se hacen los generales aquí.



Don Juan (Juancito) Rodríguez García.

El señor de Moya se dedicó entonces, para hacerse gracioso ante su amo, a contar chistes a costa del general Rodríguez, pero no tuvo mucho éxito en su propósito. El general Rodríguez tiene la calidad moral y patriótica que les falta a Trujillo y a sus compinches. Olvidó el general Moya que ni él ni el “Generalísimo” han pasado jamás por una academia militar ni han librado nunca una batalla. El oficio del señor de Moya, además de gigoló y alcahuete, ha sido el de anunciar en cartelones productos para pelo como la “Glostora” y servir de maniquí en el catálogo de la Montgomery Ward Co., donde aparecía en calzoncillos.

Para finalizar el interrogatorio, Trujillo pregunto:

— ¿Tiene sed, hambre?

— No, señor, lo que deseo es algo para acostarme que no sea el suelo duro y frío. Me siento muy enfermo.

Trujillo hizo señas a un oficial y fui sacado del salón, conduciéndome a la cárcel, ya sin prisas ni violencias.

En Santo Domingo tienen fama los interrogatorios hechos personalmente por Trujillo. Es corriente en estos casos que el tirano golpee y humille a sus adversarios prisioneros o que montado en cólera salvaje ordene el asesinato o las torturas más increíbles y dolorosas. Pero con nosotros, en honor a la verdad, Trujillo observó una conducta distinta. Controlando sus instintos pasionales trató de ser decente, en pose de gran señor. En muy raras ocasiones sus palabras fueron ofensivas, pudiendo decirse que estuvo correcto en el lenguaje y los gestos. Esta actitud, desde luego, fue una sorpresa para nosotros y sacamos la conclusión de que ella era parte de un plan premeditado en el que no estaba incluida nuestra muerte inmediata. Evidentemente, Trujillo deseaba utilizarnos como pruebas vivientes en sus acusaciones contra Cuba, Guatemala y Costa Rica.

Al llegar a la cárcel encontré a mis compañeros sentados frente a una improvisada mesa servida con suculenta

comida. Por casualidad los militares celebraban esa noche con un banquete el Día del Ejército, y nos obsequiaron con sus manjares. Feliú encontró la comida sospechosa, pensando quizá que estaba envenenada. Arvelo y Córdoba comieron un poco. Martínez Bonilla y yo nos conformamos con satisfacer la sed.

Aprovechando que los centinelas estaban distraídos, cambiamos ideas sobre los interrogatorios. En líneas generales las preguntas habían sido más o menos las mismas con variantes sin importancia en cada caso. Todos sacamos las mismas conclusiones.

Trujillo llamó al doctor Arvelo traidor porque había renunciado al cargo de Vicecónsul en San Juan, Puerto Rico, para declararse enemigo de su gobierno. También fue acusado de comunista y tuvo que sostener, para explicar su posición ideológica de aquel entonces, un cambio de palabras con el tirano y sus acompañantes. La discusión debió de ser un sainete cómico porque Trujillo y sus secuaces no estaban preparados para sostener polémicas sobre ideas políticas abstractas. Aunque el doctor Arvelo salió bien librado del interrogatorio, se puso de manifiesto la animadversión de los trujillistas contra él.

A Córdoba, después de indagar por qué siendo él extranjero se había incorporado a un movimiento revolucionario contra el Gobierno dominicano, Trujillo le preguntó:

—¿Le ofrecieron sus amigos en caso de triunfar el Ministerio de Educación?

Por su parte, Feliú se desenvolvió bien. La ofuscación que sufrió con el nombre de un lugar fue motivo para la insistencia de Trujillo sobre el tema. Al preguntársele dónde pensaba aterrizar el general Rodríguez, Feliú dijo que en su finca, “La Cueva”, en la provincia de La Vega. Por varios minutos Trujillo estuvo tratando de hacer ver a Feliú su equivocación, hasta que éste reconoció su error y dijo que

la finca la nombraban “Barranca”. Es extraño que Trujillo perdiera su tiempo en una cosa sin importancia.

En el interrogatorio a Martínez Bonilla hubo incidentes particulares de tipo personal, debido a que su familia en los últimos años ha sido una de las más distinguidas en la lucha contra la tiranía. El dictador se interesó en sus relaciones de amistad con varias personas y no dejó también de considerarlo traidor a su gobierno, por aquello de la renuncia de un cargo en el servicio consular.

Antes de volver a las celdas hubo tiempo para ponernos de acuerdo sobre varios puntos de importancia por si éramos nuevamente interrogados. Sabíamos que en lo sucesivo serían frecuentes nuestras comparencias ante las autoridades trujillistas, ya fueran militares o judiciales.

No hacía mucho tiempo que me encontraba acostado, sudando la fiebre que consumía mi organismo, cuando fui levantado por el carcelero y conducido a la oficina del jefe de la prisión.

Allí esperaba el coronel Castillo para decirme que el Presidente había dispuesto mi participación en un mitin que se efectuaba en esos momentos en la plaza central de Santiago. Alegué que la enfermedad me impedía sostenerme en pie. Pero una orden del “Jefe” nunca puede ser desobedecida. En cierto sentido nos convenía porque así circulaba la noticia de nuestra captura, la que al llegar a conocimiento del pueblo y de nuestros amigos en el extranjero podía inclinar a las autoridades a un trato menos drástico y obligarlas a garantizar nuestras vidas.

En un automóvil fuertemente custodiado fui llevado al Club Santiago, desde cuyo balcón hablaría. El acto había sido suspendido en espera de mi llegada. Inmediatamente fui colocado frente a los micrófonos, y ante una multitud de más de ocho mil personas, que silenciosa esperaba mis

palabras. No hubo actitudes hostiles ni las consabidas loas al tirano.

Haciendo un gran esfuerzo físico y mental para expresarme con claridad, apoyándome en la balaustrada del balcón para sostenerme en pie, hice una breve alocución. Me dirigí al pueblo dominicano explicándole que habíamos desembarcado en la costa Norte del país con el ferviente propósito de destruir el gobierno, pero que la fatalidad hizo fracasar la expedición. Informé que nuestro plan militar era lógico y que fuimos vencidos, no por las fuerzas del gobierno, sino por la adversidad. Aproveché la ocasión para rendir un póstumo tributo a los compañeros caídos, diciendo que habían sacrificado sus vidas en plena juventud en aras de las libertades humanas. Y terminé informando que Trujillo había decidido respetar nuestras vidas, con lo que creí forzarlo a un compromiso tácito.

Al terminar se me informó que era necesario que mis palabras fueran retransmitidas por “La Voz Dominicana”, la cual no había podido trabajar en cadena con la emisora de Santiago.

Por ese motivo fui llevado a los estudios de la radio-difusora HILA, “La Voz de la Reelección” para repetir la alocución con el objeto de que la potente estación capitalense la grabara. En tres ocasiones tuve que repetir mis palabras con más o menos fidelidad a las dichas originalmente, hasta que al fin se me comunicó que estaban satisfechos de la grabación y que “La Voz Dominicana” las radiaría al mundo al día siguiente.

Me encontraba agotado por la faena del micrófono, cuando se acerca el coronel Castillo para indicarme que había llamada telefónica para mí. Cosa extraña, pensé.

Una voz, desde la Capital, me dijo:

—Ornes, le habla Paulino Álvarez. Su hermano Germán Emilio le va a hablar para que usted le repita lo que acaba de decir por la radio, para el periódico “*El Caribe*”.

La voz de mi hermano, no escuchada por mí hacía cinco años, me emocionó. Cambiamos un, saludo afectuoso pero ninguna frase de carácter personal. Le repetí lo que acababa de decir por la radio y nos despedimos, deseándonos buena suerte. Mi hermano, abogado y periodista profesional, era y es Jefe de Redacción, en funciones de Director, de “*El Caribe*” periódico propiedad de Trujillo. Anselmo Paulino Álvarez<sup>4</sup> era uno de los más fieles colaboradores del dictador y ocupaba varios cargos importantes. En una ocasión llegó a desempeñar tres carteras del Gabinete, por lo cual la voz popular dio en llamarlo el “Hombre Gabinete”.

Mis palabras de aquella noche parece que no agradaron al Gobierno. La prensa dominicana, especialmente “*La Nación*”, publicó una versión adulterada, y “*Dominicana*” (La Voz) no transmitió la grabación sino que hizo una interpretación acomodaticia. El Gobierno, al parecer, las consideró improcedentes en su forma literal. Es una vieja costumbre del régimen cambiar a su voluntad los artículos, discursos o declaraciones, y ésa no sería la única vez que harían tal cosa con nosotros. La dictadura trujillista controla las ideas y sus medios de divulgación. El pueblo sólo conoce lo que le interesa y como le interesa al tirano.

Al regresar a la cárcel no tuve tiempo de pensar en las peripecias de esa noche porque el agotamiento me venció. Dormí profundamente hasta la mañana siguiente.

---

<sup>4</sup> Paulino Álvarez, por mucho tiempo el hombre de más confianza de Trujillo, cayó en desgracia recientemente y se encuentra cumpliendo una condena de diez años que le impuso un Tribunal por extorsión, estafa, etc.

Antes de las ocho de la mañana estábamos todos en el patio de la prisión frente a un fotógrafo. Aunque nos proporcionaron ropa nueva no permitieron que las usáramos sino hasta después de posar ante la cámara. Esas fotografías fueron ampliamente distribuidas y publicadas por la prensa nacional y extranjera. En ellas aparecemos como facinerosos, que era la impresión que quería dar la propaganda trujillista.

No bien acabábamos de ser retratados, cuando por orden de Trujillo fui nuevamente llevado ante su persona. Al penetrar a la misma habitación de la noche anterior, estaba Trujillo de pie frente a un escritorio y a su lado Manuel de Moya. El tirano vestía con el mismo esplendor de la primera vez, pero con menos medallas.

El objeto del nuevo interrogatorio fue informarse si las ametralladoras marca "Mendoza", de fabricación mexicana, habían sido proporcionadas por el Gobierno mexicano. Le dije que ese tipo de arma es muy común en los países americanos y que no las obtuvimos directamente en México. No hubo insistencia de su parte, pareciendo que mi información, cierta además, satisfizo su interés. Con un gesto de cabeza dio por terminado el breve interrogatorio y, acompañado del mismo oficial que me había conducido a su presencia, inicié el regreso a la cárcel.

Pero no habíamos caminado mucho cuando una nueva orden de Trujillo me hizo comparecer otra vez ante él. Ahora era para aclarar un tema tratado anteriormente. Trujillo seguía interesado en que yo le dijera si el presidente Arévalo era comunista o simpatizaba con esa ideología política. Mi negativa fue rotunda y definitiva. Le dije que no me constaba que el doctor Arévalo tuviera esas inclinaciones o simpatías y que no estaba capacitado para juzgarlo en ese sentido. Me daba perfecta cuenta de que Trujillo perseguía arrancarme una declaración contra el doctor Arévalo, lo

cual no estaba dispuesto a hacer porque ello hubiera sido una falsedad y una inconsecuencia desleal a un magnífico amigo y gran demócrata. Trujillo comprendió mi firmeza y tampoco insistió.

Esta fue la última vez que vi a Trujillo en todo el tiempo que estuve en territorio dominicano. En lo sucesivo los interrogatorios estuvieron a cargo de altos oficiales del Ejército o de funcionarios judiciales.

A poco de regresar a la celda se presentó el capitán Vicioso, jefe de la prisión, con órdenes de conducirme al hospital para un examen médico. En un automóvil, acompañado del mencionado oficial y de un médico militar que me había hecho antes un reconocimiento, fui conducido a una clínica particular en el centro de Santiago. Allí fui examinado por varios galenos y me tomaron radiografías. Los médicos nunca me dijeron cuál era mi padecimiento, pero pusieron interés en salvarme.

Estando en el interior de la clínica se presentó el soldado conductor del automóvil para informar al capitán Vicioso que había muchas personas aglomeradas en la puerta y solicitó permiso para llamar a la policía con el objeto de desalojar a los curiosos. El permiso le fue negado. Al salir con destino a la cárcel había más de trescientas personas esperando en la calle. El automóvil apenas se podía mover y con dificultad pudimos iniciar la marcha hacia la fortaleza.

El tratamiento indicado por los médicos fue observado rigurosamente. Una enfermera me fue asignada y los médicos militares me visitaron con frecuencia. Enormes cantidades de penicilina y otros medicamentos hicieron posible que en tres días pasara la crisis de la enfermedad, aunque el tratamiento, propiamente dicho, continuó por más tiempo.

Mi enfermedad no era motivo para que los trujillistas pospusieran las investigaciones. Por la tarde fui llevado a la oficina del capitán Vicioso, quien estuvo conversando

conmigo en forma cordial por espacio de media hora. El objeto de esta entrevista, al menos eso deduje por el curso que siguió la conversación, fue sondear mi opinión en busca de posibilidades de un acuerdo conmigo. El capitán Vicioso estuvo haciéndome una explicación detallada de la situación real según él, económica y política del país bajo el régimen trujillista. El panorama presentado por el militar era color de rosa. El hambre no existía; había libertades; la economía, hacía énfasis en este aspecto, era próspera. Me relató parte de la vida de un oficial del Ejército, lo que ganaba y las prebendas de que disfruta. Quiso hacerme comprender que el pueblo dominicano vive feliz bajo el bondadoso signo del trujillato y que nuestra actitud era equivocada. Pero el capitán Juan Vicioso se llevó un gran chasco. Nada dije, nada pregunté. Mi actitud fue sólo escuchar, permanecer en silencio sin darle una opinión ni revelar mis sentimientos. Y cuando él comprendió la inutilidad de su esfuerzo, suspendió la entrevista.

El primer día completo que pasamos en la cárcel de Santiago transcurrió sin mayores novedades. Al día siguiente continuaron los interrogatorios informales. Dos oficiales del Cuerpo de Ayudantes militares de Trujillo, entre ellos el doctor González Cruz, médico que acompañaba al tirano en sus viajes por el interior del país, desearon conocer, por órdenes superiores, cuál era el significado de un papel aparecido en los escombros del "Catalina". Se trataba de una guía impresa de estaciones de radio usadas para la navegación. Esos ignorantes creían que se trataba de una clave. A pesar de mi negativa y explicaciones, insistieron en que yo debía saber cuál era su significado y el uso a que verdaderamente se destinaba. Irritado por mi negativa, el doctor González Cruz dijo:

—Si usted se niega a decirnos la verdad sobre este papel, tendremos que utilizar métodos más persuasivos para hacerlo hablar.

La amenaza, como es natural, me disgustó profundamente. Advertí a los trujillistas que estábamos dispuestos a soportar la violencia y a contestar con la única arma que teníamos: el silencio, mientras más absoluto mejor. Así, les expresé, obligaríamos al Gobierno a terminar con nuestras vidas y el crimen sería evidente ante la opinión pública nacional y extranjera. Pero lo que más me disgustó fue que esa amenaza la hiciera un hombre en quien se supone cierta cultura por haber cursado estudios universitarios. Con tristeza comprendí que también los hombres cultos, cuya misión debe ser salvar vidas, son capaces de cometer crímenes, atropellos, torturas y vejámenes con tal de congraciarse con el déspota. La moral está por los suelos en la República Dominicana. El terror hace que las voluntades se dobleguen y los cobardes, no importa su cultura ni su extracción social, sirven de instrumentos de opresión.

El tiempo transcurrió sin novedades. Cada dos horas recibía la visita de los médicos y enfermeros. Los compañeros, por su parte, también pasaron el tiempo muy aburrido dentro de las cuatro paredes de la celda. Aproveché la gentileza de un carcelero para hacerles llegar varias cajetillas de cigarros que logré conseguir. El obsequio les vino muy bien, especialmente a Feliú, y les sirvió para mitigar la impaciencia que se siente los primeros días de reclusión.

El domingo temprano se presentó un militar a nuestra celda. Me dijo que en ella se había “ahorcado” el coronel Luis Silverio Gómez y que allí mismo trató de “suicidarse” el hijo del general José Estrella, cuando el criminal de su padre cayó en desgracia con Trujillo. Esas macabras revelaciones no eran tranquilizadoras.

Por la tarde tuvimos la visita del coronel y doctor Marcial Martínez Larré, jefe del Cuerpo Médico del Ejército, quien examinó a Martínez Bonilla y a mí. También se presentó a vernos, quién sabe con qué propósito, el mayor Pipí

Trujillo, hermano del tirano y dirigente de las prostitutas. Pipí Trujillo estuvo mezclado hace algunos años en el asesinato de un hermano de nuestro compañero Feliú, crimen cometido por amigos suyos a quienes protegió.

Al amanecer el lunes 27 de junio fuimos informados que nos trasladarían ese día a la cárcel de la Fortaleza Ozama, en la capital de la república. Con fuerte custodia y a bordo de un camión militar, herméticamente cerrado, iniciamos el viaje al nuevo domicilio. Comenzaba para nosotros la verdadera prisión. Allí conoceríamos en todo su rigor el sistema carcelario del trujillato. Sería una triste y desagradable experiencia.



José Rolando Martínez Bonilla, sobreviviente de la Expedición de Luperón; tanto él como su familia fueron antitrujillistas. Murió en el año 2005.



Horacio Julio Ornes Coiscou, sobreviviente de la Expedición de Luperón, una de las tantas veces que fue llevado al Palacio de Justicia de Ciudad Nueva para ser interrogado.

## CAPÍTULO V

### La hora de los esbirros

*“Ningún pueblo ser libre merece  
Si es esclavo indolente y servil;  
Si en su pecho la llama no crece  
Que templó el heroísmo viril.  
Mas, Quisqueya la indómita y brava  
Siempre altiva la frente alzará;  
Que si fuere mil veces esclava  
Otras tantas ser libre sabrá”.*

Emilio Prud`homme,  
(Himno Nacional Dominicano)

La megalomanía de Trujillo es de tal magnitud que no se detiene ni ante la historia. La ciudad de Santo Domingo de Guzmán, capital de la República Dominicana, ha sufrido grandes transformaciones desde su fundación por Bartolomé Colón, entre ellas la del cambio de nombre que se hizo para halagar la vanidad desorbitada del déspota. Ahora es oficialmente Ciudad Trujillo. Un gigantesco obelisco, parecido al existente en la ciudad de Washington, se levantó a orillas del mar Caribe para conmemorar el desgraciado acontecimiento. Pero no obstante, los dominicanos continúan recordando que Santo Domingo es la cuna de la civilización hispánica en el Nuevo Mundo y esperan impacientes la caída del tirano para restituir su histórico nombre y dignidad a la ciudad que guarda los restos del Gran Almirante.

Al llegar a la Capital sentimos la emoción del retorno al lugar donde han pasado tantos buenos años de nuestras vidas. Evitando transitar por las calles más concurridas, el

camión tomó rumbo a la Fortaleza Ozama. En el trayecto vimos muchos lugares que nos trajeron gratos recuerdos. Después de pasar frente al nuevo Palacio Nacional, una de las ampulosas construcciones del trujillato, cruzamos por la hermosa avenida George Washington, a orillas del mar, hasta llegar a la histórica Torre del Homenaje, donde está instalada la cárcel pública de la capital.

El vehículo penetró en el patio de la Fortaleza y se detuvo a la puerta de la prisión. Inmediatamente fuimos introducidos a la oficina del Jefe de la cárcel, un energúmeno llamado Herrand, prototipo del despiadado y cruel verdugo creado por el régimen. Rápidamente se aglomeró en el lugar una gran cantidad de soldados a curiosear. Y comenzaron a llegar también altos oficiales del Ejército, entre ellos el coronel Pedro V. Trujillo Molina, otro de los hermanos del Chacal del Caribe, quien al vernos tuvo uno de los típicos arranques familiares.

—Bueno sería caerles a balazos a estos bandidos —dijo el pariente de Trujillo, acompañando sus palabras con el ademán de sacar su pistola de la funda.

Para hacer más sombrío el recibimiento, el capitán Herrand se despojó de la pistola y se arremangó la camisa, preparándose para officiar de verdugo y torturador.

Por suerte en ese momento se presentó el general José García Trujillo, sobrino del dictador y Jefe del Estado Mayor del Ejército, quien dijo algunas palabras al oído del capitán Herrand y éste inmediatamente depuso su belicosa actitud. Herrand es uno de esos hombres incultos que creen que la cobardía se oculta con una cara feroz. Y en verdad que tiene, el pobre diablo, una que mete miedo, al menos a los niños.

El capitán Herrand condujo personalmente a mis compañeros al interior del penal, dejándome para último. Cuando me tocó el turno fui conducido al camión que nos

trajo de Santiago. Como fardo me introdujeron en el interior del vehículo y al caer sufrí golpes y una cortadura en la mano derecha. Acompañado de un oficial y un soldado salimos del recinto militar. Eran las once de la mañana. Por buen rato estuve haciendo conjeturas sobre cuál sería la meta de aquel viaje, cosa que supe cuando el camión se detuvo frente a un moderno edificio que identifiqué como Palacio de Justicia.

Del camión fui llevado directamente a una oficina, en cuya puerta un letrado decía: "Juez de Instrucción de la Primera Circunscripción". Allí me estaba esperando el Juez, licenciado José Reyes Santiago, a quien conocía por ser natural de mi pueblo.

Con amabilidad me invitó a sentarme y pidió al oficial que me custodiaba que abandonara el despacho. A un lado del escritorio del Juez estaba un secretario, en disposición de tomar notas taquigráficas del interrogatorio. Este individuo sirvió para poco por su impreparación para el oficio. Era, además, afeminado y estaba nervioso. Y un afeminado nervioso es la cosa más risible que se puede uno imaginar.

El Juez dio comienzo al primer interrogatorio judicial, informándome que por auto de la Suprema Corte de Justicia se declinaba a su jurisdicción la instrucción del proceso. De acuerdo con las leyes penales dominicanas correspondía juzgarnos a los tribunales de la provincia de Puerto Plata, pero según el documento que me leyó el Juez, se transfería el procesamiento a los tribunales de la capital, entre otras cosas, alegando que "por motivo de la seguridad pública, en beneficio precisamente de los inculcados, y de la tranquilidad pública", se fundaba la declinatoria. La medida de la Suprema Corte no tenía otro objeto que permitir al Gobierno montar el juicio con toda pompa y darle la resonancia internacional que convenía a la política del régimen.

Por espacio de más de una hora estuve siendo interrogado por el Juez sobre identidad personal y detalles sin importancia del desembarco. El desarrollo de estas primeras indagaciones judiciales fue tedioso, pero me sentí a gusto fuera de la cárcel y sin ver los odiosos uniformes. En muchas ocasiones era necesario repetir las preguntas y respuestas porque el taquígrafo no captaba fielmente las palabras. Pasado el mediodía se suspendieron las diligencias y escoltado regresé a la Fortaleza Ozama.

Al llegar a la Torre del Homenaje el sargento Jiménez, encargado de las llaves de las celdas, me condujo a una muy amplia en el tercer piso y marcada con el número ocho. Me sorprendió no encontrar allí a los compañeros y mi mayor afán era saber su paradero. La comida que trajeron no la pude probar. Estaba servida en una lata indecente y sucia. Su aspecto daba asco y provocaba náuseas. Decidí no comer y me acosté en un camastro. Así pasaron las horas.

A eso de las cinco de la tarde vinieron a buscarme para conducirme a las oficinas de la Brigada estacionada en la Fortaleza. Allí estaban el general Héctor B. Trujillo Molina, Secretario de Estado de Guerra, Marina y Aviación, Comandante en Jefe del Ejército y actual Presidente títere; el teniente general Federico Fiallo, jefe del Estado Mayor de la Aviación, encargado de los servicios de investigaciones militares y actual Jefe de la policía Nacional, y otros oficiales de menor importancia. El general Trujillo me recibió con cortesías y me preguntó por mi salud y las condiciones de la celda. Aproveché para preguntarle por mis compañeros y le pedí nos pusieran en una misma celda. El general Negro Trujillo, como le dicen, preguntó si en Santiago estuvimos juntos, a lo que contesté afirmativamente, cosa cierta en parte, logrando la orden para que nos juntaran.

Mientras me encontraba con los altos jefes militares trujillistas trajeron a presencia de ellos al profesor Onofre

Marmolejos, quien se encontraba detenido. Marmolejos, obeso y manco, había sido mi maestro en la Escuela Normal. Me sorprendió verlo en aquel trance debido a intrigas políticas. El pobre hombre hizo que no me reconoció. Después de interrogarlo brevemente fue puesto en libertad, diciéndosele que lo hacían por órdenes del “Benefactor”.

Antes de regresar a mi celda, el general Trujillo me preguntó si había comido. Al decirle que no por la mala calidad del alimento, dio órdenes para que a todos nos sirvieran el rancho de los soldados, menos mala que la comida de los presos.

A los pocos minutos de regresar a la celda se presentó en ella el general Trujillo, seguido de su séquito de oficiales.

Vino a ver las condiciones de la celda y a los otros compañeros que en ese momento eran trasladados a la número ocho. Supimos que hacía cinco años el hermano predilecto del dictador no visitaba la Torre del Homenaje. Su visita nos benefició, pues obtuvimos la autorización para recibir ropas y alimentos de los familiares.

Al quedarnos solos celebramos una junta para examinar los acontecimientos. Era la primera vez que se presentaba la oportunidad de conversar ampliamente de lo pasado y del futuro. Esa misma tarde habían sido llevados al Palacio de Justicia los compañeros Martínez Bonilla y Arvelo. Al día siguiente lo fueron Feliú y Córdoba. Desde ese momento estuvimos en condiciones de defensa mejor. Nuestra actitud futura estuvo perfectamente coordinada, evitándonos así contratiempos. Una camaradería más fuerte y sincera, como nunca reinó antes, nació de aquellas circunstancias y juntos afrontamos y compartimos las penalidades, los sufrimientos y las esperanzas.

Esa noche nos suministraron colchones y mantas para los duros camastros de madera. Cada uno tomó posesión del suyo. El más díscolo en eso de las camas fue Feliú, quien

casi diariamente cambiaba de lugar, y el más fiel con la suya el doctor Arvelo que permaneció toda la temporada en una misma. Hicimos un inventario de los útiles de uso personal más necesarios y los solicitamos a los familiares. Lo más urgente eran cepillos de dientes, pues por espacio de más de quince días no supimos lo que era ese instrumento. También necesitábamos ropas. La que nos dieron en Santiago era de pésima calidad y apenas cabíamos en ella. Sólo los zapatos eran buenos. A los más altos del grupo como Arvelo, Martínez y yo, nos quedaban los pantalones en la rodilla. Aquella noche la pasamos bien a pesar del nerviosismo que causa un cambio de domicilio forzoso y a un barrio poco recomendable.

A las diez de la mañana del día siguiente mi hermano Germán Emilio, en presencia de Paulino Álvarez, me hizo una entrevista periodística para *"El Caribe"*. La conversación fue tomada taquigráficamente y publicada esa tarde en una extra, pero la versión fue alterada en algunas partes. Con esa publicación, Trujillo puso en práctica una de sus peculiaridades políticas consistente en enfrentar a dos miembros de una familia en bandos contrarios. Quizás ningún otro dictador ha manejado este aspecto de las relaciones familiares con menos escrúpulo que Trujillo. A pesar de la poca importancia de la entrevista, la misma fue reproducida en varios periódicos del exterior, entre ellos uno de Costa Rica que la tituló *"Ornes habla a Ornes"*.

A petición mía obtuvimos que se nos suministraran ejemplares de los periódicos dominicanos que publicaran informaciones directas sobre nosotros. Algunos ejemplares nos llegaron por las vías oficiales. No teníamos derecho de rectificar nada de lo publicado, ese derecho que asiste a todo hombre, aun estando preso, de defenderse de las acusaciones de la prensa, nos fue negado. Los periódicos dominicanos de aquellos días están repletos de artículos y

comentarios insultantes para los exiliados y para nosotros. Nadie pudo defenderse.

No está de más decir que en la Capital dominicana se editan dos periódicos diarios, ambos propiedad de Trujillo. Ellos son "*La Nación*" y "*El Caribe*" este último fundado con dinero de Trujillo por el mercenario periodista norteamericano Stanley Ross. Los periódicos publican única y exclusivamente las noticias nacionales y extranjeras que interesan al régimen. Todas las ediciones vienen con numerosos artículos de loas al tirano y su a familia. El nombre de Trujillo, con todos los títulos que se ha auto otorgado, aparece cientos de veces en una misma página. Con el mayor desparpajo e irresponsabilidad la prensa dominicana habla de democracia y libertades, cuando en la República Dominicana, desde la llegada de Trujillo al Poder hace un cuarto de siglo, desaparecieron esas grandes conquistas humanas. Si en alguna parte del mundo la libertad de expresión está amordazada, es en Santo Domingo. Allí el pensamiento humano está aplastado por la aplanadora del terror trujillista, superior en magnitud a cuantos sistemas parecidos han existido en América. Cualquier persona que desee darse cuenta del grado de control absoluto del tirano antillano, le bastará leerse un sólo ejemplar de cualquier periódico dominicano y le será fácil comprender el ambiente y las condiciones en que vive aquel pueblo, explotado física y espiritualmente. Y a pesar de eso, los periodistas dominicanos continúan concurriendo a las conferencias interamericanas de prensa, con la osadía de hablar de libertades y de códigos de ética. Así trata de engañar Trujillo a su pueblo y a la opinión pública extranjera.

Inmediatamente después de la entrevista de prensa tuve que enfrentarme en un interrogatorio al general Fiallo.

Federico Fiallo es uno de esos hombres sobresalientes en las dictaduras por su crueldad y falta de escrúpulos para

cometer los actos más depravados. Es un hombre, si así se le puede llamar, sin conciencia que sólo sirve a los intereses del amo, convirtiéndose en perro de presa, en verdugo y enemigo de la humanidad. Fiallo ha sido por muchos años director de los cuerpos de represión del régimen, y en esa criminal labor se ha destacado. Su perversidad es famosa y su cobardía reconocida. Mantiene el terror tanto en la población civil como en la militar, por lo cual es odiado en una y en otra con igual intensidad. Su carácter despótico y cruel lo hace un hombre temible. A pesar de su bondadosa apariencia personal, que engalana a simple vista, es un individuo que ha olvidado todos los preceptos morales para convertirse en un monstruo, exclusivamente al servicio de su maestro, Trujillo. El teniente general Fiallo dice que “no tiene familiares ni amigos, sólo a Trujillo”. Y este militar, cobarde por degeneración, fue el principal investigador a quien tuvimos que enfrentarnos. Su perseverancia, minuciosidad y perversidad lo hacen un enemigo peligroso y un averiguador persistente. Sería imposible hacer una reseña de los interrogatorios a que fuimos sometidos por Fiallo. Fueron tantos y tan prolongados que el tiempo transcurrido ha hecho olvidar detalles. Sin embargo, en su oportunidad haremos referencias a los más importantes.

En este primer interrogatorio Fiallo insistió en que otro avión, a más del “Catalina”, había volado sobre Luperón la noche del desembarco. Ese avión que voló no era nuestro, pero el Gobierno así lo creía. No satisfecho con mi negativa hubo de insistir en lo mismo con mis compañeros. Incluso llegó a mostrarnos un álbum de aviones para indicarnos cuál era el modelo que él sospechaba pertenecía al presidente Arévalo y el cual, según Fiallo, había volado sobre territorio dominicano. Era incomprensible el interés de Fiallo, en ese detalle sin importancia aparente, pero nunca dejé de indagar sobre ese mismo punto.

Antes de continuar adelante con el relato es conveniente aclarar lo del avión que tanto interesó al general Fiallo. En el primer momento el Gobierno trujillista creyó que ese avión era nuestro y, al propio tiempo, nosotros creíamos que era de Trujillo. El Gobierno dominicano llegó a decir que se trataba del avión personal del presidente guatemalteco, cuando el menos enterado sabía que el doctor Arévalo nunca tuvo un avión personal y menos un hidroavión tipo "Grumman". La realidad era muy distinta. La falsa versión trujillista tenía por objeto confundir la opinión pública y ocultar el nombre del intruso que, a sabiendas o no, se convirtió en su aliado, causando indirectamente la muerte de tres de nuestros compañeros.

El avión fantasma que voló sobre Luperón la noche de nuestro desembarco era norteamericano y operaba bajo las órdenes directas de la Embajada de los Estados Unidos en Haití. Su vuelo sobre el territorio dominicano, aquella noche del 19 de junio de 1949, no fue accidental sino más bien un caso típico de la intromisión yanqui en los asuntos internos de los países latinoamericanos. El FBI y los servicios de inteligencia militar, naval y aérea de Norteamérica, estaban muy interesados en los planes y movimientos contra Trujillo. No es de dudar que por conducto de funcionarios venales de los gobiernos amigos o de algunos de nuestros propios hombres consiguieran informaciones valiosas sobre la expedición. Ya antes de salir para tierra dominicana era claro que los espías norteamericanos seguían nuestros pasos con marcado interés.

En Guatemala, cuando embarcábamos las armas en Puerto Barrios, oficiales americanos dieron pruebas descaradas de su proceder. Miembros de la misión militar aérea de los Estados Unidos en Guatemala, acompañados de un oficial de la fuerza aérea guatemalteco que estaba enterado de nuestros planes, se encontraban pescando en aguas de

Puerto Barrios y dio la casualidad ¡qué casualidad! que desembarcaron por el mismo muelle, privado y apartado, por donde embarcábamos las armas. Uno de los gringos exclamó, admirado, “¡Oh, armas!”, y siguió su camino. El mayor Sardi, piloto guatemalteco, me hizo ver la posibilidad de que su colega fuera desleal porque sabiendo que ese día y a esa hora nos encontraríamos en operaciones de esa naturaleza, debió evitar el encuentro con nosotros. Pero hay una prueba más patente de la intervención norteamericana y del respaldo que ofrecen a las dictaduras. Cuando la expedición de Cayo Confites un enorme hidroavión yanqui, con base en Guantánamo, volaba diariamente sobre el islote tomando fotografías y películas que luego fueron entregadas a Trujillo. ¿Cómo justifica el Gobierno norteamericano que Trujillo poseyera aquellas vistas tomadas por sus soldados sobre territorio de otro país? Infinidad de preguntas como ésta habría que hacer y quedarían sin respuesta.

Como el general Fiallo es un tipo despreciable, tiene muchos enemigos personales dentro de las filas del Ejército y en el propio gobierno. Por ese motivo, para evitar intrigas que lo pusieran mal con Trujillo, siempre los interrogaba en presencia de otro oficial. Muy raras veces estuvo solo con nosotros. Esa desconfianza se notaba, en menor o mayor grado, en casi todos los funcionarios civiles o militares. Ni siquiera el carcelero gustaba de estar solo con nosotros en la celda.

Después de hablar conmigo, Fiallo interrogó a otros compañeros. Ese día no tuvimos incidencias desagradables, pero sabíamos que en cualquier momento podían surgir. Fiallo y los otros militares encargados de las investigaciones establecieron como norma no interpellarnos en conjunto sino separadamente, aunque hubo ocasiones en que sus preguntas estuvieron dirigidas al grupo. Esto, en cierto sentido, nos favoreció al permitirnos casi siempre

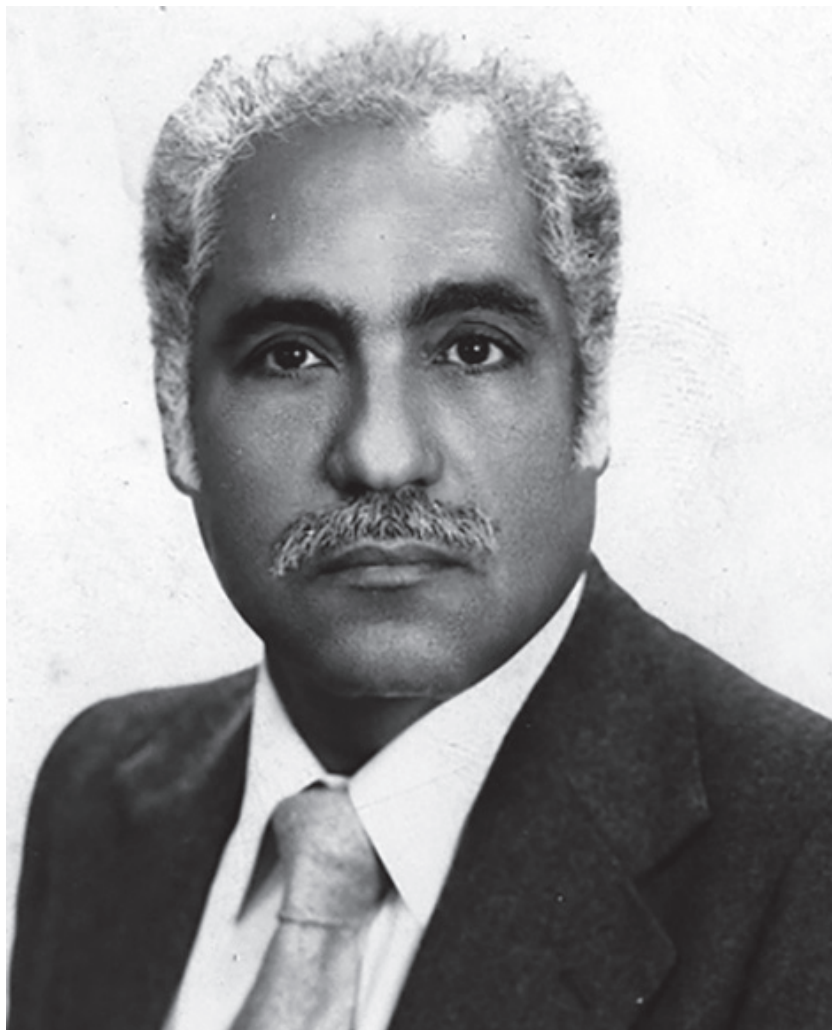
saber con anticipación el objetivo principal del interrogatorio. A quien tocaba el primer turno, por lo general a mí, afrontaba la situación más difícil, pero nuestro plan defensivo nos evitó muchos apuros. Puede decirse que logramos, por la acción conjunta, leal y sincera, guardar muchos secretos y evitarnos mayores disgustos.

El segundo día que pasamos en la cárcel de la capital recibimos los auxilios familiares. La comida, a partir de entonces, fue magnífica y suficiente para mantenernos sanos y fuertes.

A la mañana siguiente nos sacaron temprano de la celda para el primer baño en la Torre del Homenaje. En un mugroso cuarto situado en la planta baja habían instaladas tres duchas y otros tantos inodoros. Ese era el cuarto de baño, sin ninguna higiene, que usaban más de quinientos reclusos. Mientras estábamos en el baño, dije a los compañeros que al pasar frente a las celdas solitarias había visto a un joven haciendo señales ininteligibles. Nos pusimos de acuerdo para, al subir, tratar de identificarlo.

Efectivamente, al subir, vimos en celdas solitarias a tres hombres. Uno de ellos, el más próximo a la puerta de entrada al pasillo, quiso pasarnos un papelito, pero Arvelo no lo pudo coger por la estrecha vigilancia. No conocíamos a ninguno de aquellos hombres, pero sospechamos que fueran presos por delitos políticos. Tratamos de establecer conversación con ellos. El doctor Arvelo, siempre arriesgado en estos casos, inició las relaciones. Sólo uno contestó y expresó deseos de conversar. El nuevo amigo, un joven trigueño como de treinta años, dijo llamarse Máximo López y ser

estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo. Otro era Félix de la Oz, capitán de goletas, de Puerto Plata. Ambos estaban detenidos, acusados de actividades subversivas en relación con el desembarco en Luperón. Más adelante volveré a mencionarlos.



Máximo López Molina, posteriormente fue uno de los fundadores del Movimiento Popular Dominicano. Murió en el 2021, a los 96 años.

Aquella mañana, en las oficinas del penal, tuve una entrevista con el periodista norteamericano Jules Dubois, corresponsal viajero de *"The Chicago Tribune"*. Dubois fue el único publicista extranjero a quien se permitió entrevistarme. El recordó haberme conocido en los días de la guerra civil de Costa Rica. La breve entrevista se desarrolló en un ambiente de reservas mutuas por la presencia del jefe de la cárcel, ante quien hubiera sido indiscreto formular preguntas y dar respuestas comprometedoras. El corresponsal norteamericano se interesó por saber si habíamos sido torturados físicamente, pregunta formulada en voz baja aprovechando una distracción del militar trujillista. También se interesó por la suerte de sus compatriotas, los tripulantes del *"Catalina"*. Le informé que, a nuestro entender, mientras oficialmente no se comunicara otra cosa, ellos debían de estar con vida en los montes cercanos a Luperón. Le informé que Chewing, Marrot y Scruggs eran portadores de cheques por valor de casi dos mil dólares que les había entregado antes de iniciar el viaje. Hice esto con el propósito de que en caso de ellos morir o caer prisioneros las respectivas familias pudieran reclamar el dinero, porque de lo contrario quedaría en poder de Trujillo. El periodista captó mis intenciones y prometió hacer averiguaciones sobre sus compatriotas. Años después me encontré en México con Dubois y me dijo que la publicación de su entrevista conmigo había provocado que Trujillo no le permitiera más la entrada al país, al menos hasta ese momento.

Las entrevistas de prensa con reos de delitos políticos no se realizaron nunca antes en la República Dominicana bajo el régimen de Trujillo. Las dos primeras fueron las permitidas a los representantes de *"El Caribe"* y *"The Chicago Tribune"* conmigo. No sé si después de esas entrevistas se celebraron otras, pero lo dudo. Tampoco es frecuente la publicidad escandalosa que la prensa dominicana dio a los

sucesos de Luperón. Diariamente los periódicos informaban sobre el curso del proceso judicial y, en varias ocasiones, al igual que la radio, indicó el día y hora en que seríamos interrogados por el Juez de Instrucción. Esta insólita actitud gubernamental permitió que cientos de personas se reunieran a las entradas del Palacio de Justicia para vernos, a la vez que Trujillo, interesado en llamar la atención de la Organización de los Estados Americanos, revestía de sensacionalismo sus acusaciones contra Guatemala, Cuba y Costa Rica. La irresponsable y virulenta campaña propagandística del trujillato desplegada a todos los vientos en aquellos días, no tiene comparación con ninguna otra realizada antes. Con una constancia irritante, por la prensa y la radio, se lanzaron insultos provocadores contra gobernantes extranjeros y enemigos del régimen, a la par que se invitaba al pueblo dominicano a repudiar la democracia y apoyar incondicionalmente al Jefe, al “Generalísimo”, al déspota.

Pareja a esa labor de aparente consolidación interna de su régimen, Trujillo realizó gestiones internacionales para obtener que la Organización de los Estados Americanos investigara los orígenes de la expedición y condenara la participación de gobiernos extranjeros responsables de la misma. Pero, a pesar de las gestiones insistentes que realizó en Washington, una misión diplomática especial, enviada inmediatamente desembarcó en Luperón, no logró Trujillo que fuera acordada en el Palacio de la Unión Panamericana su solicitud. Trataron de llenar el vacío encontrado en los círculos diplomáticos interamericanos con la verbosidad publicitaria característica de las dictaduras para evitar inútilmente que el pueblo se informara del fracaso.

En medio de aquel ambiente de altanería trujillista e indiferencia internacional, se instruyó el proceso incoado contra nosotros. Dos días después del primer interrogatorio

tuvo efecto el segundo en el Palacio de Justicia, en forma anormal, ilegal podría decirse. El derecho penal dominicano establece que sólo el Juez de Instrucción y su secretario pueden participar en la elaboración del sumario, pero no obstante esa disposición, el Procurador General de la República participó activamente en las diligencias de instrucción. Eso no puede sorprender bajo la égida de un régimen que viola constantemente las leyes, incluso las promulgadas por el propio Trujillo.

En la oficina del Juez me encontré con el obeso Procurador General de la República, licenciado García Aybar, quien me trató con gentilezas. Pronto comprendí que el interrogatorio dirigido por él iba orientado a investigaciones más importantes. Esta vez el secretario fue más capaz. Evadiendo unas y declarándome ignorante de otras, pude sortear las preguntas difíciles. Inesperadamente me percaté de que los representantes de la justicia no estaban informados de los resultados de las investigaciones militares y que no deseaban interferir la labor de los hombres de uniforme. A muchas preguntas del Procurador General respondí que ya había informado lo que sabía de la misma a tal o cual general. Eso bastaba para que no se interesara más en la cuestión. En cambio, con los militares era distinto. No podíamos usar el mismo sistema a la inversa. Ahí tenemos una clara evidencia de que el poder civil en la República Dominicana está sometido incondicionalmente al poder armado. En nuestro caso el Poder Judicial no hizo más que llenar formulismos que dieran apariencia legal al juicio.

Desde el primer momento planteé al Juez nuestra opinión, de que era innecesario el juicio en vista de que hacía dos años habíamos sido condenados a la pena máxima por nuestra participación en la expedición de Cayo Confites. El Código Penal dominicano establece el principio del no cúmulo de penas, por lo cual no se puede condenar dos veces

a una misma persona sin antes haber cumplido la primera. En ese caso, según el criterio expuesto por mí, lo que debía hacerse era remitirnos a cumplir los treinta años de la condena anterior. El Juez se declaró incompetente para resolver ese aspecto jurídico. Luego el Procurador General explicó que ellos opinaban que el procedimiento a seguir era un nuevo juicio y que el Juez de Primera Instancia, al dictar sentencia, nos aplicaría la anterior. En resumen, la tesis jurídica oficial era que tenía que celebrarse el juicio porque los delitos, aunque iguales, habían producido distintas consecuencias. Salvo Córdoba, todos teníamos pendientes una condena al igual que otros doscientos compatriotas exiliados. Dicha sentencia establecía como indemnización al Estado Dominicano el pago solidario de la suma de trece millones doscientos cincuenta mil dólares, lo cual permitió a Trujillo incautarse de las propiedades y valores de los desterrados y disfrutar esos millones a su antojo. El general Rodríguez García perdió en esa forma su cuantiosa fortuna. No sé a cuánto ascendió el total de la recaudación por ese concepto, pero es de suponerse que a varios millones de dólares que el dictador empleó en aumentar su tesoro personal y modernizar sus fuerzas armadas.

A los seis días de estar en la Torre del Homenaje se nos fotografió frente a las armas incautadas por el Gobierno en Luperón, entre las cuales se encontraba mi pistola, la misma que portaba Gugú Henríquez cuando él y Calderón escaparon. Esto nos produjo el choque emocional más doloroso en vista de la evidencia muda pero contundente de que los dos queridos compañeros habían caído en poder de sus perseguidores. Las posibilidades de que estuvieran con vida eran remotas.

Ese mismo día comparecí nuevamente ante el Procurador General. A las primeras palabras comprendí que pronto sabría lo sucedido a Henríquez, Calderón, Selva y los tres

norteamericanos. El funcionario comenzó preguntándome cómo iban vestidos Henríquez y Calderón la última vez que los vi, para terminar diciéndome que habían muerto en un encuentro con el Ejército. Me informó también que igual suerte habían tenido el nicaragüense y los norteamericanos. Pasó entonces, con una frialdad absoluta y cruel, a mostrarme las fotografías de los cadáveres de cuatro compañeros carbonizados en el "Catalina" El objeto era identificar los cuerpos desfigurados de Kunhardt, Reyes, Ramírez y Leitón, a los cuales se les arrancó las dentaduras para evitar, precisamente, su identificación. Al contemplar por breves instantes aquellas fotografías las lágrimas estuvieron a punto de saltar a mis ojos indignado por la barbaridad trujillista. A ninguno pude identificar. El macabro espectáculo presentado por las fotografías me hizo perder la serenidad momentáneamente. El Procurador, al comprender mi estado emocional, suspendió la entrevista y me hizo regresar a la cárcel, quizás para evitar que la ira que me conmovió tuviera manifestación exterior desagradable.

Al reunirme con mis compañeros les comuniqué la triste noticia de la muerte de nuestros camaradas. Así había terminado el drama escenificado en Luperón. Un drama muy humano y real. El permanente drama de los pueblos y los hombres que luchan por no ser esclavos. El drama milenario de la humanidad.

Las muertes de Henríquez, Selva, Calderón y los tres norteamericanos causó en mi ánimo una profunda impresión. Me convencí del poco valor que tiene la palabra de un hombre como Trujillo. En la entrevista de Santiago, al hablar de los compañeros prófugos, le pedí al tirano que no los matara porque estaban indefensos. Trujillo prometió que nada les sucedería, a la vez que dio a entender que los soldados tenían órdenes de hacerlos prisioneros. Pero esa promesa del tirano era una infamia porque, según informes

posteriores que obtuvimos, en aquel momento había ordenado a sus esbirros de que los restantes miembros de la expedición fueran pasados por las armas. A Trujillo le bastaba con tener cinco prisioneros. Así fue como al caer prisioneros, los ejecutaron por órdenes expresas del Chacal del Caribe.

El 19 de julio, exactamente un mes después del desembarco en Luperón, se produjo en Guatemala un levantamiento militar contra el gobierno del presidente Arévalo. Aquella crisis sangrienta provocada por las ambiciones del coronel Francisco J. Arana, quien se había aliado con Trujillo para destruir la democracia en su país, le costó la vida al traidor de la revolución guatemalteca. El importante suceso hubiera pasado desapercibido para nosotros, sometidos a un aislamiento total, si Trujillo ocultara sus deseos de ayuda a los aranistas. Cuando el gobierno dominicano recibió las primeras noticias del levantamiento en Guatemala el general Fiallo vino a interrogarme. Me comunicó la situación de aquel país y se interesó por saber cuál era mi opinión sobre el resultado final de la insurrección. Le expresé que el presidente Arévalo contaba con el respaldo de la gran mayoría del pueblo, especialmente de los obreros organizados, y que, si además de eso el Ministro de la Defensa, teniente coronel Jacobo Árbenz, permanecía leal al gobierno, no cabía ninguna duda de que los facciosos serían dominados. El general Fiallo indagó sobre las defensas militares del Palacio de Gobierno de la ciudad de Guatemala. Le dije que en situación normal estaba bien protegido y que era de suponerse que en caso de emergencia lo estaría mejor.

—¿Posee el Palacio defensa antiaérea adecuada? —preguntó el Jefe de la Aviación trujillista.

—Sí, tiene muchos y muy buenos cañones y ametralladoras antiaéreas —fue mi respuesta.

Evidentemente, Trujillo pensó hacer un bombardeo aéreo al palacio donde se encontraba atrincherado, en actitud valiente, el presidente guatemalteco. Para eso contaba con una superfortaleza volante capaz de cubrir la distancia entre la República Dominicana y Guatemala, posiblemente, y regresar a su base sin escalas. Por suerte, los sublevados contra la democracia no pudieron, por carecer del indispensable respaldo popular, prolongar por mucho tiempo la revuelta, dejando a Trujillo con los deseos de bombardear a su ilustre enemigo.

Por esos mismos días, el general Fiallo me mostró una fotografía que la policía hondureña había quitado a un exiliado de aquel país a su regreso a Tegucigalpa. En la fotografía, tomada a un grupo de hondureños en una reunión social en Costa Rica, figuraban posiblemente dominicanos, y Trujillo estaba interesado en identificarlos. Sin lugar a dudas los gobiernos dominicano y hondureño trabajaban conjuntamente, proporcionándose mutuas informaciones con el propósito de defender sus respectivos regímenes dictatoriales. Trujillo ha logrado la unificación de los déspotas del Caribe para la defensa común, creando una red de espionaje extendida por toda América.

Cada día la presión trujillista aumentaba sobre nosotros. El Servicio de Inteligencia Militar continuaba sistemáticamente sus investigaciones en forma exhaustiva. Una mañana, inesperadamente, fui llevado a presencia del Secretario de la Guerra para ser interrogado sobre la procedencia de una carta aparecida en el bolsillo de un pantalón en los escombros del "Catalina". La carta, despachada por correo de Santo Domingo a San Juan, Puerto Rico, estaba escrita a mano. Leyéndola normalmente parecía inofensiva, pero si se estudiaba cuidadosamente se apreciaba bajo la escritura visible otra secreta, con tinta invisible. El contenido era un informe de los movimientos militares trujillistas enviado

por el Frente Interno a la dirección de la expedición en el extranjero. El general Trujillo poseía una copia fotostática gigante, de algo más de un metro, en la cual se podía leer claramente el mensaje secreto. La ampliación fue hecha en Puerto Rico por encargo del Gobierno dominicano.

El problema presentado por la carta era difícil. Revelar quién había escrito y despachado el mensaje era poner en grave peligro, no una, sino muchas vidas. A como dio lugar mantuvimos el secreto. En todo momento negué conocer la procedencia de la carta, admitiendo tener conocimiento de su contenido, cosa cierta y que como jefe del grupo expedicionario no podía negar. Negué también conocer la organización del Frente Interno. Pero el hermano del déspota y sus acompañantes, que eran el doctor Manuel Robiou, concuño de Trujillo y ex-Secretario de Sanidad, y los generales Fiallo y Leyba Pou, no se convencieron de mi ignorancia en el asunto, tornándose la situación peligrosísima.

Ante mi rotunda negativa alguno de ellos insinuó que quizás otro de mis compañeros pudiera dar noticias de la carta. Según ellos la carta había sido traída por un miembro de la expedición y ése debía saber su origen. Con ese objeto nos trasladamos a la cárcel y los generales Fiallo y Caamaño y el doctor Robiou interrogaron al doctor Arvelo, Feliú, Martínez y Córdoba. Inicialmente todos ignoraron el contenido y la procedencia de la epístola. Pero la negativa no convenció a los esbirros, quienes mostraban impaciencia y vehemencia en descubrir a nuestros informadores del Frente Interno. La situación era comprometida. Pero la mente humana trabaja aceleradamente cuando se enfrenta a problemas que amenazan la vida. El doctor Arvelo hizo el quite como los toreros. Dijo, después de meditar bien su coartada, que la carta había venido en un pantalón del ingeniero Kunhardt, quien en las últimas semanas fungió como

secretario del general Rodríguez y era el encargado de descifrar los mensajes.

La información del doctor Arvelo era, desde luego, falsa, pero sirvió para convencer a los generales trujillistas. Por esa hábil maniobra dimos una feliz solución a una de las más críticas situaciones que se nos presentaron.

Conjuntamente con las investigaciones de carácter militar continuaron las judiciales, dirigidas por el Procurador General de la República. El Juez de Instrucción, una vez terminada su labor, la cual consta en tres grandes libros, endosó el proceso al Procurador Fiscal, quien a su vez nos notificó la providencia calificativa. Se nos acusaba de:

- a) El crimen de atentado contra la seguridad del Estado dominicano;
- b) El crimen de atentado con el objeto de excitar a los ciudadanos y habitantes a armarse contra la autoridad legalmente constituida;
- c) El crimen de introducir ilegalmente al país, poseer y portar armas de fuego, de las que están consideradas de guerra;
- d) El delito de ofensa pública al Jefe del Estado;
- e) El delito de difamación e injuria pública dirigidas contra el Jefe del Estado; por medio de escrito;
- f) El delito de ultraje a los Magistrados del orden judicial por medio de escrito;
- g) El delito de difamación a los depositarios o agentes de la autoridad pública, es decir, a los miembros del Ejército y de la Policía nacionales;
- h) El delito de herida voluntaria inferida en la persona del señor Emilio del Rosario que, según certificación Médico Legal que obra en el expediente, curaría después de diez días y antes de veinte, imposibilitándole para dedicarse a sus trabajos habituales durante trece días.

Además de los cargos mencionados anteriormente para todos, estaban dos acusaciones más contra Córdoba y el que escribe. Al compañero nicaragüense se le acusaba de violar la Ley de Inmigración, por haber entrado al país sin cumplir los requisitos a que estaba obligado en su condición de extranjero.

A mí se me acusaba, también, del crimen de haberme “puesto a la cabeza, como Jefe de Operaciones de la banda armada que intentó invadir el territorio dominicano etc., crimen previsto y sancionado por el artículo 96 del Código Penal con treinta años de trabajos forzados.

Después de la notificación fiscal, se procedió al nombramiento del abogado defensor. Para tal efecto fuimos conducidos ante el Juez de Primera Instancia que conocería el proceso, doctor Homero Henríquez. A pesar de las insistentes insinuaciones para que nombráramos un abogado amigo o familiar, decidimos que fuera designado el Abogado de Oficio correspondiente, por lo cual se constituyó en defensor forzoso el licenciado Eurípides Roques Román.

La farsa judicial, que la venal prensa dominicana consideró, “el juicio más importante y trascendental del año 1949 y tal vez de nuestra historia judicial”, estaba preparada para su representación. El telón se levantaría el 8 de agosto de 1949.

## CAPÍTULO VI

### Verdugos con togas

*“Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. En cualquier momento que se sienta abrumado por el gobierno existente, el pueblo puede ejercer su derecho constitucional de enmienda, o su derecho revolucionario a desmembrar o derribar el gobierno”.*

Abraham Lincoln,  
Presidente de los  
Estados Unidos de América

Previamente a la celebración del juicio fuimos presentados al abogado defensor en las oficinas del Fiscal. El licenciado Roques Román presentó su plan de defensa muy poco convincente. Su criterio fue que seríamos condenados, sin lugar a dudas, a treinta años de trabajos públicos, pena máxima que establece el Código Penal dominicano. Fundamentó el jurisconsulto su tesis en la evidencia de los hechos y las abrumadoras pruebas que presentaría el gobierno. Sin embargo, expresó el deseo de hacer la defensa en busca del descargo de algunos de los delitos que nos imputaban, tales como el de ofensa, difamación e injurias al Jefe del Estado.

El defensor perseguía, por instrucciones superiores, que nuestro Manifiesto al Pueblo no apareciera en el juicio para no herir la sensibilidad del tirano. Eso significaba privarnos de nuestra mejor defensa, pues sólo convirtiéndonos en acusadores de los desmanes del régimen, de su violación a las leyes, a la Constitución y a la vida humana podíamos

justificar nuestra actitud. Expresamos al licenciado Roques Román nuestro punto de vista, dejándolo en libertad de hacer la pantomima de la defensa como quisiera, pero advirtiéndole que, nosotros mismos, en los casos necesarios, haríamos la defensa en el sentido que más conviniera a nuestros intereses.

El día fijado para comparecer ante la justicia trujillista fuimos transportados en un camión especial que el humorismo popular ha dado en llamar “perrera”. Al llegar al Palacio de Justicia estaban varios soldados introduciendo en el edificio las armas incautadas en Luperón. Cientos de personas presenciaban asombradas aquella operación de Trujillo. Nuestra presencia hizo más dramático el momento. El desembarco en Luperón seguía teniendo, dos meses después, trascendencia y espectacularidad. Según “*El Caribe*”, se estableció un récord de asistencia al Palacio de Justicia. El mismo periódico informó: “El público, que se remolinaba en los pasillos y se apiñaba a la puerta de entrada del salón, fue presa de gran nerviosismo. Nadie quería quedarse fuera. El empuje pudo haber degenerado en tumulto a no ser por la intervención de las autoridades policiales que racionaron la entrada, dando preferencia a las damas”. La prensa trujillista concedió extraordinaria publicidad al juicio en amplias informaciones en extremo detalladas. Veamos algunos párrafos. “Poco antes de comenzar el juicio llegaron los procesados, que desfilaron por el medio de las apretujadas filas de espectadores, que trataron de seguirlos e introducirse de inmediato en la sala de audiencia, lo que fue impedido por las autoridades. Los acusados no mostraron impaciencia ni emoción, más bien aparentaban tranquilidad y gran dominio”. “Dentro de la sala —dijo “*El Caribe*”—, la atención se concentraba en las armas y en los procesados, cuyos más mínimos movimientos eran sorprendidos y luego comentados entre dientes”.

Por su parte, *“La Nación”* decía: “Un público numeroso había invadido el Palacio de Justicia antes ya de las nueve de la mañana, hora fijada para el comienzo de la vista. Este público llegó a ser tan numeroso que durante la audiencia de la mañana hacía imposible circular por el pasillo de la planta baja. Rodeó la sala de audiencias y se agolpaba en las ventanas para presenciar los incidentes de la vista y hasta desde la segunda planta y subido al barandal del claustro de la planta baja pretendían otear cuanto adentro de la sala acontecía”. Un corresponsal extranjero relató que “con las cabezas en alto, salientes los pechos, como en una marcha triunfal, estos hombres pasaron, junto a la multitud, que los observaba con la boca abierta y entraron en una sala”. Trujillo no sospechó ese interés popular que se produjo a pesar de saberse que aquello era una grotesca farsa judicial. La expectación era grande por conocer detalles de la gran aventura.

En la sala de audiencia, muy cerca de los estrados, fueron colocadas dos mesas para los periodistas.

La primera fila de butacas fue reservada para los miembros del Cuerpo Diplomático, pero sólo el Embajador de Francia asistió el primer día.

Luciendo togas y birretes negros, a las nueve y quince horas, entraron solemnemente en la sala de audiencias el Juez, el Fiscal y el abogado defensor. Inmediatamente después, el secretario del Tribunal nos tomó el juramento de rigor, las huellas digitales y las declaraciones de identidad, procediendo luego a leer la Providencia Calificativa, terminado lo cual el Fiscal presentó sus acusaciones. Al concluir esta primera parte del juicio fueron nombrados los testigos de cargo. La defensa, no presentó ninguno.

Los primeros testigos en ser llamados a comparecer ante el Tribunal fueron algunos de los miembros de la tripulación del guardacostas que destruyó el “Catalina”. El

alférez Armando Díaz y Díaz, Capitán del guardacostas No 9; los marinos Luis María Duvergé, artillero; Nicolás Burgos Bonilla y Paulino Arias Acevedo, radiotelegrafistas, declararon cómo, cuándo y dónde se enteraron del desembarco, y dieron a conocer las órdenes recibidas por ese motivo. En todas sus declaraciones hicieron esfuerzos para justificar la destrucción del indefenso hidroavión incurriendo en contradicciones y falsedades que el abogado defensor y nosotros directamente tuvimos que refutar y señalar al Tribunal.

Lo más interesante de las declaraciones de los marinos trujillistas fue la revelación de las órdenes recibidas por ellos de las autoridades superiores, las cuales no fueron giradas solamente a las fuerzas navales sino también a las militares que avanzaron por tierra sobre Luperón. Esas órdenes precisas, emanadas directamente de Trujillo, quien con tal de sostenerse en el Poder que usurpa es capaz de emular hasta a Atila, obligaban a las fuerzas armadas dominicanas a la destrucción total de cuanto fuera obstáculo en su avance y no detenerse ante nada ni nadie.

Entre los testigos militares se destacó el raso Leopoldo Puente Rodríguez, condecorado y ascendido a subteniente, presentado por los propagandistas gubernamentales como el héroe de la jornada de Luperón. Cuando el desembarco, Puente Rodríguez se encontraba en el poblado como encargado de la instrucción militar del Servicio Obligatorio. Parapetado en la cocina de una casa disparó una vez hiriendo a Leitón. Esa fue su hazaña. En el juicio tratamos con buen éxito de destruir la inmerecida aureola que Trujillo creó alrededor del falso héroe. Con preguntas sutiles logramos que el propio soldado confesara que estuvo oculto hasta que "algunas personas me dijeron que ya los sediciosos se habían ido del muelle". El régimen y su esbirro quedaron en el mayor ridículo ante la opinión pública dominicana.

El teniente Ricardo Camaño Tejada relató con el mayor desparpajo, de acuerdo con la conveniencia del régimen y faltando a la verdad, el supuesto encuentro en el que perdieron la vida Chewing, Scruggs, Marrot y Selva. Según su versión localizó a cuatro revolucionarios y les dio el alto, pero no obstante los “cuatro hicieron fuego contra la patrulla. Enseguida abrimos fuego y se trabó un combate corto en el cual todos ellos murieron” Así, simplemente, hizo el fantástico cuento de como asesinó a hombres que depusieron las armas. Como entonces no teníamos la versión verídica sobre la forma de la muerte de esos compañeros nos abstuimos de hacer objeciones a las declaraciones del teniente Caamaño. Pero la verdad es muy distinta a su relato. Esos hombres fueron asesinados bestialmente después de rendirse. Las órdenes de Trujillo fueron en el sentido de liquidar a todo extranjero, especialmente si eran norteamericanos. Si Córdoba logró salvarse fue porque cayó prisionero junto a cuatro dominicanos antes de esas instrucciones y porque su verdadera identidad no fue conocida por los trujillistas en el primer momento.

Al terminar de testificar el teniente Caamaño, el Juez, siendo las doce y media horas, declaró un receso hasta las tres de la tarde. Fuertemente custodiados fuimos, nuevamente conducidos a la Fortaleza Ozama donde almorzamos y esperamos el momento de regresar al Palacio de Justicia.

El siguiente en declarar fue el soldado Ramón Castillo Durán, miembro de la patrulla que nos apresó. Relató a su manera las peripecias de la captura y dijo haber participado, un día después, en la muerte de los norteamericanos y de Selva. En lo que se refería a nuestro apresamiento, el compañero doctor Arvelo tuvo que rectificar al militar y advertir al tribunal que a más de los militares habían participado en nuestra captura no menos de cincuenta supuestos campesinos. Esta declaración evidenció que el Gobierno

distribuyó en la zona de Luperón con anterioridad al desembarco, un buen número de, soldados con indumentaria campesina. Los comentarios del público presente motivaron que el Juez pidiera silencio con el timbre usado en las audiencias.

Una vez restablecido el orden en la sala, fueron llamados a declarar sucesivamente los soldados Cástulo Contre-ras Eusebio, Pedro Antonio Marte Rodríguez y Alejandro Pereyra Alcántara, quienes formaron parte de la patrulla comandada por el teniente Caamaño. Lo único interesante que agregaron fue que las órdenes eran de “no hacer fuego, a matar por supuesto, sino de que los capturásemos vivos”. Está claro que los planes de Trujillo consistían en tener prisioneros como testigos vivientes en sus acusaciones internacionales. Después las órdenes fueron en el sentido de liquidar a los restantes miembros de la expedición.

Con las tres personas mencionadas anteriormente terminaron de comparecer los testigos militares participantes de los acontecimientos de Luperón. Correspondió el primer turno de los civiles a un campesino llamado Ángel Rivera, quien reveló ante el Tribunal que él tuvo la ingrata misión de informar a las fuerzas trujillistas la presencia de Selva y los norteamericanos y el rumbo que siguieron. Rivero sirvió de guía a los soldados y, por equivocación muy reveladora, que se apresuró a rectificar inmediatamente, dijo que los cuatro hombres fueron conducidos prisioneros a Luperón. Luego hizo un relato del supuesto combate en el cual perdieron la vida nuestros compañeros, agregando finalmente como gran cosa que un hijo suyo había sido herido en “un dedo”.

Francisco Paulino Fernández nada dijo de interés en su declaración. Ramón Antonio Mota, a petición del Fiscal, depositó el arma que portaba antes de juramentarse. Este testigo fue el más mentiroso de todos en su afán de pasar

como el héroe civil de la resistencia trujillista, pero fueron tantas sus contradicciones que hizo el ridículo.

Después vinieron las deposiciones de Carlos Alberto Álvarez y Juan de Jesús Mercado, quienes estuvieron discretos y ajustados a la verdad de los hechos por ellos conocidos. Ambos fueron de los forzados para el desembarco del material de guerra.

A la seis de la tarde el Juez suspendió la audiencia para reanudarla a las ocho de la noche. El apresuramiento con que se llevaban los trabajos demostraba el interés del gobierno en terminar con el juicio lo más pronto posible para evitar los comentarios populares y la emoción que el mismo estaba produciendo en las masas.

Durante la tercera jornada del proceso “el ánimo de los acusados —dijo la prensa local— no decayó ni por un solo momento, no obstante que el calor reinante en la sala era insoportable. En ocasiones se sonreían ante las informaciones de algunos testigos y se mostraron disconformes con muchos testimonios, pero no hicieron observaciones, que señalaron dejaban a su defensor para el momento oportuno”.

Los testigos que depusieron en la sesión de la noche fueron Ramón Licinio Vargas, Juana Cueto, Altagracia Tamariz, Desiderio Lora y Ramón Vargas Hernández. Con éstos eran veinte los testigos que habían desfilado ante el Tribunal.

Las dos únicas mujeres que participaron en el proceso como testigos tuvieron actuaciones muy diferentes. Altagracia Tamariz, dueña del hotelucho de Luperón, produjo unas declaraciones brevísimas con voz entrecortada por la emoción. Por su parte, la Cueto tuvo un comportamiento de ramera. Fue también muy breve porque el Juez se vio precisado a callarla en vista del lenguaje empleado. Ella, creyendo fastidiarnos, comenzó diciendo que nosotros al

llegar dijimos: “Venimos a derrocar a ese mierda de Trujillo”. El Juez, sorprendido y horrorizado ante semejante blasfemia contra el “Benefactor”, suspendió al acto la comparecencia de la Cueto. Aproveché para expresar al Juez que lamentaba tan finas palabras en boca de una señorita. En cambio, con los hombres no hubo ninguna novedad siendo declaraciones discretas.

Sentimos un gran alivio físico y espiritual cuando el juez suspendió los trabajos para reanudarlos al día siguiente por la mañana. Por tercera vez en el día regresamos a la Torre del Homenaje y antes de dormirnos comentamos las incidencias del proceso, poniéndonos de acuerdo para cuando nos llegara nuestro turno de declarar.

Al igual que la mañana anterior, mucho antes de la hora indicada para reanudar los trabajos, la sala de audiencias y los pasillos del Palacio de Justicia estaban repletos de público ansioso de seguir el curso del proceso. El interés no había decaído y la muchedumbre, integrada por personas de todas las clases sociales y mujeres en número apreciable, era aún mayor que el primer día.

El primer testigo de la segunda etapa fue Napoleón Sibilía, mecánico encargado de la planta eléctrica de Lupe-rón y el hombre que había apagado las luces del poblado la noche del desembarco. Sibilía se extendió en explicar a su manera los acontecimientos, pero ni con mentiras logró destacar más de lo que le correspondía. Luego siguieron Cueto Peña, Luis María Morrobel y Emilio del Rosario. Todos hicieron relatos similares a los anteriores, con la única novedad de que Emilio del Rosario dijo haber sido herido por una granada. Efectivamente fue así. Siendo del Rosario músico se encontraba en el momento del desembarco ejecutando una retreta en el parque con la banda municipal de música. Cuando las luces se apagaron uno de los nuestros les lanzó una granada a los músicos creyendo que

sus instrumentos eran armas. Parece que Del Rosario sufrió una fuerte conmoción a resultas del estallido de la granada. Antes de comparecer al Tribunal, el abogado defensor pidió que nos abstuviéramos de pedir rectificaciones en vista del estado nervioso del testigo. Estaba medio loco.

Al reanudarse las labores, después de un receso de quince minutos, se presentó a testificar Félix Rivera, agricultor, casado, trigüeño, de 19 años de edad, cuya declaración produjo hilaridad hasta el Juez. Este joven, hijo del anterior testigo de igual apellido, era de un aspecto estúpido que provocó risas. Sin embargo, se veía ostensiblemente que quería comprometerse o, posiblemente, no sabía mayor cosa y fue llevado allí quien sabe por qué motivos.

“Estando yo acostado en mi casa —dijo Félix Rivera— sin saber de dónde venía, entró una bala en el seto y me hirió en la mano derecha de tal modo que me ha dejado un dedo (índice) sin poder moverlo. En ese momento me llamó papá y me dijo: ¿Félix, usted no se ha levantado todavía? Yo le contesté: Aquí estoy; pero me han herido.” Luego agregó: “Mi papá me llevó a Luperón y después a curar a Puerto Plata. Eso es todo lo que sé”. Rivera demostraba en sus gestos y rostro un terror espantoso y no fue posible que dijera una palabra más sobre lo sucedido en Luperón.

Para finalizar con el largo y muchas veces tedioso desfile de testigos, declaró brevemente el capitán Eurípides Peralta, encargado del material de guerra del Ejército, quien reconoció como las armas capturadas en Luperón las que se encontraban en exhibición en la sala de audiencias.

A petición del Fiscal fue leída la declaración del cabo de la Policía, Rafael Jáquez Rivera, herido durante el desembarco. Jáquez, obedeciendo la consigna de sus superiores, declaró por escrito, al estar imposibilitado de asistir personalmente ante el Tribunal, que fue herido por expedicionarios que no hablaban español. Era una falsa maniobra oficial para cubrirse en parte de la muerte de los norteamericanos o por lo menos un pretexto para justificar su ejecución ilegal.

Inmediatamente después de terminadas las declaraciones de los testigos, el juez anunció que procedería a oír a los acusados. El primer turno correspondió a quien esto escribe. *"La Nación"* informó sobre mi deposición diciendo; "Ornes Coiscou habló en tono normal de voz, con serenidad, con puntualidad en los detalles y con precisión. No vaciló y solamente se reservó la contestación de una pregunta. La referente a sus ideas políticas. No hubo elevaciones de tono ni alteraciones en la voz. Con frecuencia se frotó las manos o secó el sudor con el pañuelo. Declaró serio. Únicamente se sonrió cuando el Fiscal le preguntó si los presidentes de Guatemala y Cuba conocían que la expedición revolucionaria tenía por objeto derrocar al presidente Trujillo". Por su parte, *"El Caribe"*, dijo que declaré que mi "intención era derribar el actual gobierno para cambiarlo por uno de factura más democrática, de acuerdo con sus ideas políticas, las que se negó a exponer por considerar que tales asuntos no venían al caso".

Mis declaraciones ante el Tribunal, al igual que las de mis compañeros, carecieron de sensacionalismo, por ser tema público y generalmente conocido, pero no de interés político. El Juez hizo preguntas sobre el desembarco que contesté con apego a la verdad, pero cuando quiso salirse de los hechos e indagar sobre el tema internacional me vi obligado a eludir alusiones directas para evitar

la revelación de compromisos con personajes o gobiernos extranjeros. Por ser este relato una fiel exposición de los acontecimientos ocurridos en Luperón, no es necesario insistir sobre ese tema, limitándome a informar sobre las cuestiones de carácter externo tratados por el Juez en el curso del interrogatorio.

El Juez me preguntó si el presidente de Costa Rica, José Figueres, había propiciado la expedición de Luperón, en vista de la ayuda recibida de mí y otros revolucionarios dominicanos y del Caribe. Mi respuesta, muy cautelosa, fue de que el presidente Figueres, quien efectivamente estaba moralmente comprometido con nosotros en reciprocidad a la ayuda recibida por él cuando la guerra civil costarricense de 1948, no estaba en conocimiento de nuestros planes de invasión al suelo dominicano y que su ayuda, muy escasa y tardía, había consistido exclusivamente en la devolución del material bélico recibido en aquella ocasión y que era de nuestra propiedad. A pregunta del Juez, respondí que hacía más de seis meses que no veía al presidente Figueres ni tenía con él ninguna relación. Agregué, además, que la actitud del presidente costarricense frente a la situación política dominicana era clara desde el momento en que su gobierno había suspendido las relaciones diplomáticas con la República Dominicana.

El momento más crítico del interrogatorio fue cuando el Juez indagó la participación del gobierno de Guatemala. Era incontrovertible y público, como ya he informado antes, lo referente al punto de partida de la expedición localizado en territorio guatemalteco. Eso, sin embargo, no podía constituir evidencia para señalar al gobierno de aquel país, dándonos ayuda oficial. Categóricamente respondí que la ayuda y cooperación que recibimos en Guatemala fue en forma oficiosa debido a que, en aquel país, recién liberado de una serie de sangrientas tiranías, tenía buenos amigos que

sentían como en carne propia la tragedia dominicana. Admití que entre esos buenos amigos guatemaltecos estaba en primer término el presidente Arévalo, a quien secundaban en sus simpatías por los dominicanos muchos destacados políticos y militares revolucionarios de Guatemala.

En lo referente a Cuba me declaré ignorante de cualquier supuesto compromiso o ayuda, señalando que las simpatías del pueblo y gobierno cubanos eran y habían sido propicias al establecimiento de la democracia en Santo Domingo.

Inmediatamente después de terminada mi declaración, y siendo pasadas las doce del día, el Juez declaró un receso hasta las tres de la tarde cuando serían oídos los testimonios de Martínez, Arvelo, Feliú y Córdoba.

En la tarde, al reanudarse la audiencia, fui requerido por el Juez para que declarara si las armas que estaban depositadas en la sala eran las mismas desembarcadas en Luperón. “Es parte de las armas”, fue mi contestación.

Las declaraciones de Martínez Bonilla, al igual que las mías, versaron principalmente sobre detalles de las peripecias del desembarco, pero el juez insistió en tratar la cuestión internacional. Martínez Bonilla declaró que había residido en Costa Rica después de la revolución que llevó al poder a Figueres, y admitió que parte de las armas usadas en la expedición eran las mismas que los dominicanos prestaron al Jefe costarricense y que éste luego devolvió. Al preguntársele si esas armas habían sido las mismas de Cayo Confites, lo confirmó, agregando que tenía entendido que el presidente de Cuba, Grau San Martín, las había devuelto a los dominicanos unos meses después del fracaso de aquella intentona. Dijo no conocer ninguna ayuda oficial de Guatemala y corroboró lo dicho por mí en ese sentido, declarándose ignorante de los nombres de los revolucionarios guatemaltecos relacionados con los dirigentes del movimiento. Igual cosa hizo en lo referente a Cuba. A una

pregunta un tanto extraña del abogado defensor, Martínez Bonilla contestó que “nunca estuvo en contacto con gobiernos o agentes extranjeros”, agregando que no creía “que los gobiernos amigos de los exiliados dominicanos tuvieran ningún interés de conquista en la República Dominicana”.

El doctor Arvelo Delgado, hablando pausadamente, relató la forma en que decidió formar parte de la expedición, refiriéndose brevemente al desembarco. De Costa Rica nada dijo por desconocer los acontecimientos que se habían desarrollado en aquel país y el tipo de relaciones de los dirigentes del movimiento dominicano con el presidente Figueres. Sobre Guatemala lo mismo. Fue más extenso en lo referente a Cuba, país donde residía y donde, según expresó, hizo gestiones encomendadas por el general Rodríguez. Arvelo Delgado demostró dudas respecto a compromisos de amigos cubanos, agregando que al intentarse la retirada de Luperón “me sorprendí cuando me dijeron que iríamos a Cuba”. A una indagación del Juez, el doctor Arvelo dijo que en la redacción del Manifiesto al Pueblo dominicano intervino el médico español Antonio Román Durán. El abogado defensor formuló al doctor Arvelo Delgado la misma pregunta que a Martínez Bonilla. “No era contra los intereses de la República, pues yo me hubiera opuesto a eso”, manifestó, agregando para señalar el carácter de la expedición, que “el objeto era derrocar el gobierno”, con lo cual concluyó sus declaraciones.

Después de un receso de diez minutos, fue llamado a deponer Feliú Arzeno, quien comenzó explicando los motivos de su participación en la expedición, detallando luego los acontecimientos ocurridos en Luperón la noche del desembarco para entrar, guiado por el Juez, en el aspecto internacional. Feliú Arzeno dijo que las armas eran las mismas de Cayo Confites, que luego habían sido prestadas a Figueres, pero ignoró cómo fueron devueltas y

se encontraban en Guatemala. Insinuó que era obvio que elementos revolucionarios influyentes en Costa Rica y Guatemala prestaban su concurso ideológico al movimiento antitrujillista, pero no le constaba que fuera en forma oficial, puesto que no había declaraciones gubernamentales en ese sentido salvo aquellas por las cuales los gobiernos de aquellos dos países habían suspendido sus relaciones diplomáticas con el gobierno de Trujillo. A una pregunta del Juez respondió que el doctor Fernández Ortega participó activa y personalmente en la expedición, pero declaró que no sabía si en ese momento ocupaba el cargo de Jefe de la Policía Secreta de Cuba, declarando que ignoraba cuál era su condición oficial, pero que indudablemente era amigo apreciado por el presidente Prío Socarrás y siempre había participado entusiasmado en los planes para derrocar al régimen trujillista.

Por su parte, Córdoba Boniche decidió defenderse con otros recursos, en vista de que su condición de extranjero le colocaba en una posición excepcionalmente difícil. La suerte de los otros compañeros era un indicio claro y trágico de los designios del tirano. Tan pronto como el Juez y el Fiscal iniciaron sus interrogatorios, Córdoba Boniche hizo patente que su participación en la expedición había sido, si no equivocada, por lo menos accidental. En su interior de revolucionario honrado él sabía que mentía, pero consideró ésa la mejor forma para amenguar su responsabilidad. Por eso declaró que creía que la expedición estaba destinada a Nicaragua, reconociendo que cuando supo la verdad no negó su participación por “el compromiso moral que había entre todos nosotros relativo a esos movimientos y la esperanza de que luego los dominicanos ayudaran a los nicaragüenses contra Somoza”. Declaró, además, que suponía “que la expedición debía de tener, la ayuda o las simpatías de Costa Rica por el compromiso moral que Figueres había

contraído con los revolucionarios dominicanos”. Agregó no tener conocimiento de ayudas de Guatemala y Cuba.

Con las declaraciones de Córdoba terminaron los interrogatorios, los cuales se habían llevado parte de la mañana y toda la tarde. El Juez declaró un receso hasta las ocho de la noche cuando darían principio los debates.

En todo proceso penal es imprescindible la acusación como la defensa. En nuestro caso, aunque había un abogado defensor, sólo la primera tuvo amplia manifestación. La defensa en la mayoría de las ocasiones se plegó a los designios del Fiscal, como veremos más adelante.

En Fiscal Mejía Feliú comenzó su dictamen acusatorio haciendo consideraciones de tipo filosófico sobre las luchas de la humanidad por un ideal, terminando su breve introducción con un descarado panegírico a Trujillo por su labor como gobernante. Luego procedió a analizar los hechos tal y como convenía, naturalmente, a los intereses del Gobierno. Esos acontecimientos, por los cuales se nos estaba juzgando, adquirieron en el examen fiscal perspectivas desconocidas para nosotros que habíamos sido los principales protagonistas. Uno por uno, de acuerdo con la magnitud, presentó los cargos. Su conclusión, esperada por todos, fue solicitando al Tribunal la pena máxima; o sea, que fuéramos condenados a treinta años de trabajos públicos.

Por su parte, el defensor, al contestar al Fiscal, inició su argumentación diciendo que “la historia de la humanidad no registra una aventura de tal magnitud como la que hoy se ha traído ante este Honorable Tribunal y sentado en ese banquillo de los acusados a los prevenidos”. Consideró nuestro acto, responsablemente ejecutado en defensa de los derechos y aspiraciones del pueblo dominicano, como una aventura quijotesca, a la cual fuimos lanzados “por mentes enfermas de poder desde extrañas tierras”. Agregó que la empresa expedicionaria había sido “una locura dada la

realidad que vive el pueblo dominicano en las actuales circunstancias”, llamándonos jóvenes inexpertos.

Enseguida el licenciado Roques Román expresó que la defensa “no pretendía negar la verdad de los hechos que se habían comprobado, ni tampoco negar la verdad de nuestras intenciones ni pedir un descargo absoluto de los culpables”. No obstante, dijo que en el caso existían en favor de sus patrocinados amplias circunstancias atenuantes en cuanto a algunas infracciones y que otras no habían sido suficientemente comprobadas para poder fundamentar, basándose en ellas, una condenación”.

El defensor hizo una apología del régimen y de su máximo jerarca, pero no se atrevió a exponer las razones, fundamentales y evidentes, que motivaron nuestra rebelión. Eso hubiera significado acusar al Gobierno y a Trujillo de violación constante de la Constitución de la República y de los principios humanos que rigen a toda sociedad civilizada. Hubiera significado, cosa imposible en la República Dominicana de hoy, llevar al banquillo de los acusados a Trujillo y sus secuaces responsables de los más depravados crímenes y de los más descarados despojos al patrimonio moral y material del pueblo dominicano. Una defensa honrada, no para llenar los trámites legales ni, para complacer la política trujillista, era imposible, lo reconocemos, pero no por esa imposibilidad podemos admitir que el proceso tuviera ni siquiera visos de legalidad. En el ambiente actual en que vive el pueblo dominicano, creado por férrea dictadura, es absolutamente impracticable la imparcialidad ni la honestidad en la administración de la Justicia. Y en un país donde no existe la Justicia no hay libertad, no hay democracia, no hay, en una palabra, posibilidades de vida decente. Es un país en decadencia o condenado a las más violentas convulsiones políticas y sociales.

Terminados los debates entre el Fiscal y el defensor, comedia ridícula, bochornosa y cruel, el Juez Homero Henríquez anunció que se retiraba a deliberar. Durante más de tres cuartos de hora estuvo el magistrado trujillista encerrado en su despacho elaborando la sentencia que ni él ni el Código, sino Trujillo, decretaba contra nosotros.

A las doce y cuarenta y cinco horas, en medio de un silencio sepulcral, regresó el Juez a ocupar su asiento en los estrados. Se inició la última fase del juicio. Por orden del Juez, el Secretario del Tribunal dio lectura a la sentencia. Con voz entrecortada por la emoción y por la infamia que sabía se cometía contra las leyes humanas, anunció que se nos condenaba a sufrir la pena de treinta años de trabajos públicos. Ni en nosotros ni en el público presente aquella sentencia causó impresión. Todos sabíamos de antemano el desenlace del proceso. Un proceso como todos los que a diario se desarrollan en los tribunales dominicanos; una sentencia digna de los jueces sin conciencia ni responsabilidad que han vendido su alma al despiadado tirano, mancillando su alta misión de impartir Justicia entre los hombres.

Momentos después de pronunciar el fallo condenatorio, salimos del Palacio de Justicia con destino a la histórica Torre del Homenaje, en una de cuyas celdas posiblemente cumpliríamos la larga condena.

No hicimos comentarios inmediatos sobre el juicio. En nuestros espíritus había intranquilidad causada por las dudas al notar que durante los dos días que duró el juicio no se mencionó a los compañeros Henríquez y Calderón siquiera para anunciar, como en el caso de los otros, la forma de su muerte. ¡Extraño resultaba aquello! ¿Están vivos? De ser así, ¿dónde se encontraban? Pero, no. Crear ilusiones era peligroso. Estaban muertos. Asesinados vilmente por

órdenes del propio Trujillo, quien destruyó sus vidas en una orgía innecesaria de sangre y horror.

Pensar en Gugú Henríquez, el amigo leal, cariñoso y abnegado, era expresión de lo cerca que estaba de nuestros corazones. ¿Y qué sería del buen amigo y mejor revolucionario Manuel Calderón Salcedo? Al evocarlos más de una lágrima brotó, a nuestros ojos, en la oscuridad de la celda aquella noche del 9 de agosto de 1949, cuando sentenciados empezamos a contar los diez mil y tantos días que se suponía pasaríamos en las tenebrosas cárceles trujillistas.

## CAPÍTULO VII

### Vida y muerte en las ergástulas

*“Este es un país que no merece el nombre de país. Sino de tumba, féretro, hueco o sepultura.*

*Es cierto que lo beso y que me besa  
y que su beso no sabe más que a sangre.  
Qué día vendrá, oculto en la esperanza,  
con su canasta llena de iras implacables  
y rostros contraídos y puños y  
puñales”.*

Pedro Mir,

(Del poema “Hay un País en el Mundo...”)

Con la condena de treinta años de trabajos públicos vinieron los días largos y tediosos. A partir de entonces muy raras veces fuimos interrogados por los militares. Parecía como que todo adquiriría el ritmo monótono de la vida en la cárcel. Horas enteras las pasamos contemplando la belleza incomparable del Mar Caribe; la entrada y salida de los barcos al puerto; el ajetreo de las tropas en el patio de la Fortaleza Ozama; o la miseria que exhibían los presidiarios.

Pero antes de habituarnos a ese modo de vida, nos vimos una vez más en las oficinas del Fiscal. A los dos días de pronunciada la sentencia fuimos conducidos, como las veces anteriores, al Palacio de Justicia. Allí el abogado defensor nos comunicó que quedaba a nuestra decisión el impugnar el fallo del Tribunal de Primera Instancia ante la Suprema Corte de Justicia en vista de que adolecía de defectos jurídicos. Efectivamente, nos explicó lo que antes había señalado yo al Procurador General, que la sentencia debió consignar

que cumpliríamos la anterior que nos impusieran por lo de Cayo Confites. Pero, naturalmente, nos negamos a seguir ese procedimiento, el cual hubiera significado una oportunidad al régimen para corregir una monstruosidad jurídica que la historia recogerá. Por otra parte, sabíamos que la condena no sería alterada en ninguna forma. Frente a nuestra negativa de continuar la farsa judicial, el abogado, obrando hábilmente por instrucciones de sus jefes, nos indicó la posibilidad de que “el presidente Trujillo en un gesto de extraordinaria magnanimidad, nos indultara el próximo 16 de agosto”. La sugestión era posible porque a Trujillo le gustan gestos espectaculares de esa naturaleza, sobre todo si pueden tener resonancia internacional. Hay muchos antecedentes de esos rasgos “humanitarios” del déspota. Sus favorecidos, en muchos casos, pierden después la vida en vulgares accidentes o son brutalmente asesinados en las calles de pueblos y ciudades. El licenciado Roques Román nos indicó que para tener éxito en esas gestiones era necesario que enviáramos una carta al Jefe del Estado solicitándole el perdón, documento que él se encargaría de redactar.

El 16 de agosto, aniversario de la Restauración de la República y uno de los días señalados por la Constitución para que el Presidente otorgue indultos, pasó sin novedad para nosotros. Pero sorpresivamente fuimos llevados al día siguiente al Palacio de Justicia donde el abogado nos dijo que “el Jefe” escogería la fecha de su natalicio, que es el 24 de octubre, para decretar nuestra libertad.

El cambio de proposición nos pareció sospechoso. Sin embargo, dejamos que el licenciado Roques Román nos leyera la carta que había redactado para Trujillo. En ella no sólo se solicitaba el indulto, sino que se consignaba que los gobiernos de Cuba, Costa Rica y Guatemala tenían una marcada tendencia comunista, imputación ridícula que nos habíamos negado a declarar en el juicio. El abogado nos

aseguró que si firmábamos la carta seríamos libertados el 24 de octubre. De plano rechacé la oferta. Pero mis compañeros consideraron que la declaración no tenía trascendencia para que nos priváramos de la libertad, especialmente teniendo en cuenta lo arriesgado que era permanecer en las garras del déspota. Entonces el abogado manifestó que sin mi firma el documento causaría desagrado a Trujillo y no se produciría el indulto. La situación era difícil porque quizás mi orgullo, considerado como vanidad, podía anular esa posibilidad. ¿Tenía yo derecho, habiendo sido el dirigente de la expedición, de privar de la libertad a mis compañeros por una intransigencia de mi parte? ¿Significaría esa actitud mía, a la larga, el innecesario sacrificio de mis compañeros y el mío propio? Miré sus caras y comprendí que seguirían la misma actitud que yo adoptara. Mi responsabilidad era mayor. Firmé la carta. Ellos hicieron lo mismo.

El 26 de agosto toda la prensa trujillista publicó la carta dirigida a Trujillo con las adulteraciones frecuentes en estos casos. Con encabezados en primera página se dio a conocer al pueblo nuestro arrepentimiento y la solicitud de indulto. Aquel despliegue de publicidad nos causó asco y, aunque manteníamos la esperanza de obtener la libertad, comprendimos que habíamos ido demasiado lejos. Aquello podía ser nuestra sentencia de muerte. Fue un sutil engaño que nuestros fervientes deseos de ser libres nos impidieron ver. Es innecesario decir que no fuimos indultados. Trujillo, con engaño, había logrado arrancarnos lo que nuestra entereza no le dio cuando lo quiso frente a frente. Un error de nuestra parte, del cual me responsabilizo plenamente, que por suerte no tuvo mayores consecuencias.

Los días en la cárcel parecen siempre interminables. Dentro de las cuatro paredes de la celda hicimos todo lo que un hombre en esas condiciones puede hacer. Cuando se nos permitió que pasaran libros leímos y organizamos algo

así como un kindergarten para aprender inglés teniendo a Martínez Bonilla como profesor. Ni un solo momento dejamos de soñar con la libertad. Recordábamos con frecuencia los momentos agradables de nuestras vidas y muchas veces rendimos tributo a los valientes que han caído luchando contra la tiranía.

Los domingos, durante cinco minutos, recibíamos la visita de nuestros familiares. Generalmente llegaban la madre y las hermanas de Martínez Bonilla y poco después mi madre, mi hermana, mi esposa y otros familiares, a quienes acompañaban los pequeños hijos de Tulio Arvelo. Las entrevistas eran prácticamente para vernos las caras y recibir las golosinas que nos obsequiaban. Nada de importancia se podía hablar. Cada visitante, incluso los niños, era acompañado por un soldado que no se despegaba de ellos, lo cual era molesto y denigrante. Por esa vía nunca pudimos obtener noticias. El aislamiento del mundo exterior fue total y desesperante. Esa situación no cambió en ningún momento durante el tiempo del cautiverio.

La cárcel es para cualquier hombre una gran experiencia. Proporciona la ocasión para conocer las miserias del espíritu humano. Allí obtuvimos conocimiento sobre el péximo sistema penal dominicano y meditamos, después de la observación objetiva, en las consecuencias que ese sistema ha tenido para quebrantar la moral de quienes han pasado, siquiera por unas horas, por las ergástulas trujillistas.

La cárcel de la capital ocupaba casi la totalidad de la Torre del Homenaje, construida por los españoles en los comienzos de la colonización de la isla. La Torre, sin la historia de su similar de Londres, donde han estado prisioneros tantos príncipes, no deja de tener su pasado y leyendas atractivas. Situada en un extremo del patio de la Fortaleza Ozama, es fiel guardiana de la entrada del Puerto de Santo Domingo. En su mástil colocado en lo más alto de ella han flotado



Tulio H. Arvelo, sobreviviente de la Expedición, camino hacia al Palacio de Justicia de Ciudad Nueva.

las banderas de más de una nación imperialista que en el pasado agitado y turbulento de la isla se apoderaron por la fuerza de su suelo y sus riquezas.

La Torre del Homenaje ha servido de presidio durante siglos. Quizás durante la colonia fue un lugar apropiado para esos fines, pero en la época moderna es un recinto inadecuado y antihigiénico que no llena los requisitos exigidos por la civilización actual para la regeneración de los delincuentes. En pequeñas celdas colectivas son encerrados cientos de hombres, muchos de ellos criminales de la peor laya, quienes viven en la más ofensiva promiscuidad. El presidiario en esas condiciones adquiere vicios y costumbres que le imposibilitan su regeneración y lo convierten en enemigo irreconciliable de la sociedad. Las enfermedades contagiosas destruyen los débiles organismos de los presos sin que las autoridades hagan nada para curarlos. La tuberculosis y la sífilis hacen sus estragos destructores. Muchas veces vimos infelices reos en crisis de hemoptisis sin recibir la más mínima asistencia. Esos espectáculos, a plena luz del día y en el patio de la Torre del Homenaje, fueron no sólo frecuentes sino numerosos. La asquerosidad de aquella vida es un fiel exponente de la inhumanidad de los procedimientos de la tiranía no sólo contra sus enemigos, sino también y más marcadamente contra los que, impulsados por el medio ambiente donde han crecido, cometen delitos que más que castigo necesitan librarse de sus aberraciones.

En el segundo piso de la Torre del Homenaje, exactamente debajo de la celda que ocupábamos, había una enfermería sin medicina ni médicos. Allí eran alojados los delincuentes privilegiados. En muchas ocasiones eran parientes de políticos o de personas de buena posición social o económica los que merecían estar en la enfermería aun cuando no padecieran ninguna enfermedad. Estos

privilegiados circunstanciales disfrutaban de las comodidades de buenas camas, mejor alimentación y un ambiente más higiénico. Nunca vimos en aquella enfermería a quienes verdaderamente necesitaban atenciones médicas y cuidados especiales. Las pocas medicinas que las autoridades judiciales destinan para la curación de los presidiarios eran robadas y vendidas por los encargados de administrarlas. De vez en cuando se hacían destituciones de empleados por ese motivo, pero el mal jamás es corregido porque los beneficios de ese negocio ilícito y criminal van a parar a los bolsillos de alcurnia dentro del régimen. Recuerdo una ocasión en que el doctor Arvelo sufrió un fuerte ataque de paludismo y fue imposible aplicarle, hasta seis días después, la indispensable quinina porque ese producto era desconocido en la enfermería y tuvo que pedirse al hospital militar.

Bajo la égida trujillista el presidiario es un ser abandonado por la sociedad y explotado vilmente por los gobernantes. Si las condiciones de vida dentro de los recintos penales son horrorosas, no son menos los trabajos forzados, verdadera esclavitud. Generalmente, los trabajos no son de índole pública que beneficien al Estado, sino en exclusivo provecho de los jerarcas del régimen. Es frecuente ver a los reos trabajando en la construcción de una casa u otra propiedad particular de uno de los Trujillo, de un Secretario de Estado o de un alto jefe militar. También laboran en las fincas de los potentados amigos del tirano. Para estos fines son utilizados todos los reos, sin atender a las condenas que les hayan impuesto los tribunales, ya sean éstas de trabajos públicos o de reclusión. Desde luego, hay discriminación. Los amigos de los Trujillo disfrutaban de trato especial y no permanecen en las cárceles mucho tiempo, no importa cuál haya sido la magnitud del crimen o delito cometidos.

Pero si las condiciones sanitarias de los presos son desastrosas y las de trabajo ilegales y agobiantes, el régimen de alimentación es increíblemente peor. Tres veces al día se les sirven alimentos elaborados por cocineros escogidos de entre ellos mismos y con productos de la más baja calidad. A las siete de la mañana es servido, en viejas y sucias latas de conservas, un té de jengibre. Al medio día el plato de rigor es una masa de harina, cuyos únicos ingredientes son harina, agua y sal. Esta especialidad culinaria tiene dos variantes, unas veces es en pasta y otras en caldo espeso. Por las noches el alimento consiste en lo mismo. Este menú, que como se comprenderá fácilmente, no reúne los requisitos de una dieta equilibrada, es variado una vez a la semana. Entonces se sustituye por el salcocho, sopa con distintas carnes y abundantes viandas. Pero en la cárcel, como es de suponer, sus condimentos varían. Lo que se sirve a los presos sólo tiene de salcocho el nombre. Aquello es un asqueroso menjurje con muy pocas cualidades alimenticias. En su preparación se usan huesos, algunos plátanos y, en el mejor de los casos, yuca y unos trozos de papas. Esa es la alimentación que recibe un presidiario en la mejor cárcel de la República Dominicana. Cuando el reo sale a trabajar fuera del penal sólo recibe el té de la mañana y a su regreso algo de lo que haya sobrado del almuerzo. Los domingos, días en que se permite la visita de familiares y amigos, la alimentación es un poco mejor, pero no porque se la proporciona la administración del penal, sino porque ese día recibe los obsequios de las personas que lo visitan. Emociona ver cómo los reclusos más humildes satisfacen las exigencias del estómago, sometido durante días a la dieta obligatoria de sus carceleros.

En el presupuesto de gastos de la Nación está consignada una partida para el mantenimiento de los presos que cumplen condenas en las cárceles de todo el país. La suma

total es bastante reducida, mientras otras partidas menos necesarias son exageradamente altas. No obstante, es muy posible que si esos fondos fueran administrados escrupulosamente la alimentación sería mejor. Pero acontece que esos dineros, en vez de servir a los fines a que están destinados, van a aumentar las riquezas de sus manejadores. En la capital, por ejemplo, el encargado del suministro, tanto para el Ejército como para la cárcel, es el teniente coronel Pedro V. Trujillo Molina, otro de los voraces hermanos del tirano. Más que ninguna otra, ésta es la razón fundamental por la cual los inquilinos forzosos de la Torre del Homenaje están sometidos a un bárbaro régimen de hambre y miseria sólo comparable a los famosos campos de concentración de la Alemania hitleriana.

En el infierno que son las ergástulas trujillistas se aplican castigos corporales muy parecidos a los tormentos usados en la Edad Media. Por los motivos más triviales se usa el látigo o el garrote. Muchas veces vimos azotar bárbaramente, hasta dejarlos sin aliento o desmayados, a infelices reclusos. En otras oímos los desesperados gritos y lamentos de los torturados. Es frecuente también que sean encerrados en solitarias por semanas y meses, con raciones increíbles de alimentos. Y esos castigos, en muchos casos, son benignos comparados con tormentos más refinados, cuando no con la muerte.

Los jefes de las cárceles son militares. Los presos están sometidos a la disciplina despótica de ellos y son objeto de la más inicua explotación. Cuando una persona ingresa en una cárcel, —eso lo vimos en Santiago y en la capital de la república—, es despojado de todos los objetos de valor que lleva encima. Esos objetos personales muy raras veces son devueltos a sus legítimos dueños y el dinero jamás vuelve a sus bolsillos. Esto sucede aun en los casos en que la persona no pase mucho tiempo encerrada. El botín así obtenido va

a engrosar las riquezas de los carceleros y de sus superiores inmediatos. Pero esa no es la única forma descarada de robar. En la cárcel de la Torre del Homenaje, por ejemplo, el capitán Herrand, jefe de la misma durante el tiempo que permanecemos en ella, extorsionaba a los reclusos comunes obligándolos a pagar determinadas cantidades a cambio de mejor tratamiento. De la cotización dependía el comportamiento de los carceleros con ellos. El recluso que por carecer de medios económicos no pueda proporcionar la cantidad exigida es maltratado despiadadamente y se ve obligado a realizar duros e indecorosos trabajos. Los pagos se hacen diariamente, por semana o meses. El encargado de la recolecta es el “preboste”, nombre que recibe en la República Dominicana el recluso jefe de una o de todas las celdas. El nombre es una herencia de la ocupación militar norteamericana.

El “preboste” es escogido entre los más malvados reos. Su misión es velar por el orden dentro del recinto de la cárcel. También es el encargado de ejecutar los castigos señalados por el jefe del penal. Por lo general goza de todas las consideraciones de los carceleros y cuando no cumple cabalmente su cometido por débil o piadoso se le retira la posición privilegiada y es a su vez objeto de las iras de sus amos y de sus propios compañeros. También se le utiliza para ultimar a los presos políticos que frecuentemente son asesinados en las cárceles. No es extraño que el “preboste” mismo sea la víctima cuando llega a saber demasiado de los crímenes políticos o de los sucios manejos de los carceleros. Esos hombres, que en otras condiciones podrían ser corregidos, desgraciadamente son víctimas de un régimen político degenerado, vesánico y antinacional que no tiene límites en sus atropellos al pueblo dominicano.

Si el tratamiento a los reos de delitos comunes es inhumano, el que reciben los políticos no tiene calificativo

apropiado. El tratamiento a que son sometidos los enemigos de Trujillo es algo inaudito, cruel y despiadado. Y eso que ya, desde hace algunos años, no se emplean métodos en boga a principios del régimen, allá por la década de 1930 a 1940. El tenebroso presidio de Nigua, establecido por los norteamericanos, fue muy utilizado por Trujillo. Ahora está convertido en manicomio y leprocomio, pero antes de ser un centro de salud fue un lugar tétrico donde encontraron la muerte muchos patriotas dominicanos. Aquel lugar, lejos de las ciudades, era ideal para las brutales torturas. Por suerte, ese infierno ya no existe y los métodos, sin dejar de ser bestiales, han sido modificados.

Desde hace algunos años el reo por delitos políticos no es torturado físicamente en forma sistemática. Ahora se emplea el expediente de la muerte rápida, aunque se sigue usando con más técnica la tortura mental, espiritual, que tiene efectos más desmoralizadores. Esto no quiere decir que los presos políticos no sean golpeados brutal y constantemente, cosa que sucede durante los interrogatorios y en presencia de los altos jefes militares, quienes no sólo ordenan y observan el salvaje castigo, sino que en muchos casos ellos mismos hacen las veces de verdugos. Un ejemplo, típico de este procedimiento, fue el empleado contra Máximo López y Félix de la Oz, a quienes acusaban de pertenecer al Frente Interno. A ambos los tuvieron encerrados en las estrechas solitarias por semanas antes de condenarlos a veinte años de trabajos públicos sin haberles podido comprobar al primero la tenencia de unas ametralladoras y al segundo el haberlas introducido de contrabando. Los dos sufrieron las vejaciones de los militares y muchas veces los vimos bárbaramente golpeados.

Pero también es cierto que el reo por delitos políticos recibe un tratamiento especial, diferente y peor que el aplicado a los delincuentes comunes. Por regla general es

aislado, incomunicado totalmente. Cuando su permanencia en la cárcel se prolonga, puede que tenga la suerte de compartir su encierro con otro recluso culpable de igual delito, pero nunca será compañero de celda de un vulgar delincuente. Y esto tiene su razón de ser. Trujillo siempre trata de ocultar sus apresamientos políticos, y cuando no es así, tiene interés en que sus cautivos no se comuniquen con parientes o amigos. En ocasiones pasan meses antes de saberse dónde se encuentra determinado prisionero y, cuando se sabe su paradero, es imposible obtener noticias directas de él. Esta precaución, convertida en sistema, permite al régimen trujillista liquidar en el momento que se le antoje a sus enemigos. Cuando Trujillo ejecuta a alguno de sus adversarios la noticia no llega a sus familiares, sino cuando a él le conviene y, naturalmente, siempre con la versión de un suicidio o de una enfermedad incurable, cosas difíciles de establecer sin la correspondiente autopsia, que es imposible de practicar porque el cadáver jamás es entregado a los deudos. El crimen siempre queda en el misterio amparado por los organismos estatales. En las cárceles trujillistas, haciendo un cálculo conservador, un hombre pierde la vida diariamente. Eso en época normal, de tranquilidad para el dictador, porque de lo contrario la cifra aumenta espantosamente.

Los sobrevivientes del desembarco en Luperón recibimos un tratamiento especial, hay que decirlo para ser verídicos. En ningún momento fuimos torturados físicamente, pero las torturas de tipo moral y psicológico fueron frecuentes y tan inhumanas como cualquier otra. Esas condiciones, raras veces concedidas a los presos políticos, no fueron otorgadas por razones personales o de política nacional, sino más bien impuestas por las circunstancias en que se desarrollaba la política internacional del régimen. La efervescencia en el área del Caribe era motivo de preocupación para Trujillo

en vista de que sus acusaciones contra Cuba, Guatemala y Costa Rica no habían progresado en el seno de la Organización de los Estados Americanos.

Durante ocho meses estuvimos sometidos al aislamiento más riguroso. Quizás en este aspecto hayamos sido los prisioneros con quienes más esmeradamente se cumplió ese sistema. Por conductos a veces imprevistos, nos llegaron noticias sobre los acontecimientos que se desarrollaban en el país y en el exterior. Pero puede decirse que permanecemos enclaustrados como monjes, ajenos por completo y apartados de los sucesos mundanos.

En la cárcel supimos, información más tarde ampliada en el exilio, que los cuatro aviones restantes que componían el grueso de la expedición no llegaron a su destino por la desorganización e irresponsabilidad reinante entre los otros dirigentes del movimiento. El primer contratiempo se presentó el mismo día de la partida, cuando dos aviones alquilados, el uno norteamericano del tipo C-47 y el otro mexicano del tipo "Catalina" anfibio, se fugaron. Sus tripulantes, mercenarios de la peor laya, después de cobrar las sumas estipuladas por sus servicios y por la utilización de los aparatos, no quisieron correr el riesgo y levantaron vuelo con destino a sus respectivos países. Para detenerlos fue inútil que el doctor Fernández Ortega saliera a perseguirlos en un avión de caza. No pudieron ser localizados. Ante esa eventualidad, el doctor Fernández recomendó al general Rodríguez que suspendiera la salida y así lo comunicara a mi grupo. La recomendación, atinadísima en aquellas condiciones, fue desechada por el Jefe del movimiento, quien se negó también a que la fuga de los aviones fuera puesta

en conocimiento de mi grupo. Con sólo tres aviones, el general Rodríguez ordenó heroicamente, la salida para la República Dominicana.

Después de ese primer inconveniente vinieron otros de mayor magnitud que hicieron imposible que los aviones llegaran a suelo dominicano. Primero, el avión en que iban el general Rodríguez, el doctor Fernández y treinta hombres, se vio obligado a realizar un aterrizaje forzoso en una pequeña playa de la península de Yucatán, cuando, sin radio compás, se encontró en el centro, de una tormenta tropical. Así se perdió ese avión y milagrosamente salvaron la vida sus ocupantes. Segundo. El avión en que iba el general Ramírez llegó a la primera etapa de su ruta, que era el aeródromo de la isla mexicana de Cozumel, pero en condiciones totalmente contrarias a las instrucciones que se le habían dado antes de la salida.

Si en algún aspecto de la organización de la expedición hubo caos, falta de previsión e irresponsabilidad fue en el caso del avión apresado por las autoridades mexicanas en Cozumel y comandado por el general Miguel A. Ramírez. Y veamos por qué esto así. En primer lugar, el general Ramírez sabía perfectamente que nuestro Delegado en México había obtenido ayuda de amigos influyentes en la política mexicana, pero no oficialmente. En segundo lugar, el general Ramírez conocía las instrucciones en relación con las condiciones para el aterrizaje en Cozumel. Claramente, el licenciado Bonilla Atilés explicó en un cable cifrado, leído en el aeropuerto de Guatemala en presencia del doctor Fernández, del general Francisco Cosenza, jefe de la Fuerza Aérea Guatemalteca, y de quien escribe, que había sido concedido el permiso para que aviones de tipo comercial aterrizaran en Cozumel, pero con las condiciones de que no llevaran matrícula mexicana ni pilotos de esa nacionalidad, así como que tampoco debía dejar a la vista el armamento,

debiendo llegar exactamente a las seis de la tarde. Pero sucedió todo lo contrario. Las instrucciones de Bonilla Atilas fueron archivados y no se tomaron en cuenta. El general Ramírez se presentó en Cozumel aproximadamente a las ocho de la noche, con un avión de matrícula mexicana, con pilotos mexicanos y con las armas no sólo visibles, sino en las manos de los expedicionarios. Era natural que el jefe militar del lugar, quien nada sabía sobre lo convenido con las autoridades civiles de aviación, se alarmara y fuera al aeropuerto a investigar la presencia de ese avión a hora desacostumbrada. Pero todavía hubo más. Ramírez, desde la portezuela del avión y ametralladora en mano, preguntó al militar mexicano si tenía órdenes de su gobierno de proporcionarle combustible. El oficial ordenó el apresamiento del avión y de sus ocupantes, incautándose de las armas. En mi poder obran documentos que comprueban todo este desgraciado asunto. Esa actitud de mi compañero de expedición, general Ramírez, es perfectamente clasificable y, si hubiera sido cometida esa falta en un ejército regular, la sanción sería severa. Por ese sencillo descuido el avión en que viajaba Ramírez no llegó a suelo dominicano.

El corolario de toda esa desorganización fue que el gobierno mexicano se incautó los aviones y las armas, apresando a los expedicionarios y no dejándolos en libertad sino varias semanas después y tras largas gestiones diplomáticas de Cuba y Guatemala. Las oportunas gestiones de los presidentes Prío y Arévalo facilitaron que el gobierno de Miguel Alemán permitiera la devolución de dos aviones que habían llegado posteriormente a Mérida, con parte del equipo bélico que no se pudo transportar por la fuga de los aviones mencionados. El escándalo internacional por la presencia de esos aviones suplentes se impidió gracias a las buenas relaciones existentes entre los tres países interesados.

Y como si el desastre de Yucatán fuera poco, nos enteramos de que Antonio Jorge Estévez, excapitán del Ejército dominicano, fue el individuo que traicionó el movimiento interno contra Trujillo. Según supimos por fuente absolutamente fidedigna, el excapitán Jorge estableció contacto con Fernando Spignolio y Nando Suárez, jefes del Frente Interno en Puerto Plata, prometiéndole ayuda y adhesión al movimiento revolucionario. Una vez que Jorge estuvo al corriente de los proyectos y planes de invasión, se los proporcionó a Trujillo. Hábilmente, el dictador no ordenó el aniquilamiento del movimiento clandestino, sino que instruyó a su confidente para que siguiera fingiendo sus simpatías a la causa insurreccional con el propósito de no interrumpir la llegada de los grupos de exiliados que eran los que proporcionarían las armas y los que más interesaban al tirano. Trujillo adoptó una serie de medidas de seguridad que pasaron desapercibidas para los grupos clandestinos hasta muy pocos días antes del desembarco en Luperón. Había sido tal el sigilo del cerco tendido por Trujillo alrededor de sus adversarios dentro del país que cuando éstos comprendieron la traición era tarde, no tuvieron tiempo ni facilidades para comunicarlo al exterior.

Cumpliendo instrucciones de Trujillo, el excapitán Jorge se trasladó a Puerto Rico. Allí se presentó a nuestro Delegado, quien le exigió la identificación y contraseña convenida con el Frente Interno. Jorge alegó que por premura del viaje no le había sido posible traerla, pero en cambio dio una serie de referencias que indujeron al Delegado a franquearse con él. El Delegado comunicó a Guatemala la presencia de aquel supuesto enviado del frente clandestino. En el mensaje cablegráfico cifrado que recibimos no se daba nombre ni condición de la persona, simplemente se pedía urgentemente las instrucciones finales porque el enviado no podía permanecer mucho tiempo fuera del país. Las instrucciones

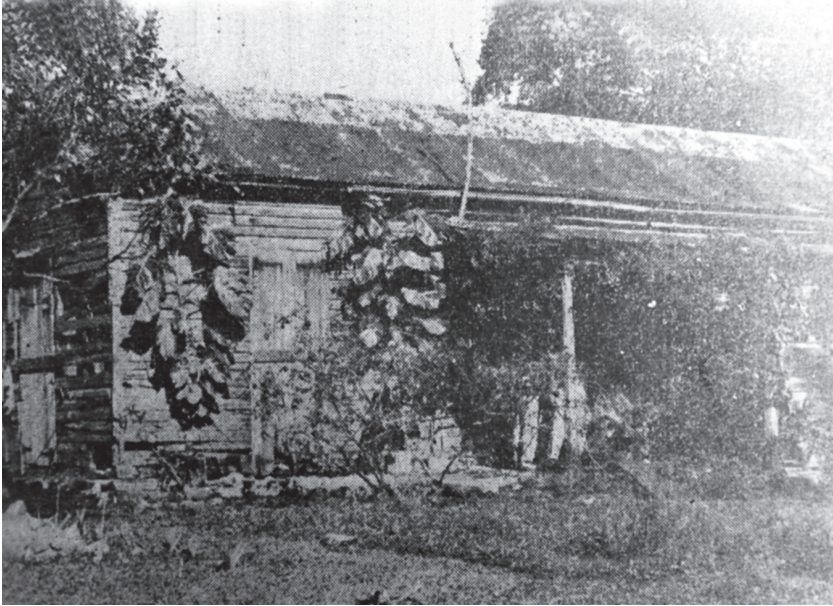
fueron tramitadas por la misma vía, correspondiendo al doctor Arvelo cifrar el mensaje, en el cual se daban los detalles del día y lugar de desembarcos. También se señalaba a los grupos clandestinos los lugares donde debían acantonar a sus contingentes para esperarnos. Esas instrucciones fueron entregadas a Jorge, quien seguido regresó a la capital dominicana y las puso en manos de Trujillo.

Es conveniente recordar, como lo decimos en el primer capítulo, que la expedición fue dividida en tres grupos que actuarían en otras tantas regiones del país. Cuando se enviaron las instrucciones a Puerto Rico, le tocó a cada jefe de grupo redactar las indicaciones correspondientes a sus respectivas zonas de operaciones. Recuerdo que después de entregadas las referencias a mi zona, pedí al doctor Arvelo que las destruyera y las sustituyera por otras menos explícitas en detalles y en las cuales no se especificaba el lugar del desembarco. Esa precaución nos permitió llegar a Luperón sin encontrar antes resistencia enemiga. La decisión final sobre el punto de desembarco la adoptamos ya en ruta para Santo Domingo y aparte de los miembros del grupo, solo la conocían los cuatro principales dirigentes militares de la expedición.

Una vez que Trujillo conoció nuestros planes, continuó en el suyo de no dejar traslucir que estaba informado de los acontecimientos que se avecinaban. Hizo que Jorge entregara las instrucciones a los grupos clandestinos, pero modificadas por él. No se alteraron los lugares de desembarco, sino que se adoptó la providencia de fortificarlos, pero en cambio trastocaron los puntos indicados por nosotros para que nos esperaran los hombres. El diabólico plan de Trujillo hubiera dado magnífico resultado si todos los aviones llegan a su destino, pero en cuanto a nosotros fue sólo parcial su éxito y funestas sus consecuencias. Fue así como al llegar a Luperón y buscar a quienes debían

estarnos esperando no los encontramos. Trujillo había logrado situarlos en lugares ignorados por nosotros, donde él los aniquiló. Se dice, con mucho fundamento, que en la provincia de Puerto Plata perdieron la vida más de doscientas personas aparentemente comprometidas con el movimiento insurreccional. Muchos inocentes murieron, víctimas de enemigos personales. Supe de un caso de dos hermanos que fueron asesinados bajo la falsa acusación de estar comprometidos con nosotros, pero el verdadero motivo de su fusilamiento fue que un alto jefe militar les debía una fuerte suma de dinero y en esa forma canceló su deuda, toda vez que los herederos de un asesinato por antitrujillista no tienen derechos para reclamar nada, ni siquiera el certificado de defunción. En la República Dominicana hay muchos muertos que legalmente viven todavía.

El Frente Interno, integrado por varios grupos clandestinos, mantiene latente la lucha del pueblo dominicano contra la dictadura y era fuerte y bien organizado en la ocasión del desembarco en Luperón como lo había sido cuando Cayo Confites y como lo será en el futuro. El hecho de que Jorge haya sido admitido en su seno no significa que la organización careciera de medios adecuados de investigación. Traidores los hay en todas partes. Parece que Spignolio creyó en la buena fe de Jorge o que éste en el primer momento actuó con sinceridad. Desgraciadamente llegó el momento en que la traición se hizo evidente. Spignolio la conoció y trataron de vengarla, pero sin resultados positivos. El grupo clandestino de Puerto Plata cayó víctima de la deslealtad de un hombre sin principios que traicionó a su pueblo en sus aspiraciones democráticas. Spignolio, Suárez y muchos más cayeron para siempre luchando con coraje y abnegación, como los valientes. Sus tumbas serán algún día lugar de meditación y sus nombres símbolos para las futuras generaciones dominicanas.



En esta casa, ubicada en las afueras de Puerto Plata, fueron asesinados los dirigentes del Frente Interno Fernando y Spignolio Fernando Suárez.

Por un periódico que casualmente llegó a nuestras manos, burlando la severa vigilancia, nos informamos de la trágica muerte de Antonio Jorge Estévez. Las noticias publicadas eran referentes a las gestiones que hacía el gobierno dominicano para obtener del cubano el esclarecimiento de la desaparición del espía traidor trujillista. Más tarde, ya de nuevo en el exilio, nos informamos de la suerte corrida por el abominable traidor. Trujillo fue el responsable indirecto de la muerte de su esbirro. No supo agradecer a Jorge ni la traición ni su servilismo al recorrer a pie cuatrocientos kilómetros para postrarse ante la Virgen de la Altagracia a pedir por la salud de su amo. Lo envió, aun cuando no había terminado el estremecimiento nacional provocado por el desembarco en Luperón, al extranjero a continuar su misión de confidente. Jorge sabía que esa nueva misión

significaba la muerte y así lo expresó a familiares y amigos. Antonio Jorge Estévez salió por última y definitiva vez del país con destino a Puerto Rico. Pero esta vez no pudo engañar. Ya su traición, trasponiendo las fronteras y el mar, había llegado a conocimiento de los desterrados. Se presentó en plan de víctima, de perseguido. Descaradamente dijo que había salido huyendo del país y que los militares comprometidos en la insurrección estaban todavía dispuestos a rebelarse contra Trujillo. En Puerto Rico se le respondió que allí nada podía hacerse, que se trasladara a Cuba donde se encontraban los dirigentes del movimiento o desde donde podría establecer contacto con ellos. Se fue a Cuba y allí, silenciosamente, desapareció de este mundo. ¿Sus huesos? No importa dónde estén. Los traidores no merecen sepultura. La posteridad sólo los recuerda para aplicarles el anatema y el desprecio que merecen.

Fue también en la cárcel donde nos informamos que Trujillo había usado en nuestra persecución en los montes de Luperón a sabuesos entrenados en los Estados Unidos de América. Esto nos extrañó porque en ningún momento pudimos observar el uso de esos medios en nuestra captura, pero ya en el exilio, leyendo el relato que publicó Daniel P. Mannix, sobre el famoso entrenador y dueño de perros Lewis Proudfoot, norteamericano de Elverson, Pennsylvania, doy crédito a la información, suponiendo que quienes fueron perseguidos por los inteligentes animales del mercenario Proudfoot fueron nuestros compañeros Henríquez y Calderón, o posiblemente, los tripulantes norteamericanos del "Catalina" y el nicaragüense Selva. Es probable que el rubio demócrata norteño haya venido a una isla tropical a perseguir con sus perros a norteños y demócratas mejores que él. Esas contradicciones, cuando no son obra de la idiosincrasia personal, son producto de la influencia del dólar, mercantilismo que padecen algunas personas poderosas.

El relato de Mr. Proudfoot es interesante por lo revelador. Con extraordinaria ignorancia y falta de escrúpulos dice, sencillamente, que un día se le presentaron unos señores y le preguntaron: “Cuántos sabuesos tiene en condiciones de prestar servicio”. “En estos momentos solo siete están en condiciones”, fue la respuesta de Mr. Proudfoot. Para hacerle propaganda a su producto, el gringo explicó a sus visitantes que en los últimos treinta años había trabajado con la policía local y las agencias federales de los Estados Unidos, persiguiendo a convictos escapados de las penitenciarías, secuestradores, contrabandistas de drogas y ladrones de bancos”. Ahora, desde luego, no tenía inconveniente en perseguir a hombres que quieren la libertad de un pueblo. Eso deberá agregar a su récord de entrenador de perros norteamericanos. Seguramente que si hubiera vivido en la época de George Washington no hubiera tenido inconveniente en lanzar sus sabuesos en busca del creador de su nacionalidad. Proudfoot ofreció también sus perros de ataque utilizados durante la última guerra por los ejércitos aliados. Cuando sus visitantes pusieron en sus manos mil dólares, Proudfoot inmediatamente arregló sus cosas y partió para la República Dominicana a prestar sus servicios a Trujillo.

“Tan pronto como el avión aterrizó — dice el relato publicado en varias revistas de Estados Unidos y América Latina, oficiales del ejército dominicano se pusieron en contacto con Proudfoot, urgiéndole a actuar sin demora. Lewis insistió en que los perros necesitaban algún descanso y sobre todo agua abundante. Luego escogió a Duke y a Tojo y dejando el resto de los animales en el aeroplano, acompañó a los oficiales hasta la villa donde habían estado los fugitivos, con el objeto de llevarlos a la casa en la que estuvieron varios días, para que oliesen las ropas de cama que habían usado. Antes de llegar al poblado, los dominicanos detuvieron el

automóvil, explicando que los perros no debían ser vistos por la población, ya que la noticia de su presencia no tardaría en ser transmitida a los perseguidos. En consecuencia, trajeron a una finca abandonada cuanto éstos habían usado en la casa a fin de que los sabuesos olieran la esencia de los hombres buscados. Poco después, Proudfoot, los oficiales y los perros, dando un rodeo para no pasar por el pueblo, llegaron a la selva donde los esperaban numerosos soldados. Un rato más tarde los animales evidenciaron con su excitación que habían encontrado el rastro de los fugitivos”.

“El rastro tenía, –sigue la versión de Mannix–, por lo menos setenta y dos horas, pero la humedad de la selva había conservado el olor de los hombres. La jungla era tan espesa que sólo adelantaban con enormes dificultades, hiriéndose con frecuencia y mortificados por los mosquitos”.

“Finalmente los sabuesos comenzaron a temblar dando señales de que se hallaban cerca de los fugitivos. Dos horas más tarde vieron un bohío y la intranquilidad de los perros puso sobre aviso a Proudfoot de que habían encontrado el escondite de los revolucionarios. El jefe del pelotón dio órdenes oportunas y el bohío fue rodeado por los hombres”.

El relato termina con las siguientes palabras del propio Proudfoot: “Mi misión había concluido. Amarré los perros retirándome con ellos a una distancia prudencial mientras los soldados y los revolucionarios cambiaban disparos, llevando éstos la peor parte. Algunos murieron en el encuentro y todos los demás fueron capturados y conducidos a Ciudad Trujillo. No sé a ciencia cierta lo que les ocurrió después que fueron hechos prisioneros, pero me sorprendería saber que murieron de vejez.”

Como es fácil apreciar, la parte transcrita del relato adolece de errores, pero lo importante es evidenciar la forma, bastante original, de perseguir a revolucionarios con perros. Trujillo no escatima ningún medio para lograr sus

objetivos, dando ocasión para que Mr. Proudfoot no se sorprenda ya que los perseguidos por sus sabuesos murieron todos, pegados con valentía a la tierra que querían liberar para proporcionar a sus habitantes condiciones de vida más humanas.

Para nosotros los ocho meses que vivimos como huéspedes de la Torre del Homenaje fueron una gran experiencia. Aprendimos a conocer el régimen trujillista por dentro, por sus partes más putrefactas. Vivimos en la cárcel y cerca de los soldados, cuyo apoyo es la base en que descansa la tiranía. El soldado dominicano no se diferencia mucho del de otros países latinoamericanos. Pertenece a las clases humildes y explotadas, principalmente al campesinado; es un ser inculto, muchas veces analfabeto, pero no necesariamente perverso. El terror dentro del propio ejército los obliga a adoptar actitudes radicales de adhesión al tirano, pero en el fondo la mayoría comprende la realidad trágica de la situación. El soldado dominicano cuando adquiera conciencia ciudadana será un sincero aliado del pueblo y simpatizante de la democracia. Quienes luchamos por libertar a los dominicanos de la dinastía trujillista no debemos olvidar a los buenos hombres que por inconsciencia y falta de educación cívica prestan su cooperación al déspota vistiendo el uniforme militar. Los peligrosos no son los humildes soldados, sino la mayoría de la oficialidad, cómplices de crímenes y latrocinios. Y estos no pueden alegar incultura, ni desconocimiento de las condiciones establecidas por Trujillo. Desde la Torre del Homenaje observé la maquinaria bélica trujillista y nada me extrañaría que en el futuro sea la causa de la ruina de la dictadura y el mayor apoyo del pueblo para la liberación nacional.



La Fortaleza Ozama estaba ubicada en la Torre del Homenaje, en la ciudad colonial, donde estuvieron reclusos durante meses los sobrevivientes de la Expedición de Luperón de 1949.

## CAPÍTULO VIII

### Otra vez al destierro

*“Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre el mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino”.*

José Martí,  
Apóstol de la Independencia de Cuba,  
(Carta testamento político)

Los meses transcurrieron sin novedades. La calma que existía era presagio de trascendentales acontecimientos. No había dudas de que el gobierno de Trujillo se mantenía intranquilo por la crítica situación política internacional que afectaba las relaciones de varias naciones del área del Caribe. Tan pronto como se produjo el desembarco en Luperón, el Gobierno dominicano despachó a Washington una delegación nombrada en secreto varias semanas antes y presidida por el licenciado Julio Ortega Frier, con el propósito de presentar oficialmente su queja en la Organización de los Estados Americanos. Trujillo, al finalizar el año 1949, se encontraba molesto porque su querrela contra Guatemala y Cuba no había encontrado acogida favorable en el seno del máximo organismo interamericano. Eso significaba para el temperamental dictador un desaire que su megalomanía no podía tolerar. Fue así como comprendió que para obtener seguridades internacionales para su

régimen era necesario tomar la ofensiva y agravar más los problemas existentes. Y puso en vías de desarrollo un macabro plan para eliminar físicamente al presidente de Haití y a altos funcionarios del país vecino.

A principios de diciembre de 1949 la presión sobre nosotros aumentó. Aparentemente no existían motivos para ese brusco cambio de actitud. Las ventanas de la celda fueron clausuradas, tapiadas herméticamente, primero con gruesos tablones y luego con cemento, dejando pequeñas rendijas por donde apenas entraba aire suficiente para vivir. Desde ese momento se nos suspendió la entrada de libros y los alimentos eran minuciosamente esculcados. Las medidas de seguridad para mantenernos aislados aumentaron. En los rostros de los carceleros apareció una máscara hostil que nos hizo sentir presagios angustiosos. Para nada había una explicación ni una respuesta. El ambiente en aquella celda era tan sofocante que un día el propio carcelero se apiadó de nosotros, en vista del estado lastimoso, y nos trajo agua para que nos refrescáramos los cuerpos. Tardamos muchos días antes de penetrar el misterio por el cual se nos sometía tan bruscamente a condiciones tan duras.

El 26 de diciembre en la mañana sonaron estrepitosamente las sirenas de los periódicos capitalinos anunciando sensacionales noticias nacionales. No fue hasta tres días después cuando supimos la razón de aquella alharaca periodística. El Congreso Nacional había otorgado plenos poderes a Trujillo para declarar la guerra a cualquier país que pusiera en peligro la paz interna de la República Dominicana. Indudablemente la situación internacional era grave, pero ignorábamos los motivos y contra cuál país estaba específicamente dirigida la amenaza trujillista. El momento era peligroso. El grave riesgo que corrían nuestras vidas aumentó al perder Trujillo el interés de mantenernos

como pruebas para sus acusaciones internacionales. Ahora nos podía liquidar silenciosamente como ha hecho con miles de sus adversarios.

El ritmo que tomaron los acontecimientos nos permitió conocer en pocos días la situación internacional que se debatía en el seno de la Organización de los Estados Americanos. El 5 de enero fui llevado al despacho del general Héctor B. Trujillo Molina, ya considerado como presunto sucesor de su hermano en la Presidencia de la República. En el momento que me introdujeron a su presencia se encontraba acompañado del general Fiallo, quien leía los últimos partes de prensa llegados de la capital norteamericana. Fiallo, a mi entrada en el despacho, suspendió la lectura, pero el general Trujillo le ordenó que continuara, observándole que ya no importaba que yo conociera las noticias. Así fue como llegó a mi conocimiento que la Organización de los Estados Americanos había decidido la noche anterior enviar una Comisión Investigadora a conocer las quejas de la República Dominicana contra Cuba y Guatemala y, también, la de Haití contra Trujillo. Esta última parte me sorprendió, pues desconocíamos que existieran problemas graves entre los dos países que se dividen el dominio de la isla. Según supe por los cables leídos en mi presencia, el Gobierno haitiano denunciaba un complot para asesinar al presidente Estimé, al jefe del Ejército y otros funcionarios de aquel país y acusaba al Gobierno dominicano de ser el instigador del tenebroso proyecto subversivo, que también incluía a la representación diplomática trujillista para luego tomar esto como un pretexto para justificar una invasión armada a Haití. La acusación haitiana, sin embargo, no pareció preocupar a los militares dominicanos, que parecían satisfechos con el anuncio de la doble investigación internacional. Era evidente que Trujillo había fracasado en los planes para asesinar al presidente haitiano, pero en cambio

logró que fuera tomada en cuenta su acusación contra los países que, por estar gobernados democráticamente, él consideraba sus enemigos naturales.

Pero el Secretario de la Guerra no me había mandado a buscar para informarme de la situación internacional, sino para comunicarme que su “amado Jefe” había dispuesto, dado mi estado de salud, que me trasladaran, en calidad de confinado, a la población de Constanza, ubicada en lo alto de la Cordillera Central, donde tendría la zona urbana por cárcel. Le informé al hermano del dictador que me encontraba en ese momento gozando de perfecta salud, e inquirí: “¿Es ésa una orden o una consulta?” “Usted comprenderá, me respondió, que los deseos del Jefe deben siempre ser complacidos, pero en este caso no deseamos que usted vaya a Constanza contra su voluntad”. Tanta cortesía me confundió. Pedí me dejaran pensar el asunto por unas horas, a lo que accedió el general Trujillo, y me devolvieron a la cárcel.

Al comentar las noticias y analizar el motivo de la llamada del Comandante en Jefe del Ejército con mis compañeros, llegamos a la conclusión de que nuestra libertad estaba próxima y que era conveniente aceptar el traslado a Constanza. Era una burda maniobra de Trujillo para impresionar a la Comisión Investigadora demostrándoles, como lo hizo, el buen tratamiento que daba a sus prisioneros políticos. Pero también nosotros aprovecharíamos favorablemente esa maniobra. Así fue como, completamente de acuerdo con mis compañeros, hice llegar mi conformidad a quien me había hecho el ofrecimiento del traslado.

El ocho de enero en la mañana, acompañado de mi padre y hermano, abandoné la Fortaleza Ozama provisto de una carta de autorización para viajar por las carreteras que conducen a Constanza, expedida por el Jefe del Estado Mayor del Ejército, en aquel entonces un sobrino del dictador.

Durante cinco horas permanecí en Santo Domingo, tiempo que aproveché para ver a los familiares y hacerme un reconocimiento con un médico particular de confianza.

Después del mediodía salí para Constanza. Me acompañaron en el viaje mi padre y mi esposa, la que permaneció conmigo los días que estuve confinado en la pintoresca villa de la montaña. En el trayecto hasta llegar a Jarabacoa no hubo inconvenientes de ninguna clase. Los destacamentos militares, en conocimiento del número de las placas del coche en que viajábamos, lo dejaban pasar sin detenerlo. Pero cuando salíamos de Jarabacoa, población distante unos sesenta kilómetros de Constanza, nos encontramos con un puente destruido por las fuertes lluvias que caían en aquellos días, y el moderno automóvil no pudo cruzar el río. Decidimos pernoctar en Jarabacoa y al día siguiente continuamos la ruta en un viejo y desvencijado autobús que trabajosamente nos condujo por la sinuosa y panorámica carretera. Después de instalarnos en el único hotel del pueblo, propiedad de un árabe que no me hubiera dado alojamiento si no fuera por la orden gubernamental que le presenté, cumplí con el requisito de comparecer ante el jefe del destacamento militar. Este tipo había sufrido la noche anterior un accidente en la misma carretera que habíamos transitado y dos días después fue sustituido por otro que hizo alardes de su adhesión y amistad con los Trujillo. La primera misión de este nuevo personaje fue indicarme lo que podía hacer y lo que me estaba vedado. También hizo circular por el pequeño poblado la prohibición en que estaban sus habitantes de tener relaciones conmigo, llegando al extremo de indicarles a aquella gente que no podían ni siquiera conversar con nosotros porque yo era un enemigo peligroso del "Jefe". Este militar fue sustituido antes de quince días por otro a quien casi no vi por coincidir su llegada a Constanza con mi salida.

La vida en aquel paraíso montañoso era agradable, pero monótona por las prohibiciones a que estaba sometido. Durante el día paseaba por los alrededores del poblado y por las noches escuchaba la radio, lo cual fue mi mayor entretenimiento. Por los noticieros radiofónicos tanto nacionales como extranjeros, estaba al corriente del desarrollo de los acontecimientos en el área del Caribe, informaciones que me fueron de gran valor cuando llegó al país la Comisión Investigadora.

El 26 de enero recibí un telegrama por el cual se me ordenaba trasladarme urgentemente a la capital. Y al día siguiente, en el vehículo que transporta el correo, emprendimos el viaje a Jarabacoa, donde nos esperaba el automóvil. De allí a la capital donde llegamos la noche del día 27, hospedándome, cómo indicaban las instrucciones, en casa de mi hermano. También en esta nueva residencia estaba sometido a rigurosa disciplina, prohibiéndoseme salir a terrazas y ventanas para evitar que fuera conocido por el público mi paradero.

A la mañana siguiente concurrí al Palacio Nacional donde celebré una entrevista con el señor Anselmo Paulino Álvarez. Aquella entrevista, que sospecho fue escuchada por Trujillo a través de un micrófono instalado en el escritorio de su ayudante, fue para informarme que la Comisión Investigadora de la OEA llegaba ese día a República Dominicana y que yo sería entrevistado por la misma. Paulino Álvarez me indicó que el Gobierno esperaba de nosotros unas declaraciones similares a las del proceso judicial. Hasta ahí estuvo bien la cosa, pero luego trató de ir más lejos. Me dijo que Trujillo tenía la impresión de que en uno de los tantos interrogatorios aparecía una afirmación nuestra en el sentido de que el Gobierno haitiano estaba comprometido con la expedición y que era importante repetir eso ante la Comisión Investigadora. Le respondí que eso era

un error, que nosotros nunca habíamos mencionado a los haitianos y que, por lo tanto, sería imposible hacer esa declaración. Paulino Álvarez suspendió la entrevista para ir a consultar con su “Jefe” y regresó a los pocos minutos informándome que el asunto no tenía importancia, que había sido una equivocación. Pedí entonces autorización para entrevistarme con mis compañeros que estaban en la prisión. Nuevamente fue a consultar con Trujillo, quien autorizó la visita en privado, y el general Fiallo que se encontraba en Palacio me acompañó a la Fortaleza.

El teniente general Fiallo me condujo en su automóvil a la Secretaría de Guerra, donde esperé las órdenes para que se me permitiera ver a Feliú, Córdoba, Martínez y Arvelo. Al llegar a la oficina de la cárcel, el jefe de la misma, sabiendo que la entrevista había sido autorizada en privado, me indicó que escogiera el lugar donde debía llevarse a efecto, insinuándome que podía ser en una habitación situada frente a la Torre del Homenaje que conocíamos por haber sido interrogados varias veces en ella. En vez de escoger el centro del patio de la Fortaleza, donde estaríamos a cubierto de los espías, acepté la sugerencia del militar y esa decisión provocó, como veremos enseguida, un incidente que pudo tener graves consecuencias.

La grata entrevista con mis compañeros no sólo fue con el objeto de ponernos de acuerdo sobre lo que declararíamos ante la Comisión Investigadora de la OEA, sino que también versó sobre temas variados. Después de llegar a un acuerdo en relación con la actitud que asumiríamos frente a los embajadores extranjeros, nos suministramos mutuas

informaciones de gran valor, conversando por espacio de media hora sobre la situación nacional e internacional, comentamos la falta de noticias de los exiliados, las muertes trágicas, por motivos políticos, del doctor Lithgow y del ingeniero Pérez. En fin, hablamos de todo un poco. Cuando nos disponíamos a finalizar la conversación, a Martínez Bonilla se le ocurrió indagar que se encontraba dentro de un pequeño cuarto cuyas paredes no llegaban hasta el techo de la habitación en que estábamos. Tomando una silla, Martínez se encaramó y echó un vistazo. Cuál no sería su sorpresa al encontrarse nada menos que con los dos más altos jefes militares, después de los Trujillo, que, agazapados como ratas, espían nuestra conversación. Al teniente general Fiallo y al mayor general Caamaño los acompañaba un sargento taquígrafo, quien tuvo que saltar la pared para abrir el candado que cerraba la puerta y darles salida a los generales trujillistas. Ambos jefes salieron de aquel cuartucho avergonzados y furiosos porque los atrapamos cumpliendo tan indecorosa misión. Caamaño nos insultó, haciéndonos amenazas y se retiró iracundo, vomitando maldiciones. En cambio, Fiallo, tan furioso como su compinche, se quedó un rato tratando de amedrentarnos. Alegaba que si no estábamos tramando nada contra el Gobierno no se explicaba por qué habíamos tenido desconfianza y mirado lo que había en aquel cuarto. Después que se hubieron retirado Martínez Bonilla y los demás compañeros, Fiallo me dijo que comunicaría lo sucedido a Trujillo y que de él dependería si se tomaba alguna represalia. Agregó que por suerte para nosotros habíamos hablado en voz baja y ellos no habían podido escuchar nada. Al salir de la Fortaleza me encontraba con el ánimo sobresaltado, temiendo que los generales, avergonzados, intrigaran para hacer nuestra situación más difícil.

La tranquilidad volvió a mí cuándo en la tarde de ese mismo día hablé personalmente con Paulino Álvarez y

le expliqué el incidente con los generales. El ayudante de Trujillo me dijo que ya su "Jefe" estaba informado y que no le dio importancia al asunto porque los militares habían violado una orden suya en el sentido de permitirnos la entrevista en privado. Posiblemente quien dio la orden de espiarnos fue el Secretario de la Guerra a insinuaciones de Fiallo, cuyo temperamento es adecuado para esa clase de trabajos. Me reveló Paulino que nosotros estábamos vivos porque "Trujillo es un hombre inteligente y sabe actuar políticamente", pero que los militares estaban presionando en su ánimo para que nos liquidara. Esta noticia nada halagadora nos indujo a tomar mayores precauciones, especialmente después que terminaron las investigaciones internacionales.

Mi entrevista con la Comisión Investigadora de la Organización de los Estados Americanos se llevó a efecto el 30 de enero de 1950, en el Bungalow No. 1 del lujoso Hotel Jaragua. Fue el Secretario de la Comisión, señor Santiago Ortiz, quien me introdujo ante los representantes de los cinco países americanos que la formaban.

Allí estaban, con aspecto de avezados y pulcros diplomáticos, el Embajador José A. Mora, del Uruguay, quien era el Presidente de la Comisión; el Embajador Paul C. Daniels, de los Estados Unidos de América; el Embajador Eduardo Zulueta Ángel, de Colombia; el Embajador Guillermo Gutiérrez, de Bolivia; y el Ministro Alfonso Moscoso, del Ecuador. Se hallaban también en el Bungalow dos secretarios, una mujer y un hombre, que grababan y tomaban notas de la conversación.

Después de los saludos de rigor, el Embajador Mora muy amablemente me invitó a tomar asiento y dio comienzo al interrogatorio. El ambiente no era propicio para inspirar confianza. No era difícil que entre los integrantes de la comisión alguien estuviera al servicio de Trujillo, por

lo menos esa era la opinión popular. Era natural que, con ese prejuicio y las caras poco amistosas de Daniels y Zulueta Ángel, el primero representante de los reaccionarios de Washington y el segundo el archirreaccionario Laureano Gómez, estuviera sólo dispuesto a contestar las preguntas que me convinieran. El representante uruguayo, una vez formuladas las preguntas preliminares, notó mi receloso retraimiento. Ordenó al secretario suspender momentáneamente la grabación de la conversación. Me dijo entonces que yo estaba en presencia de una Comisión formada por representantes de gobiernos serios y responsables, que lo que yo informara ante ellos sería mantenido en riguroso secreto y que nada debía temer, que él me garantizaba que nada me sucedería por lo que informara a la Comisión; y, por último, me invitó a que conversara con ellos ampliamente sin prejuicios de ninguna clase. Ante esas advertencias oportunas del Presidente de la Comisión, decidí ser más comunicativo, pero siempre guardando el más alto sentido de discreción y prudencia. La promesa de guardar en secreto la versión de la entrevista fue cumplida, hasta donde yo sé. El Embajador Mora se negó a que la OEA hiciera públicas las declaraciones rendidas por personas de distintos países, alegando que eso podía poner en grave riesgo la seguridad personal de ellas. Esta honesta actitud del Embajador Mora fue motivada por la solicitud del representante dominicano en la OEA para que fuera dado a conocer por lo menos a los países interesados, el contenido de todas las entrevistas grabadas por los investigadores.

Durante unos cuarenta minutos estuve deponiendo ante la Comisión Investigadora. Puede decirse que la mayoría de las preguntas fueron en relación directa con la situación interna de la República Dominicana. La Comisión pareció tener suficiente información sobre los detalles de la expedición y, aparentemente, sus miembros estaban más

interesados en conocer sus causas, los motivos principales que la provocaron, como la forma más adecuada para comprender los problemas nacionales e internacionales que producían en aquel entonces la intranquilidad en el área del Caribe. En el curso de la entrevista quedó establecido, al menos por mi parte, que en la República Dominicana no existen libertades; que la democracia no pasa de ser una aspiración popular, que el Gobierno trujillista utiliza los métodos más inhumanos para mantenerse en el poder; que la expedición fue preparada con el propósito de obtener por las armas lo que se viene negando al pueblo por medios pacíficos y civilizados; que desde antes de 1930 no se celebran elecciones libres, estando desde entonces controlado el Gobierno por un solo hombre y un partido, identificados en tal forma que la voluntad de Trujillo es omnímoda, absoluta y despótica. Los miembros de la Comisión sabían eso y mucho más, no siendo ignorantes de los métodos usados por Trujillo para someter a su voluntad al pueblo dominicano. Ellos me preguntaron cuál era el tratamiento que recibíamos en la prisión, haciéndome saber que estaban informados de mi permanencia en Constanza, cosa que Trujillo había puesto en su conocimiento para impresionarlos. Les hice patente que, en líneas generales, habíamos recibido un tratamiento mucho mejor que el que regularmente se otorga a los presos políticos y que mi breve permanencia en la montaña había sido con el objeto, por parte del Gobierno, de mostrarse humanitario ante los ojos de los representantes de la Organización de los Estados Americanos.

Aproveché la oportunidad para protestar por los crímenes cometidos con mis compañeros en Luperón. Indiqué a la Comisión que ellos podrían comprobar que varios de mis compañeros de expedición fueron asesinados en los montes de Luperón después de haberse rendido a las fuerzas gubernamentales. A una pregunta del Embajador Daniels,

contesté que en aquellas condiciones habían perdido la vida cinco compatriotas suyos sin que el Gobierno norteamericano hubiera investigado la forma de esas muertes. Me contestó el señor Daniels que según él entendía sólo habían sido tres, los tripulantes del "Catalina". Pero el Embajador norteño ignoraba que Salvador Reyes Valdez era puertorriqueño y por consiguiente ciudadano norteamericano, y que Federico Horacio Henríquez Vásquez, veterano de la Segunda Guerra Mundial, era norteamericano por naturalización. Ignoro si el Embajador norteamericano hizo algo para averiguar la triste suerte de sus connacionales. Posteriormente fueron trasladados a Miami, Florida, los cadáveres de dos tripulantes del hidroavión.

Al día siguiente de mi comparecencia ante la Comisión fueron llamados a declarar José Rolando Martínez Bonilla y Miguel Angel Feliú Arzeno. El interrogatorio fue más o menos parecido al que me hicieron a mí, un poco más breve. Con ellos terminaron las averiguaciones de la Comisión en suelo de la República Dominicana y los dos días más que permanecieron en el país lo dedicaron a discutir aspectos legales del problema con los diplomáticos trujillistas.

La Comisión Investigadora se fue a Cuba y a Guatemala a continuar su misión, dejando la impresión de que nada podían hacer para ayudar al pueblo dominicano a cambiar su suerte. No obstante, tuvimos una ligera esperanza de que sus gestiones dieran como resultado nuestra libertad. Había que esperar su regreso a Washington y la presentación de su Informe y Recomendaciones a la Organización de los Estados Americanos.

En sus esfuerzos por encontrar una solución satisfactoria a los problemas que investigaban, la Comisión insinuó a Trujillo, según se comentaba en los círculos políticos dominicanos, que propiciara una ley de Amnistía. Parece que esas gestiones, dieron resultados positivos porque el 20 de

febrero de 1950, a solicitud del tirano, el Congreso Nacional votó una ley por medio de la cual eran amnistiados los individuos que se “hubieran hecho culpables de atentados contra la seguridad del Estado, participando, desde país extranjero, en tramas o conjuras dirigidas a perturbar la paz interna de la república o al derrocamiento de las autoridades legalmente constituidas”. También en esa misma fecha, el Congreso, revocó los plenos poderes para declarar la guerra que habían sido otorgados a Trujillo en el mes de diciembre anterior.

Aunque la Ley de Amnistía se refería a las personas que desde el exterior hubieran tratado de perturbar la paz pública, el Gobierno extendió sus beneficios a un gran número de prisioneros políticos que cumplían condenas por delitos, si no iguales, al menos parecidos, poniendo en libertad, entre otros, a los dirigentes comunistas.

El 25 de febrero de 1950, en una ceremonia que se efectuó en el despacho del Procurador General de la República, firmamos un acta por la cual nos comprometíamos a no incurrir nuevamente en el uso de la violencia para derrocar al Gobierno. Al día siguiente, todos estábamos en libertad, menos Córdoba Boniche, quien sería deportado a su país de origen.

El 27 de febrero, aniversario de la Declaración de Independencia de la República Dominicana, fui llamado a su despacho del Palacio Nacional por el señor Anselmo Paulino Álvarez, quien en aquel momento sólo desempeñaba el cargo de Diputado al Congreso Nacional, pero en verdad era el ayudante más conspicuo del dictador. El objeto de la entrevista, según me manifestó el funcionario, era comunicarme que Trujillo estaba dispuesto a darme las facilidades y garantías necesarias para que me dedicara a la organización de un partido político de oposición a su régimen, con el fin de concurrir a unas elecciones. Prometió, a nombre

del tirano, que se respetarían las garantías constitucionales, que se me darían facilidades publicitarias, así como una lista de personas consideradas desafectas a Trujillo. Sin embargo, no se me hicieron proposiciones para que la actitud de la nueva organización estuviera sujeta a directrices gubernamentales, como ha sucedido en otros casos semejantes.

La proposición trujillista fue desechada instantáneamente por mí. Comunicué mi intención de retirarme de las actividades políticas, señalando, además, que no era yo la persona más indicada para asumir esas responsabilidades. Indudablemente los deseos de Trujillo eran crear un ambiente ficticio para impresionar la opinión pública nacional e internacional como medida preventiva contra cualquier fallo adverso de la Organización de los Estados Americanos. Negociaciones similares se estaban llevando a efecto en La Habana, por conducto del Embajador norteamericano, señor Robert Butler, para lograr que los exiliados regresaran al país a hacer lucha partidista contra el Gobierno dominicano. Esas gestiones en suelo cubano parece que no eran del agrado de Trujillo y él deseaba adelantarse haciéndome la oferta indicada para, en caso de que yo aceptara, anular las que se realizaban en el exterior. Pero ya Trujillo ha usado mucho ese expediente para que ningún ofrecimiento suyo pueda creerse sincero. Él perseguía ventajas momentáneas que luego anularía con grave riesgo para los dirigentes que entraran en el turbio juego. Al final irían muchos a dar con sus huesos en las fosas comunes de los cementerios particulares del tirano dominicano.

Aproveché la entrevista con Paulino Álvarez para abogar en favor de mi compañero nicaragüense. Informé que, según rumores que circulaban, era posible que Córdoba fuera enviado a Nicaragua a bordo de un guardacostas dominicano. Le advertí que eso significaba la muerte para mi

amigo y que era inexplicable que Trujillo, quien no lo había asesinado en sus cárceles, fuera a permitir que lo hiciera Somoza. En ese caso la responsabilidad sería igual para ambos dictadores. Paulino me prometió informar sobre el particular a su jefe y me aseguró que no era intención de Trujillo mancharse con ese crimen.

Al día siguiente Córdoba fue puesto en libertad bajo la custodia de la Embajada de Nicaragua y así fue como se pudo preparar su viaje en forma de que no llegara a su destino. Usando los servicios de las compañías comerciales de aviación, se trasladó a Panamá donde pudo burlar la vigilancia del representante diplomático somocista y trasladarse a La Habana, salvándose de caer en las garras del explotador del pueblo de Sandino.

En sesión celebrada el 31 de marzo de 1950, en la ciudad de Washington, por el Consejo de la Organización de los Estados Americanos, actuando provisionalmente como Órgano de Consulta, presentó su esperado Informe y Recomendaciones la Comisión Investigadora. El amplísimo informe fue dividido en dos partes: el Caso A, referente a la solicitud de Haití para que se investigara la participación del Gobierno dominicano en actividades subversivas en contra del Gobierno haitiano; y el Caso B, referente a la solicitud de la República Dominicana para que se investigaran las participaciones de Cuba y Guatemala en actividades encaminadas al derrocamiento del régimen trujillista. Costa Rica fue exonerada de la acusación hecha en los primeros momentos por el cambio de gobierno que se había producido

en aquel país, al sustituir Ulate a Figueres en la Presidencia de la República.

En el Caso A, la Comisión llegó a las siguientes conclusiones:

- a) Que el Gobierno de la República Dominicana no tomó las medidas necesarias para evitar que en su territorio los señores Astrel Roland y Alfred Viau desarrollaran actividades con el objeto de alterar la paz interna de Haití como habría correspondido de conformidad con la Declaración Conjunta de 1949;
- b) Que algunas autoridades dominicanas no solamente toleraron las actividades de Astrel Roland sino que prestaron ayuda en la conspiración de noviembre y diciembre a que se ha hecho referencia en este Informe;
- c) Que en dicha cooperación y ayuda intervino principalmente el señor Anselmo Paulino.

El Consejo de la Organización de los Estados Americanos, basándose en las Conclusiones de su Comisión Investigadora, resolvió, entre otras medidas sin importancia, hacer un llamamiento a la amistad entre los dos países y “pedir al Gobierno de la República Dominicana que tome medidas inmediatas y efectivas para evitar que funcionarios oficiales toleren, instiguen, ayuden o fomenten movimientos subversivos o sediciosos contra otros gobiernos si fue resuelto por las vías diplomáticas, un intento monstruoso para asesinar a los más altos funcionarios del Estado haitiano, complot que, como evidencia la investigación internacional, recibió el apoyo de prominentes jerarcas del régimen trujillista. La OEA actuó en este caso benevolentemente y, como en muchos otros, no aplicó las sanciones, jurídicas y materiales, que reclamaba este desmán de genuina extracción totalitaria. Esa actitud carente de energía del máximo organismo interamericano permitió que meses después un levantamiento

militar inspirado por Trujillo, derrocara al presidente Estimé, a pesar del respaldo popular de que gozaba. Trujillo a la larga logró su objetivo de establecer en Haití un gobierno títere que respaldara su política reaccionaria y le garantizara la seguridad de su frontera con el país vecino. No hay que dudar que algún día Trujillo cumpla su designio de invadir y anexarse a la República de Haití, especialmente si cuenta con la complacencia de los organismos interamericanos.

El informe sobre el Caso B fue más amplio y completo. La investigación fue llevada a efecto más cuidadosamente. El Gobierno dominicano presentó una larguísima lista de acusaciones contra Cuba y Guatemala que la Comisión se vio obligada a investigar, desechando por improcedentes y falsas muchas de ellas, como sucedió en el caso de la presentada contra la Cruz Roja Cubana. La Comisión estableció la responsabilidad de funcionarios guatemaltecos y cubanos en las tentativas de Luperón y Cayo Confites, admitiendo que la ayuda recibida por nosotros no había sido oficial, gubernamental, sino que la misma fue proporcionada por los funcionarios de Cuba y Guatemala que simpatizaban con la causa de la democracia de los pueblos del Caribe. En el caso del intento de Cayo Confites señalaron a varios funcionarios cubanos, específicamente al ex-Ministro de Educación, José Manuel Alemán, y al ex-Director de Deportes, Manolo Castro, ambos ya desaparecidos. En el de la expedición a Luperón, la Comisión señaló al doctor Eufemio Fernández Ortega, exjefe de la Policía Secreta de Cuba; al Coronel Francisco Cosenza, exjefe de la Fuerza Aérea de Guatemala, y a otros que para honra personal y de sus países saben responder al llamamiento de los pueblos oprimidos por brutales tiranías.

La Comisión investigadora de la OEA dejó constancia en su Informe de que las "Circunstancias que determinaron los acontecimientos de Cayo Confites y Luperón, continúan y persisten suscitando nuevos hechos reveladores de

anormalidad en el Caribe". Son ellos, según la Comisión, los siguientes:

a) Es manifiesta la voluntad de diversos grupos de exiliados, no solamente de persistir en su lucha sino, además, de buscar apoyo subrepticio de los gobiernos.

b) Por otra parte, ciertas autoridades de algunos países no ocultan, no sólo sus simpatías ideológicas con la posición de tal o cual grupo de desterrados, sino su voluntad de prestarles, abierta o soterradamente, apoyo oficial para el ejercicio de actividades subversivas en otras naciones.

c) No debe desestimarse a este respecto, el hecho de que algunos personeros de movimientos revolucionarios y de gestores permanentes de la acción subversiva en el Caribe, ocupan posiciones de influencia en los gobiernos, prevalidos de las cuales, algunos de ellos siguen ejercitando sus actividades revolucionarias.

La Comisión consideró que "todo esto lleva a la conclusión de que, si no existe lo que se ha dado en llamar Legión del Caribe", como una organización militar específica bajo ese nombre, existe en cambio un conjunto de elementos que constituyen una fuerza subversiva, menos organizada y sistemática que la hipotética Legión, pero más peligrosa que ésta y más propicia a la creación de situaciones conflictivas graves".

En sus Consideraciones Generales, la Comisión Investigadora especificó que "algunos factores básicos que contribuyen a las irregularidades que han ocurrido y ocurren en el Caribe" merecen un estudio adecuado para adoptar providencias que puedan "eliminar dichos factores y evitar la repetición de esa irregularidad". Según el Informe, merecen señalarse las siguientes:

a) Los vacíos de la Convención de La Habana de 1928 con respecto a situaciones como la del Caribe.

b) El crecido número de exiliados políticos en la Región del Caribe ya que los nacionales de un país determinado no sólo tratan de luchar contra el Gobierno de ese país, sino que tienden también a congregarse con los de otros países con propósitos similares. Muchos de esos exiliados son personas sinceras e idealistas, que habiéndoseles desprovisto de garantías democráticas en sus países de origen, luchan necesariamente para reincorporarse a la vida política. Otros, aventureros, revolucionarios profesionales, y mercenarios cuyo objetivo primordial parece ser el promover el tráfico ilegal de armas y las expediciones revolucionarias contra países con los cuales no tienen vínculo alguno. Respecto a los factores mencionados en este párrafo y en el anterior, lo apropiado es iniciar, a la mayor brevedad posible un estudio encaminado a revisar, complementar y fortalecer las disposiciones de la Convención de La Habana de 1928, la cual trata de las medidas que deben tomar los gobiernos para evitar que dentro de sus respectivos territorios se preparen o desarrollen actividades con el propósito de fomentar luchas civiles en otros países. Entre dichas medidas podrían incluirse las necesarias para la adecuada vigilancia de las actividades ilegítimas de los exiliados políticos y la prevención del tráfico ilegal de armamentos. No sólo podrían aplicarse esas medidas para las situaciones que han ocurrido ya en la Región del Caribe, sino también para las que puedan presentarse en el futuro en otras partes del Continente Americano. Además la Convención de 1928 podría fortalecerse mediante un protocolo adicional para el arreglo judicial de las disputas que surjan de su interpretación. En este estudio deberá tomarse en cuenta la relación de dichas actividades con los Derechos y

Deberes de los Estados, dando efectividad a los Artículos 13 y 15, tal como quedan establecidos en la Carta.

- c) La falta de medidas adecuadas para dar efectividad al principio de la democracia representativa en América, principio que consta en el Artículo 5 (d) de la Carta de la Organización de los Estados Americanos y se expresa en otros instrumentos interamericanos, tales como la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del hombre (Art. XX). La Comisión Investigadora no vacila en opinar que debe iniciarse un estudio con el objeto de determinar los pasos o medidas que deben tomarse, concordantes con los Arts. 5 (d), 13, 15 y 19 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, para hacer efectivo el principio, de la democracia representativa en América, según se expresa en el Art. 5 (d) de dicha Carta y en otros instrumentos interamericanos, teniendo en cuenta los estudios similares que se adelantan en las Naciones Unidas.
- d) La necesidad de medidas para asegurar el cumplimiento de las recomendaciones del Órgano de Consulta y de las providencias que éste pueda adoptar para afirmar la paz continental, ya que pese a los esfuerzos realizados mediante los procedimientos interamericanos, las dificultades de la Región del Caribe no han sido totalmente eliminadas.

La comisión ha llegado a la conclusión de que el Órgano de Consulta debería designar una Comisión del mismo con facultades suficientes para atender al eficaz cumplimiento de las providencias que llegare a acordar en cuanto a la situación presente. Dicha Comisión debería tener facultades para pedir y recibir los informes pertinentes, y, en su oportunidad, si lo creyere necesario, para promover, por los procedimientos

- indicados en el Tratado de Asistencia Recíproca, una nueva reunión del Órgano de Consulta.
- e) La existencia en muchos sectores de opinión pública u oficial de cierta confusión de ideas respecto de los medios para armonizar la ejecución y aplicación efectivas del principio básico de la no intervención y del ejercicio de la democracia representativa. Parece aconsejable que el Órgano de Consulta manifieste claramente el criterio de que el principio de la democracia representativa que se expresa en la Carta, no autoriza a Estado alguno a violar sus compromisos internacionales sobre la no-intervención, derivados del Art. 1 de la Convención de La Habana de 1928, del Protocolo de Buenos Aires de 1936 sobre no-intervención, y de los artículos 13, 15 y 19 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos.
- f) Otro problema importante relacionado con las situaciones de tensión internacional en la Región del Caribe lo ha constituido la tendencia de determinados gobiernos a adquirir y mantener armamentos o fuerzas armadas que pueden ir más allá de lo necesario para la defensa común en interés de la paz y la seguridad interamericana. Se recordará a este respecto que en la Resolución XI de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y Seguridad del Continente, los gobiernos convinieron en que ninguna disposición del Tratado concluido ni las obligaciones creadas por el mismo, “deben ser interpretadas en el sentido de justificar armamentos excesivos ni pueden ser invocadas como razón para la creación o el mantenimiento de armamentos o fuerzas armadas, más allá de los necesarios para la defensa común en interés de la paz y seguridad”. Así como las situaciones de tensión internacional llevan a determinados gobiernos a

aumentar sus armamentos, también el aumento innecesario de armamentos y fuerzas armadas en un país determinado da lugar a que se agudice el estado de tensión y temor en otros países. La Comisión considera que cualquier medida que fortalezca la confianza en la protección internacional de la paz y seguridad, contribuirá a la disminución de armamentos costosos y que no son requeridos, como precaución normal, para la defensa hemisférica.

g) Además, la Comisión está convencida de que los tratados y acuerdos en vigor entre los Estados Americanos, al garantizar la integridad de dichos Estados y la defensa de los mismos en caso de cualquier agresión, han establecido las medidas y los órganos necesarios para atender las necesidades de la legítima defensa colectiva, y es evidente que los Estados Americanos han condenada formalmente la guerra y se han comprometido a someter toda controversia que surja entre ellos a los métodos de solución pacífica. La Comisión sostiene, por lo tanto, que la actitud de cualquier gobierno americano al recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza, aún invocando la legítima defensa, está en desacuerdo con las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas, del Tratado de Río de Janeiro y de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, sin haber realizado antes todas las tentativas razonables para una solución pacífica, constituye una violación de las normas esenciales de la convivencia interamericana.

La Comisión Investigadora, al concluir su Informe, propuso que se adoptaran medidas conciliadoras para que tanto a República Dominicana, por una parte, como Haití, Guatemala y Cuba, por la otra, dirimieran pacíficamente

sus diferencias como medida imprescindible para restablecer la calma y eliminar la tensión perturbadora en las relaciones de esos países de la Región del Caribe, considerada en aquellos días como los Balcanes de América.

Es interesante anotar, por otra parte, que la Comisión recomendó, como cuestión fundamental, que se estudiaran métodos para dar efectividad al principio de la democracia representativa. Ese principio básico en la estructura del verdadero Panamericanismo no ha dejado de ser una noble y justa aspiración de los pueblos latinoamericanos. En muchas naciones su violación es constante y sistemática, como sucede en la República Dominicana, Argentina, Guatemala; Cuba, Nicaragua, Venezuela y el Perú. En otros países está tan mediatizado que prácticamente la democracia no existe y sólo se le recuerda cuando la situación internacional o los métodos demagógicos lo exigen.

La intervención tímida de la Organización de los Estados Americanos no logró nada práctico, salvo la amnistía promulgada por Trujillo, como medida para armonizar, si ello era posible, las relaciones de los países del área del Caribe. Los pueblos de esta parte del mundo, ahora llamada irónicamente el "Mundo Libre", continúan soportando la explotación y opresión de sus tiranos, los que al parecer son inmunes a las investigaciones internacionales. Las relaciones entre los países afectados fueron normalizadas, excepto las de Guatemala y Costa Rica con la República Dominicana que continuaron suspendidas por bastante tiempo más, pero los motivos fundamentales que propiciaron la intranquilidad de los pueblos caribeños siguen latentes y lo serán mientras la democracia no sea acatada como norma de gobierno en todos los países de América.

En la República Dominicana, sin embargo, el resultado de las investigaciones produjo un alivio momentáneo en la situación política. El Gobierno trujillista, presionado desde

el exterior, puso en libertad a los presos políticos que llenaban las cárceles del país. Muchos adversarios del régimen lograron salir al destierro, unos asilándose en las embajadas, y otros por las vías normales. Decenas de personas, hombres y mujeres, abandonaron sus hogares y el suelo dominicano para ir a refugiarse en países vecinos, escapando en esa forma de una muerte segura.

Nosotros también aprovechamos esa ocasión propicia para poner distancia entre el tirano, regresando al destierro. Recuerdo que una mañana temprano se presentó en mi casa el doctor Arvelo, quien alarmado venía a comunicarme que la familia Martínez Bonilla, hombres, mujeres y niños, habían obtenido pasaportes para viajar al extranjero. Sorprendido por tan inesperada noticia, decidimos juntarnos con Feliú e iniciar inmediatamente las gestiones para irnos cuanto antes de la República Dominicana. Ese mismo día solicitamos los pasaportes en la Secretaría de Relaciones Exteriores y después de una espera de diez días los obtuvimos autorizados para viajar a los Estados Unidos y Venezuela.

Obtener las visas fue una dificultad que se resolvió por un conducto imprevisto. El Consulado norteamericano, donde previamente se nos había ofrecido el visado, se negó a concederlo cuando nos presentarnos con los documentos necesarios. Según se nos informó, el cambio de actitud se debía a que el propio Trujillo había hecho gestiones ante el Embajador Ackerman, quien ordenó al Consulado abstenerse de concedernos las visas porque eso podría ser interpretado por el Gobierno dominicano como un acto poco amistoso. También en el Consulado venezolano encontramos la negativa. El Cónsul, un viejo excoronel de la época de Juan Vicente Gómez, se negó rotundamente a visarnos. Fue la intervención oportuna del Embajador de Venezuela quien, pese a su condición de representante de

una de las más sanguinarias dictaduras existentes hoy en América, ordenó al Cónsul que nos visara bajo su responsabilidad costándole esa actitud caer en desgracia con el tirano dominicano y su retiro del cargo.

La expedición terminó desastrosamente, dejando una estela de destrucción y crímenes, obra del Gobierno opresor. Haciendo un recuento de aquellos acontecimientos matizados de heroicos gestos, es forzoso llegar a la conclusión de que tres fueron los motivos principales que hicieron fracasar el noble intento libertador. Primero, la desorganización en su proyección que hizo imposible la llegada a suelo dominicano de todos los grupos expedicionarios. Segundo, la traición que anuló la potencialidad del Frente Interno; y tercero, la imposibilidad de poder realizar una demostración de fuerza durante el desembarco en Luperón.

En el primer caso, como hemos explicado anteriormente, hubo no solo desorganización, caos, sino también irresponsabilidad. En las condiciones planeadas originalmente era seguro que los aviones pudieran llegar a territorio dominicano, cosa que de, haber sucedido, hubiera constituido un tremendo golpe inicial. Pero no todos los aviones pudieron salir a cumplir sumisión y en Cozumel se violaron las instrucciones. Y el éxito del movimiento dependía, principalmente, de que esa parte de los planes fuera cumplida totalmente, poniéndose a todo el país en pie de guerra contra sus opresores, dándole oportunidad al pueblo para romper sus cadenas esclavistas.

El segundo motivo, la traición al Frente Interno impidió que sus contingentes, numerosos y decididos, tomarán parte en la revolución, cosa imprescindible, que hubiera dado al movimiento un carácter genuinamente popular de amplitud insospechada.

Y el tercero, constituye un requisito indispensable en los movimientos revolucionarios contra las tiranías. La

demostración de fuerza necesaria, y ella puede manifestarse de distintas maneras. Una, por ejemplo, dando un fuerte golpe inicial en un baluarte del enemigo. Otra, aplicando desde el primer momento las sanciones justas y ejemplares a los más destacados personeros del régimen. Ninguna de esas dos formas pudo darse en Luperón, por carecer, en primer caso, el lugar de importancia estratégica y, en el segundo, por no haber en aquella comarca quienes pudieran servir para esos fines.

El 30 de mayo de 1950, casi un año después del desembarco en Luperón, salimos de la República Dominicana con destino a Venezuela. Con emoción nos alejamos de la tierra natal, tan cara a nuestros sentimientos. Atrás quedó un pueblo oprimido por la más bestial tiranía de la actualidad. Atrás dejamos al pueblo dominicano pensando y actuando silenciosamente en busca de la fórmula y el procedimiento que lo libere de tanto oprobio y miserias. Atrás quedó un tirano que acabará sus días y su funesta obra azotado por las iras del pueblo, abatido por el inexorable destino que, aguarda a todos los tiranos. Atrás quedó, como un recuerdo imborrable, el desembarco en Luperón, capítulo dramático en la brillante historia de un pueblo valiente.

El desembarco en Luperón fue un fracaso, pero demostramos que el feudo de Trujillo no es inexpugnable. Allí se perdió una batalla que pudo ser decisiva. Pero ese fracaso no debe ser motivo de pesimismo sino de experiencia, de lección, de punto de partida para la otra gran batalla que algún día se librará y destruirá a la tiranía trujillista, la cual no es inconvencible. Es igual que todas las tiranías y terminará en un inmenso fracaso el día que el pueblo dominicano decida destruirla.

¡Adelante, dominicanos, el futuro es vuestro!

## Publicaciones del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana

### *Colección Publicaciones del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana*

1. *El juicio a los asesinos de las hermanas Mirabal*, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2011, (Expediente). Edición cuidada por Franklin Franco.
2. *El crimen de la hacienda María: expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compartes*, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2012. Edición cuidada por Franklin Franco.
3. *Memorias de Tulio H. Arvelo*, Tulio H. Arvelo, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2013.
4. *Su nombre es Patria*, Mercedes Alonzo, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2011.
5. *Estero Hondo, 1959, interioridades, los campesinos hablan*, Guaroa Ubinas Renville, Santo Domingo: Editora Alfa & Omega, 2014. Premio Museo Memorial de la Resistencia Dominicana Miguel Cocco 2014.
6. *Eran una sola sombra larga*, Lipe Collado, (Sobre las muertes de Jean Awad y Pilar Báez durante la tiranía de Trujillo), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2015.
7. *Trujillo en 500 tuwits*, Carlos Báez Brugal, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2016.

8. *Enfrentar la fiera en su propia madriguera, El MPD contra Batista y Trujillo La resistencia en Cuba y República Dominicana*, Darío Tejeda, 2019. Premio Museo Memorial de la Resistencia Dominicana Miguel Cocco 2019.
9. *El ajusticiamiento. Expediente del asesinato del Ilustre Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina*, Tomo I, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patria, 2021.
10. *El ajusticiamiento. Expediente del asesinato del Ilustre Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina*, Tomo II, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patria, 2021.
11. *La música como propaganda en la dictadura de Trujillo*, Catalina Pérez y Arismendi Vásquez Guareño, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
12. *La economía dominicana durante la dictadura de Trujillo (1930- 1961)*, Manuel Linares, Santo Domingo: Fundación Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
13. *Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario*, Tulio H. Arvelo, Santo Domingo, Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2024.
14. *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, Horacio Julio Ornes Coiscou, Santo Domingo, Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2024.

### ***Colección Tertulia***

1. *Los mártires de la hacienda María* (Manuel Altagracia -Meme- Cáceres, Lourdes de la Maza, Leonor Viuda Tejeda (Dona Lindín), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2011.

2. *Participación de Ramfis Trujillo en el asesinato de los héroes del 30 de mayo de 1961*, Revelaciones a Sánchez Cabral (César A. Saillant V.), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2012.
3. *La expedición de Luperón del 49* (Manuel Andrés Brugal Kunhart, José del Castillo), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2015.
4. *Testimonio de un combatiente del Comando B-3* (Revolucionarios haitianos en la Guerra de Abril de 1965), Lionel Vieux, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2017.
5. *Los panfleteros de Santiago*, Ramón Antonio (Negro) Veras, con la participación de Wenceslao Álvarez y la coordinación de Franklin Franco. Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
6. *Asesinato de Papito Sánchez y Segundo Imbert Barrera*, Rafael Augusto Sánchez hijo y don Manuel Cáceres Troncoso (Meme), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
7. *Violencia de género, dictadura y actualidad*, Guadalupe Valdez, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
8. *Sucesos del 18 de abril contra Monseñor Panal en La Vega*, Alfredo Hernández, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
9. *La Constitución y los derechos de la mujer*, Martha Olga García y Cristóbal Rodríguez, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
10. *El gobierno constitucional en armas*, Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
11. *El azar como categoría histórica*, Tony Rafal, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.

12. *Uno de esos días de abril*, Pedro Conde Sturla, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
13. *Los derechos civiles y políticos en los Estados Unidos*, Jeremiah Knight, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
14. *Frente Interno: Expedición de Luperón de 1949*, Fernando Cueto, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
15. *Las desapariciones forzadas*, Roberto Álvarez, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
16. *Mujeres en la resistencia*, Sina Cabral, Josefina Padilla, Cristina Díaz y Carmen Mazara, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.

Esta tercera edición de la obra *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, escrita por Horacio Julio Ornes Coiscou, y reeditada por el Museo Memorial de la Resistencia Dominicana con motivo del 75 Aniversario de la expedición de Luperón de 1949 se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2024 en los talleres gráficos de Editora Amigo del Hogar, Santo Domingo, República Dominicana.

